

# MEDIOS, COMUNICACIÓN Y DICTADURA

*Eduardo Anguita*

*Santiago Aragón*

*Martín Becerra*

*Diego Bonadeo*

*Martín Caparrós*

*Nicolás Casullo*

*Juan Carlos Cernadas Lamadrid*

*Patricio Contreras*

*Nora Cortiñas*

*Andrés D'Alessandro*

*Alberto Dearriba*

*Lidia Fagale*

*César Gerbasi*

*Amaranta González*

*Santiago Marino*

*Guillermo Mastrini*

*Graciela Mochkofsky*

*Ricardo Monner Sans*

*Juan José Panno*

*Glenn Postolski*

*León Rozitchner*

*Raúl Timerman*

*Carlos Ulanovsky*

*Patricia Valdez*

*Mirta Varela*

EDICIÓN DE LAS JORNADAS DE REFLEXIÓN

28 y 29 de octubre de 2004

Centro Cultural

General San Martín

Ciudad de Buenos Aires

[www.mediosydictadura.org.ar](http://www.mediosydictadura.org.ar)

Desgrabación y primera edición: Natalia Concina

Producción editorial: Mariel Fitz Patrick

# INDICE

Introducción.....	7
Prólogo a cargo de Osvaldo Bayer.....	9
Capítulo 1	
Qué hicieron los medios.....	15
Capítulo 2	
Cómo operó la dictadura.....	49
Capítulo 3	
Responsabilidad, medios, sociedad y dictadura.....	71
Capítulo 4	
La investigación y el relato sobre esos años.....	95
Capítulo 5	
Cómo ven los jóvenes esa época.....	125
Capítulo 6	
Qué balance hacemos los argentinos del papel de los medios en la dictadura.....	147
Capítulo 7	
Clausura de las Jornadas .....	165
Panelistas (por orden alfabético).....	171
Agradecimientos.....	179



## INTRODUCCIÓN

Como periodistas y académicos vinculados a la Comunicación creímos necesario abrir un espacio para reflexionar cuál fue la actuación de los medios de comunicación durante la última dictadura militar, su rol en el terrorismo de Estado y cuáles fueron los vínculos entre las ideas y los intereses dominantes en ese momento. Para iniciar este espacio de análisis e intercambio, realizamos el 29 y 29 de octubre de 2004 las Jornadas de Reflexión sobre “Medios, Comunicación y Dictadura”, que tuvieron lugar en el Centro Cultural General San Martín, con la presencia de reconocidos panelistas y una numerosa asistencia de público.

Asimismo, decidimos abrir una página web cuya dirección es [www.mediosydictadura.org.ar](http://www.mediosydictadura.org.ar) cuyo finalidad es que funcione como un archivo de información del período, e incluya testimonios, trabajos, ensayos y documentos gráficos, audiovisuales y sonoros.

Con la publicación de este libro, que recoge las intervenciones de los expositores y las preguntas de los asistentes, pretendemos hacer un aporte a la reflexión y al debate que tuvo su punto de partida en esas Jornadas, pero que creemos debe continuarse y estimularse. Es por eso que convocamos a la realización de una segunda Jornada el 26, 27 y 28 de abril de 2006, que tendrán lugar en las sedes de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad Nacional de Lomas de Zamora (UNLZ) y la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).

Nadie duda que los medios masivos de comunicación han cumplido y cumplen un destacado rol en nuestra sociedad. No sólo ponen cotidianamente en contacto a millones de personas con los principales acontecimientos políticos, económicos, sociales y culturales, sino que además forman parte constitutiva de la agenda política y social del país. Por otra parte, salvo los medios del Estado, los medios masivos de comunicación forman parte de empresas y en muchos casos conglomerados, que tienen

intereses económicos dentro y fuera de la industria cultural.

A 30 años del golpe de Estado de 1976, se torna imprescindible profundizar el conocimiento de las múltiples y contradictorias historias que se desarrollaron en torno a la comunicación masiva durante el Proceso militar. Desde los negociados económicos a los medios de la resistencia; de los periodistas desaparecidos a los agentes de prensa de la dictadura; de la distribución de las licencias entre los amigos a la publicación de *habeas corpus* en unos pocos medios.

Algunas investigaciones han sido pioneras en comenzar a documentar la relación entre dictadura, comunicación y cultura. Pero creemos que aún hace falta recopilar, catalogar y sistematizar la información disponible y, a la vez, estimular en la sociedad el debate en torno a la actuación de medios, periodistas y sociedad en épocas tan duras. Sólo el cabal conocimiento de nuestra historia reciente, permitirá comprender mejor la relación entre medios de comunicación y democracia.

La tarea de recopilación del material sobre los medios y la dictadura recién empieza. Invitamos a todos aquellos que lo deseen a hacer los aportes que puedan enriquecerlo.

Buenos Aires, Marzo de 2006

Eduardo Anguita  
Santiago Aragón  
Martín Becerra  
Guillermo Mastrini  
Glenn Postolski

## PRÓLOGO

# DESAPARICIÓN Y SUS MEDIOS

El debate necesario. La búsqueda a la respuesta de: ¿Cómo fue posible? Esta vez: los medios. La comunicación de los argentinos durante la dictadura de la desaparición. El debate para explicarnos el método de la crueldad llevado a su extremo. Cómo entender lo despiadado, la inclemencia, lo perverso, la sevicia. Y aquí nace la pregunta: que pasó con los medios, con la comunicación de los argentinos. Un aspecto fundamental de la vida social. Lo tenemos aquí, entre periodistas, protagonistas, estudiosos del tema. Y también de los jóvenes que intentan explicarse ese tiempo de sus padres.

Debate y reflexión. Medios, comunicación, dictadura. Las tres armas llegan a la Casa de Gobierno y se reparten los canales de televisión, las radios. Comienzan a desaparecer periodistas. Comienza la censura. El censor tira originales que no convienen, que hablan demasiado. Y se inicia la autoprotección. El cuidarse. El no despertar sospechas. El someterse. Y uniformados todopoderosos que dictan normas, conductas. Miedos. Empresas que se acomodaron ya mismo. La batalla ideológica estaba ganada. Por el momento. Para la época. Para desarrollar la desaparición en provecho de unos pocos. Grupos económicos que de inmediato se asociaron al nuevo sistema. O lo inspiraron y lo apoyaron. Liberales que aconsejaron y se apresuraron a sostener el sistema tiránico.

Desaparición, exilio externo, exilio interno. La revista *Gente* invitaba a pasar la Nochebuena con el general Videla. Los lugares de detención, no, de “desaparición” aumentaban. De eso no se habla. Los editorialistas de la colaboración rechazaban cualquier intento de proponer elecciones. Los argentinos establecidos se sentían cómodos y seguros. La censura y los

grandes negocios. Censura hasta en las canciones. Por supuesto, en el cine, en los libros, en el teatro. Sin ambigüedades. Y algunos hasta emplearon con gusto y recuerdos de los años treinta las palabras “por Dios, Patria y Hogar”. Aunque el lenguaje del poder era suavemente “liberal” como convenía al sistema, a la cara externa del sistema. Pero patriota, especialmente en el deporte. Argentina, Argentina. La conciencia es achatada. La televisión reproduce la definición clave del sistema, su filosofía, su moral: el general con movimientos mecánicos explica dos, tres veces: “los desaparecidos no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos”. Los desaparecidos están desaparecidos. Los medios, diligentes, tratan de explicar con claridad esa filosofía.

Y la sonrisa cómplice gana adeptos. Y dólares, y poder. Tanto poder que la democracia posterior no los tocará. La ley de radiodifusión de los militares permanecerá impune y válida. Así, dejaron campos minados que los representantes elegidos no se atrevieron a tocar.

Pero las ironías trágicas del sistema, los embaucadores. “Vamos ganando”. La inmoralidad trágica. En que se cae siempre cuando se burla de la Libertad. Cuando el poder es ejercido por la indecencia uniformada y sus adulones y oportunistas. La Ética pisoteada, burlada, torturada, desaparecida.

Toda esta temática está esparcida y desarrollada en los debates de este libro. En toda su profundidad. En todo su análisis. Con el coraje –pleno de tristeza- de reconocer que “muchas de las personas que estaban en lugares de poder de esos años siguen estando hoy en, justo eso, esos lugares de poder”. Este frase podría ser el resumen final del análisis presente. Pero no se agota ahí. El debate sigue curioso la búsqueda de explicación y para eso denuncia lo que desde 1983 esos mismos medios, colaboradores y colaboracionistas, tratan de esconder. Y con ese método siguen en el poder y obteniendo ganancias que los hacen todopoderosos.



Pero eso sí, esos años hubo un férreo cuidado de la moral de los argentinos. Los verdugos podían hacer desaparecer, torturar, vejar, robar niños, y el tiro del final en la nuca, pero se cuidaba a la población prohibiendo los recitales de Joan María Serrat y de León Gieco. Miserabilidades argentinas. Visualizaciones cuarteleras. Pero ojo, con sus intelectuales. La Argentina tuvo sus colaboracionistas refinados. Escritores, editorialistas, periodistas, tangueros, actores, actrices, deportistas, entrenadores. Un país en orden. Con empresarios avasallantes y diplomáticos suavemente defensores del orden.

Pero la esperanza. Cuando la prensa europea publicó la primera aparición de Las Madres, los exiliados ya sentimos que había comenzado el regreso. Cuando Osvaldo Soriano, a fines de 1982, en la revista *Humor*, pudo publicar un reportaje a mí hecho en Alemania, sentí que había regresado. Así comenzaba a sentirse el coraje civil de pocos, pero los hubo. No todo fue colaboración, sometimiento interesado. Las consecuencias de Malvinas. Los generales habían perdido la guerra, la otra guerra, la guerra de la desaparición. Comenzaba su retroceso. Los medios debieron ejercer agilidad para acomodarse rápidamente. Y lo hicieron. Ahora sí les podía convenir la democracia. Y de pronto se sintieron demócratas y cambiaron el disfraz. Pero detrás quedaba la pesada carga de los desaparecidos, de los libros desaparecidos, del dolor de las Madres que no perdonarán jamás. Los desaparecedores perdieron todo, menos la ley de radiodifusión, repetimos, insistimos. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué ese engendro? Son más poderosos los dueños de los medios que los representantes del pueblo?

Cuando las Madres concurrían a los medios para denunciar o rogar por la suerte de sus hijos, las hacían esperar horas enteras. Las tenían "paraditas", ahí, en la espera trágica. "Ya las van a atender". En esas poderosas publicaciones se les sigue haciendo esperar: doce páginas de fútbol, tapa para Maradona, siete líneas para la Marcha de las Madres. Libertad de prensa. ¡Argentina,

Argentina!, en el 78.

Pero el paro de los trabajadores de televisión en plena dictadura, y Teatro Abierto, y las publicaciones del exilio, y los organismos de derechos humanos, y los valientes de siempre, los que salen a la calle. Y los colaboracionistas, cuyos nombres quedan en estas páginas para siempre, nombres que no llaman la atención por sus conductas de siempre, y nombres que sí llaman la atención, por sus cambios según donde sopla el viento.

Otra de las conclusiones decepcionantes de la tímida democracia que se abrió en 1983 es que se hicieron juicios a las Juntas pero no, a ninguno de los implicados “en corrupción económica, que ha habido y mucho”. A Videla, sí, pero no a Martínez de Hoz. ¿Dónde estuvo el poder, dónde está el verdadero poder? Fue un golpe militar, para un golpe económico.

Conclusiones. En esta profunda tragedia argentina de la dictadura militar con su inexplicable prólogo del Lópezreguismo, los medios se replegaron en forma profundamente vergonzosa. Sí, como se dijo en el debate y se probó: “entre la ganancia empresaria y la libertad de información, siempre está adelante la ganancia empresaria”. Llegamos así a la Argentina de la barbarie. Los bebés robados, los libros quemados en piras, los prisioneros arrojados desde aviones al mar. La muerte argentina. En el país de las mieses de oro y del mar azul de los linos de antes -hoy, soja, soja, soja-.

El poder económico y sus marionetas de uniforme. ¿Y la Iglesia? Vaya pregunta. El terror no encontró obstáculos. Tuvo el camino libre.

Las enseñanzas de este debate amplio y profundo son que el país azul y blanco se convirtió en una tierra de compradores y vendedores. Y de tumbas masivas. No lo digo yo, lo he aprendido con palabras de los intervinientes. Una discusión

abierta y profunda. Necesitamos estas debates públicos para llegar a explicarnos lo hasta ahora inexplicable.

Estas páginas son cuadernos de búsquedas a través de las experiencias personales. De aquí, los que tienen verdadera conciencia democrática sacarán conclusiones. Que es dar un paso adelante. Que es dar armas para defenderse. Que es que los medios de comunicación de un país tienen que pertenecer al derecho público y no a los intereses económicos de los que se enriquecieron con el dolor de los perseguidos y de los eternos buscadores de utopías.

Oswaldo Bayer



## CAPÍTULO 1

# QUÉ HICIERON LOS MEDIOS

*Apertura: Eduardo Anguita*

*Moderador: Alberto Dearriba*

*Panelistas: Diego Bonadeo, Patricio Contreras, Juan José Panno y Lidia Fagale*

Eduardo Anguita: Les quiero dar la bienvenida a estas primeras Jornadas en nombre de quienes nos planteamos la necesidad de abrir un espacio para documentar y debatir acerca de los temas relativos a la comunicación y a la actividad de los medios de información durante la dictadura militar. Con varios colegas periodistas y académicos, nos dimos cuenta de que esta temática no estaba suficientemente estudiada o, al menos, con una escasa circulación de textos. Es decir, hay algunas publicaciones, libros, artículos periodísticos y trabajos académicos, pero notábamos que faltaba reunir todo eso y, sobre todo, darle un marco de mayor investigación y debate.

Convocamos a este encuentro porque creemos que la información es un bien público y que, por más que haya habido una dictadura no dejó de ser un bien público y en consecuencia es preciso volver sobre esos años: para tratar de comprender con más profundidad por qué hay tantos periodistas desaparecidos, por qué hubo tantos medios cerrados y tantos medios que hicieron como si en la Argentina no hubiera pasado nada.

Esta primera mesa va a estar integrada por Diego Bonadeo, periodista que tiene muchos años de actividad y que lo pueden escuchar a la mañana en radio Ciudad y lo habrán leído en temas de política y deportes; Lidia Fagale, periodista, integrante de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), fundadora del Observatorio de Medios de Buenos Aires; Juan José “El nene” Panno, también un periodista de muchos años,

director de TEA; Patricio Contreras, un actor que tiene cosas para decir sobre el ambiente cultural que se vivía en esos años; y el moderador será Alberto Dearriba, periodista y autor del libro "El golpe". En este texto, entre otras cosas, cuenta cómo las primeras unidades militares fueron a contratar al locutor que iba a dar la proclama del 24 de marzo con un nombre absolutamente pre-claro: Montesana. Este fue el señor que leyó la proclama del golpe, mientras otras unidades militares, en vez de ir a contratar a este señor, iban a la madrugada a ocupar los canales y las radios para que la población no pudiera enterarse de otra manera que no fuera a través de las botas.

Alberto Dearriba: No es sencillo hablar de nuestras responsabilidades durante la dictadura No es sencillo porque, en principio, yo trabajé como periodista durante la dictadura. Esto me coloca en un lugar incómodo, en el que, seguramente, tengo que dar un montón de explicaciones. Pero es bueno hurgar en la memoria.

Ya tuve que dar explicaciones en algún momento cuando fui convocado por Eduardo Blaustein. Lamento que él no esté acá porque él escribió un libro interesante en el que recopiló muy buen material sobre el tema, se llama "Decíamos Ayer", y lo recomiendo a quienes le interese el tema. En ese momento, hace cuatro años, Eduardo me pidió que escribiera una nota sobre lo que hacíamos nosotros durante la dictadura.

Yo trabajaba entonces en *El Cronista Comercial*. De ese diario - que dirigía Rafael Perrota, quien desapareció - desaparecieron muchos compañeros, muy queridos. Quiero decir también que no desaparecían por periodistas, desaparecían por militantes. Porque para el periodista que piensa, el periodista comprometido o audaz, hay un remedio muy sencillo que es tirar el original. Sencillamente, no se publica. Puede ser molesto para el secretario de Redacción tener que vivir tirando en aquella época,

o borrando en el caso de ahora, pero de todos modos existe el remedio. Es decir, allí comienza a definirse la responsabilidad entre el periodista y el medio en que trabaja.

En los años previos al golpe discutimos mucho acerca de quiénes éramos, cuál era el rol que teníamos y cuál era la responsabilidad social que nos cabía. Había algunos compañeros que decían: “Nosotros somos sencillamente trabajadores de prensa”. Yo sabía eso a ciencia cierta, no sólo por mi origen, por ser hijo de trabajadores, sino porque pasaba todos los fines de mes por una ventanilla en la que un señor me pagaba el salario. Era efectivamente un asalariado y, en consecuencia, no tenía ninguna duda de que era un trabajador. Pero también sabía que somos asalariados que no fabricamos chorizos, sino que transmitimos información, que es transmitir ideología. Y eso nos confiere, o nos impone una responsabilidad distinta. Entonces debemos pensar ¿qué pasaba en aquellos años?

Para responder a Eduardo Blaustein, tuve que ejercitar la memoria. Blaustein me pidió una nota para sumar a su libro, un artículo sobre qué hacíamos en la redacción durante la dictadura y yo tuve que recordar. Tuve que preguntarle a mis compañeros de entonces qué hacíamos nosotros, cuál era el grado de complicidad que teníamos con aquella dictadura, qué hacíamos nosotros mientras torturaban, mataban, mientras ocurría la mayor tragedia nacional. Fui a preguntarle a mis compañeros de entonces porque la memoria suele ser autocomplaciente, engañosa.

Y puedo decir que no me fue tan mal en ese ejercicio de memoria autocrítica. Pude mantener de algún modo mi conciencia tranquila con lo que me contestaron aquellos compañeros. Yo era secretario de Redacción y éramos un grupo que nos autoprotegíamos. Solíamos tener las charlas fuera de la redacción, cuando podíamos conversar algo más que sobre fútbol o el asado del domingo. Intentábamos transmitir algo más que lo aconsejable

en aquellos años. Pero, de todos modos, teníamos una limitación muy grande que era la línea editorial.

En ese diario había desaparecido el director, porque nunca le perdonaron haber sido un traidor a su clase. Rafael Perrota era un hombre que tenía fortuna y prestigio como para vivir muy bien. Pero de pronto, juzgó que no podía ser feliz rodeado de injusticia y asumió un compromiso de lucha. Entonces, todos aquellos señores con los cuales compartía elegantes salones, lo condenaron a muerte. A Perrota lo mataron los militares.

Nosotros discutíamos y peleábamos con él. Lo acusábamos de ser un burgués culposo. Hoy yo vivo y él no, de modo que hoy la culpa es mía. Me quedé con la culpa, pero también me quedé con la vida. Rafael “Cacho” Perrota era un hombre audaz, osado y con la profunda convicción de luchar contra las injusticias sociales que veía.

Antes de matarlo, a Perrota le robaron virtualmente el diario. La dirección empresaria que asumió luego del golpe del 24 de marzo estaba integrada por cuatro personas, los cuatro directores de la revista *Mercado*: (Mario) Sekiguchi, (Alberto) Borrini, (Santiago) Sarmiento y (Julián) Delgado.

Delgado era el más lúcido de este cuarteto de periodistas liberales y reaccionarios. Todos los días había una reunión de edición en la que se le proponían las noticias del caso. Por ejemplo, cuando le comentábamos que “acá hay un dirigente radical que critica al gobierno militar”, Delgado respondía: “Los radicales no existen”. Otro ejemplo: le informábamos que “aquí hay un empresario que cuestiona la política económica de Martínez de Hoz”, él preguntaba quién es el empresario y nos decía: “Si es un empresario mediano o pequeño no existe”. Y podría dar mil casos.

Cuento esto, como ejemplo de las limitaciones que teníamos para publicar noticias adversas a la dictadura. Luego desapareció



inesperadamente Delgado, que era un hombre de derecha y tampoco pudimos publicar demasiado. Sólo se informó días después, con un ambiguo recuadrado en tapa, de la misma dimensión que la que se utilizaba para anunciar el aumento del precio de tapa del diario.

Durante un año yo tuve oportunidad de publicar libremente porque le entregaba notas sobre la desnacionalización de la economía o la caída del salario a un compañero que se había ido de *El Cronista* para seguir militando clandestinamente. Se llamaba Luis Guagnini e integraba la organización de lo que se llamaba Cadena Informativa y Agencia Noticiosa Clandestina (ANCLA), que había fundado Rodolfo Walsh. De modo que algunas cosas podíamos hacer desde allí. En *El Cronista* era imposible denunciar asesinatos o siquiera criticar al gobierno. No teníamos ninguna oportunidad. Solamente alguna pillería, algún título, alguna cosa entre línea. Tratábamos de poner en boca de voceros "autorizados" lo que queríamos decir. O destacábamos las mayores mentiras que propalaban los portavoces militares, para que fueran evidentes, estentóreas y generaran una reacción contraria.

Después vinieron los últimos años de la dictadura - entre 1981 y 1983 - y yo trabajaba en *La Voz*. Allí pudimos publicar las primeras denuncias sobre cementerios clandestinos o el fusilamiento de los guerrilleros Pereyra Rossi y Cambiasso. Pero hasta entonces, en *El Cronista* esa posibilidad estaba vedada.

En los primeros años de la dictadura solamente recuerdo algunas publicaciones del *Buenos Aires Herald* algo en el diario *La Prensa*. Algunos compañeros en la agencia *Noticias Argentinas (NA)* también conseguían emitir cables con noticias sobre desapariciones. Ellos recibían a las Madres y por allí nos enterábamos de algo. Los propios periodistas nos enterábamos de cosas a través de alguna publicación que hacían los compañeros de *NA*. Por último leíamos aquellos reportajes de *Humor* o aquellas notas, como si estuviéramos leyendo "El Manifiesto Comunista". Y nos

regodeábamos con la posibilidad de tener al menos una lucecita en medio de un panorama francamente oscuro.

Los diarios estaban uniformados. En un primer momento hubo censura previa: las pruebas de galeras eran revisadas todos los días por censores militares. Se leían las pruebas de galera y quienes lo leían no eran precisamente oficiales de las Fuerzas Armadas con un profundo amor por la libertad de prensa. Ni siquiera eran defensores de la libertad de prensa burguesa, la que existe en la sociedad actual.

El brillante dramaturgo Tito Cossa tiene una anécdota que pinta a los militares encargados de la censura previa en aquellos primeros días. En realidad los oficiales de las fuerzas armadas que tomaron control de los medios de prensa, comenzaron a hacerlo antes aún del golpe. Ya en los días previos comenzaron a citar a los directores de los diarios. No recuerdo si la anécdota de Cossa fue antes o después del golpe. Tito trabajaba en esa época en *El Cronista*, era secretario de Redacción. Estaba allí con Hugo Murno y ambos fueron citados. Yo hacía Economía en esa época y ellos hacían la sección Política. Cossa cuenta que fueron citados por un oficial al Edificio Libertador, el cual les explicó qué era lo que podían publicar y lo que no. El militar les dijo entonces que la información que se podía publicar era la contenida en los cables de la estatal *Télam*. Entonces Tito Cossa preguntó: ¿Y *Noticias Argentinas*? Y el oficial respondió: “Sí, noticias argentinas, publiquen todas las noticias argentinas”. Uno de los hombres encargados de controlar a la prensa desconocía absolutamente la existencia de una agencia de noticias que se llamaba *Noticias Argentinas*. El grado de información que tenían acerca del funcionamiento de la prensa era muy escaso: sólo actuaban con la necedad del censor.

Pero sabían muy bien qué es lo que no querían. Recuerdo que circuló por aquellos días una lista con las palabras que debían ser utilizadas. Por ejemplo, en lugar de “combate” debía decirse

“enfrentamiento”. Es decir que quienes luego dijeron que “aquí hubo una guerra” nos impedían decirlo en aquel momento. En todo caso, si la hubo, ningún medio de prensa nacional cubrió esa guerra.

Es muy difícil establecer culpabilidades totales y absolutas sobre los periodistas y la prensa. Lo mismo que es difícil establecer una responsabilidad total y absoluta para la sociedad. Creo que es algo que tenemos que discutir durante mucho tiempo, porque no hubo aquí –como en otros aspectos de la vida y la política- blanco y negro. Hubo en cambio una variada gama de colores y actitudes. Algunos compañeros resistieron todo lo que pudieron dentro de las redacciones y, sobre todo, no se sumaron alegremente a escribir lo que no querían. El grado mínimo de resistencia era admitir la imposibilidad de escribir lo que quiero, porque no me dejan, pero negarme férreamente a escribir lo que no quiero. Me parece que éste era el límite. Otros, en cambio, escribieron entusiastamente más de lo que le pedían. Y creo haber atravesado aquellos años, desde el 76 al 81, sin aportar idea alguna a la dictadura a través de los medios convencionales.

Diego Bonadeo: Decía Perón que, con todos los medios y embajador norteamericano Spruille Braden en contra, el 24 de febrero de 1946 su fórmula -que compartía con Hortensio Quijano- había podido ganar las elecciones, así como casi diez años después, en septiembre de 1955 cuando llega la “Fusiladora”, con todos los medios a favor, lo habían derrocado.

El tema de los medios y la dictadura - por la dictadura de 1976 a 1983 - tiene inexorablemente que ver con los dueños de los medios, que es una discusión - o más que nada un misterio - que no ha sido dilucidado y que sigue absolutamente vigente. Quizá ahora más vigente que nunca habida cuenta de la fuerza y la importancia que han tomado los medios, a los que los mismos moderados que dicen estupideces, como por ejemplo, que la

política es el arte de lo posible, definen como el cuarto poder, cuando sabemos bien que el pensamiento único ha demostrado que hay un sólo poder con varias patas, y que lo del cuarto poder es absolutamente relativo.

Jorge Sábato, no el hijo de Ernesto sino el que escribía *en* *Humor*, dejó un mensaje muy poco antes de morir en una nota en la revista que se titulaba: "Se van los milicos, pero nos dejan el campo minado". Creo que esto fue inexorablemente así. No solamente en cuanto al tema medios, sino en cuanto un montón de cosas más: porque sabemos bien que, además de los casi cien compañeros periodistas desaparecidos, en lo demás, la dictadura también nos dejó un campo minado. No solamente por la gente que murió, por la gente que fue asesinada, sino por la gente que se fue al exilio y no volvió, por los que perdieron la esperanza de hacer alguna cosa que tuviera que ver con ayudarse y ayudar a reconstruir lo que el campo minado - o la dictadura - nos había dejado.

¿Quiénes son los dueños de los medios? Recordemos que en 1974 Perón, por ejemplo, nacionaliza los canales de televisión, o sea de algún modo re-estatiza los cuatro canales de la Capital. Lo de *Canal 2*, que ahora es *América*, era una situación medio confusa, porque era medio de la provincia de Buenos Aires, medio del Ministerio de Economía, por ahí anduvo también peleando Héctor Ricardo García y no se sabe si radio *Rivadavia* en algún momento. Esto fue por el año 1970. Perón recuperó como canales públicos el 9, el 11 y el 13, en tanto que *Canal 7* seguía siendo del Estado.

Durante la dictadura se los repartieron prolijamente *Canal 7* había pasado a ser Argentina Televisora Color y tenía, como lo tuvo después en el 83, una dirección compartida; mientras que *Canal 9* fue del Ejército; *Canal 11*, de la Aeronáutica, y *Canal 13*, de la Marina. Así también las radios estatales: radio *El Mundo*, *Mitre* y *Antártida* las manejaba la Marina *Belgrano*, *Radio Argentina* y *Radio del Pueblo* el Ejército, y la Aeronáutica tenía *Splendid* y *Excelsior*.

Llegado 1983, *Canal 9*- después de un brevísimo interinato de un interventor- vuelve a Alejandro Romay. Al *Canal 11* lo maneja el grupo que lideraba Leopoldo Moreau. A *Canal 13* lo lideraba la “*Coti-nadora*” –el grupo de Enrique “Coti” Nosiglia- que sigue merodeando en medios de difusión, en el PAMI, en montones de lugares más, y *Canal 7*, estaba comandado en forma compartida por Nosiglia, Federico Storani, (Leopoldo) Moreau, y (Juan Manuel) Casella.

El tema de la propiedad de los medios pasaba más o menos por estos carriles apenas terminó la dictadura. Había dos radios privadas, *Continental* y *Rivadavia*; una semi privada, *Del Plata*, que era una radio que se le había entregado a una empresa JC, de Julio Cepeda y asociados, que se limitaba solamente a pasar discos de lista. ¿Qué son los discos de listas? Son los discos que las grabadoras mandaban en listas recomendando que pasaran tal o cual cosa. Eso hizo posible que músicos, cantantes e intérpretes ignotos, y absolutamente efímeros, alcanzaran cierta notoriedad a partir de la posibilidad de tirar sobres por debajo de mesa a disk-Jockeys, programadores, etc. de la radio. Estoy hablando de radio *Del Plata*, pero también se ha dado en otras, así como también en las radios había listas de discos prohibidos. ¿Quiénes estaban prohibidos? Recuerdo que no era por orden alfabético sino al boleo. Estaba prohibida la “Chacarera del expediente”, del Cuchi Leguizamón; prácticamente todo lo de Charly García; Gardel con guitarras, porque se decía que las guitarras afeaban y eran anti musicales; los Les Luthiers, por que decían que eran mistificadores de la música; Maria Elena Walsh; no se podía pasar el homenaje de Víctor Heredia a Pablo Neruda; también estaba prohibida Mercedes Sosa, Serrat, y tantos más.

Recuerdo algo muy puntual que tiene que ver con Joan Manuel Serrat. En 1983, cuando Serrat vino al Luna Park, había en ATC una circular que prohibía hacer alguna mención de su visita a la República Argentina y esto estaba firmado por el gerente de programación del entonces ATC, Gerardo Mariani. En 1984

Serrat volvió a la Argentina y, por supuesto, estuvo en *Canal 7*. El director de cámaras del concierto de Serrat fue el mismo Mariani que les había censurado a los argentinos, a través del canal oficial, que Serrat estaba en el país, lo que, de todos modos, no sirvió absolutamente para nada porque Serrat hizo no se cuántos Luna Park llenos.

Así se manejaban, de alguna manera con torpezas, pero también con ciertas finezas, que tenían que ver con los militares llamaban “acción psicológica”.

Tanto Panno como yo trabajamos en Deportes en esa época, y allí encontrábamos resquicios. Recuerdo “Sport’80”, un programa de radio que hicimos en *Mitre* al principio de la década del 80, que nos permitió a través del deporte, decir cosas que hubieran sido absolutamente impensadas en ese momento. Por ejemplo, usábamos la pelotita para cuestionar al Papa o para ridiculizar al gobierno norteamericano. Inclusive, para que algún uniforme se irritara más de una vez y se pusiera más nervioso de lo que podía ponerse, por ejemplo, con el gordo Muñoz en su inveterada costumbre de decir permanentemente: “La patria se hizo a caballo”.

Lidia Fagale: Bueno, en principio no quiero dejar de decir que considero importante estos encuentros. Hay que recuperar la memoria histórica para poder entender nuestro presente. Puntualmente en este tema tan controvertido que refiere a una historia tan compleja, cargada de complicidades como fue la relación entre la dictadura militar y los medios de comunicación.

Revindico hacerlo –justamente- desde el lugar central en el que, considero, se juegan hoy, como nunca antes, las principales estrategias de reestructuración de una sociedad. Y ese lugar central, sin lugar a dudas, lo ocupan los medios de comunicación o lo que hoy conocemos con el nombre de industrias culturales,

indiscutibles factores de poder económico y cultural a escala mundial.

Si bien aún no tengo una respuesta a por qué la humanidad -y esto ha ocurrido también en nuestro país - deja pasar cíclicamente entre veinticinco y treinta años para hacer su catarsis después de una tragedia, lo cierto es que, por estos meses, ese intento de recuperación de la memoria - desde sus distintas dimensiones - parece extenderse como una mancha de aceite.

Pero ahí va mi segunda observación - o una invitación, por lo menos, a interrogarme y los invito también a ustedes a hacerme pregunto respecto a cuáles son esas categorías de comprensión que se utilizan para pensar la memoria histórica, y así avanzar en las entrañas del presente.

A veces me resultan experiencias loables - siempre necesarias, siempre - y otras las observo parciales, e incluso reproduciendo lógicas que culturalmente cobraron cierta hegemonía durante el apogeo del neoliberalismo, aunque no sea esta la intención conciente de quien práctica este tipo de memoria.

Quiero clarificar esto que estoy expresando. Me refiero al modo en que considero necesario hacer un ejercicio de recuperación de la memoria, imprescindible en tanto es aquello que nos devuelve una identidad y nos constituye como sujetos, nos reacomoda una visión del mundo desde nuestras experiencias colectivas y juega, en tanto, un tipo de visión del presente, no sólo del pasado.

Hay que decir que no siempre el brazo de esa iniciativa alcanza toda la realidad, su verdadera esencia. Por lo tanto, reivindico esos ámbitos en donde uno pueda integrar las diferentes visiones y colaborar en este armado del rompecabezas al que se nos invita.

Existen dentro del denominado campo popular, incluso dentro del ámbito de los trabajadores, ciertos agujeros, ciertas amnesias

que pueden tener sus raíces en ignorancias a secas, ignorancias que intencionadas o no, a veces, están impregnadas de lógicas que centran su atención en los homenajes, en los calendarios que nos recuerdan el horror, pero no necesariamente relaciona las ideas que sustentaron la lucha de los que murieron, de aquellos hombres y mujeres que fueron al exilio o desaparecieron y que a la vez recordamos como víctimas y no como hacedores y constructores de visiones de mundo. Los medios de comunicación mucho han aportado a ese estado de pobreza de la memoria. Y también, quizás, persista una suerte de ignorancia, producto de las variables ideológicas que dominaron o hegemonizaron una forma de mirar la historia. Y es cierto que hasta el día de la fecha, persiste la intención de renovados y distintos sectores del poder para cristalizar definitivamente la derrota ideológica de la que fue objeto un sector mayoritario de la sociedad. De ahí que todo ejercicio de la recuperación de la memoria tenga también su lado oscuro, aspecto que no niega que sea necesario pero que resitúa esta condición, le otorga politicidad, ideología y sentido.

Y también habla, no sólo de las secuelas del terrorismo de estado en los cuerpos de miles de ciudadanos y ciudadanas de nuestro país. También el terrorismo cultural que nos alcanza al día de hoy- encuentra en los medios de comunicación su principal campo de batalla económica-ideológica. La encontró durante el terrorismo de estado y, posiblemente, hoy se sigan jugando esas variables del poder en uno de los principales campos de batalla ideológica, que son los medios de comunicación. Y en ese campo donde se juegan las principales relaciones de dominación, también se juegan las principales variables de la resistencia, en donde la memoria juega un papel clave. Por lo tanto, romper con cierta ideología de la memoria es un imperativo. Cuando digo cierta ideología de la memoria, me refiero a esa memoria total, integral que no renuncia a nombrar las ideas, que puede asociar pasado con presente, reconocer causas en el pasado como en el presente, no agotarse apenas en el homenaje, en el monumento, en los calendarios que reducen solo a un día una tragedia que



perdura, una lucha que tiene vigencia.

Una memoria, un tipo de memoria que ayuda a vivir la lucha como una necesidad vigente, porque aún está vigente la injusticia, una memoria que ve en la lucha la organización de hombres y mujeres. Esa es la memoria histórica, un proceso que no se recorta en el homenaje a secas.

Voy al tema puntual: Cuando se trata de abordar la relación entre medios y dictadura -hasta ahora- se recorren distintos caminos que se entrelazan entre sí. Se habla de censura, de colaboracionismos, de comunicadores o supuestos comunicadores, de información oculta, de mentiras, del compromiso con el terrorismo de estado que asumieron la mayoría de los medios de comunicación del país -incluso de las distintas organizaciones empresariales que representan al sector- sin dejar de lado, las estrategias que se dieron a nivel regional, algunas encabezadas por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), organización que tiene vigencia actual y que está integrada por el staff de los principales diarios de Latinoamérica. Se habla también de una sociedad que le creía a los medios, que mayoritariamente le dio consenso al golpe militar, pero también se habla de una sociedad que casi veinticinco años después dijo no saber que había pasado y se sumó, como mínimo moralmente, a respaldar la lucha que -por el mismo lapso- dieron los distintos organismos de derechos humanos, fundamentalmente me refiero a Madres de Plaza de Mayo.

Las dos versiones parecen ciertas. Se habla también de periodistas que resistieron, aunque se habla de distintas maneras. Se habla de periodistas que denunciaron la verdad: los horrores del terrorismo de estado como consecuencia de la imposición de un modelo económico. Pero se habla de ellos muchas veces como héroes solitarios, que no respondían al ideal de un modelo de sociedad. Aquí muy bien se aclaraba en la intervención de Alberto Dearriba cuando decía: "Desaparecieron no por periodistas, sino por militantes".

Pero –repito- se habla de ellos como héroes solitarios que no respondían al ideal de un modelo de sociedad. Además, se los desvincula de una lucha organizada. Y esto parece ser una visión deliberadamente interesada y asociada a una suerte de romanticismo inofensivo.

Pero también algunos sostienen que esos periodistas se sumaron a otros hombres y mujeres que luchaban por una sociedad más justa, y que esto no requiere aggiornarlos para hacerlos más digeribles socialmente, en épocas donde la palabra cambio, liberación, capitalismo, organización e ideología eran –y aún persiste en parte ese efecto- malas palabras. Eran hombres y mujeres políticos comprometidos con causas contrarias a las que se instalaron en el año 1976. Eran hombres y mujeres organizados que peleaban por un mundo distinto, más justo.

Y cuando nos referimos a los medios de comunicación, hablamos de grupos económicos que, asociados a intereses comunes con quienes “venían a parar el comunismo en el país” –según decían, fueron arte y parte de lo que ellos mismos denominaron el Proceso de Reorganización Nacional y que nosotros llamamos terrorismo de estado.

Decía Rodolfo Walsh: “Porque cuando hablamos de terrorismo de estado, estamos diciendo que en la política económica de ese gobierno –se refería a la Junta Militar- debe buscarse, no sólo la explicación de sus crímenes, sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada”.

Y estas razones quedaron sepultadas en el silencio mediático de aquellos años, inclusive posiblemente no eran parte, o no hacían a la comprensión mayoritaria de la sociedad: asociar el terrorismo de estado a las causas económicas que pretendieron imponerle al país un modelo de ajuste, y que se lo impusieron, con muerte, hambre y miseria.

Muchas veces se utilizó la figura paradigmática – dentro del campo del periodismo – de Rodolfo Walsh, como un héroe romántico, en algunos casos. Eso persistió durante algunos años, inclusive dentro de nuestro ámbito, dentro del periodismo, del gremio de prensa, como un Robin Hood, disociado de un proyecto de mundo y de país. Existieron muchos homenajes pero no siempre la idea esencial que expresaba Walsh, aparecía. Estaba silenciada por una lógica, por una suerte de ideología de la memoria que había sido heredada producto de la cultura del terror. No poder nombrar la idea.

También se negó la existencia de algunos cuyas historias son mucho menos públicas. Integraban comisiones internas, eran delegados o militantes de causas populares dentro del gremio de prensa. Ellos, a hoy, suman casi 100 sin contar a los que se vieron obligados a salir del país, o aquellos que vivieron un exilio interno durante años, y que luego -con coherencia histórica- convalidaron esos ideales para asumirlos y actuarlos ya en un contexto subjetivo mucho más adverso, mucho más adverso. A pesar de ello, son hombres y mujeres que también siguen creyendo en la lucha organizada.

En los años '70 existía un proceso de movilización de masas, estaban en alza las luchas populares y el conflicto social tenía una expresión no sólo política sino ideológica. Además, expresaba con claridad su lucha por el poder. El año pasado en una charla también sobre medios y dictadura que organizaron los compañeros de la radio *FM La Tribu*, se decía que “cuando el conflicto social le abre paso a un alto nivel de politización de la sociedad, se allana el debate ideológico y los medios se cierran.” Contrariamente se abren -o como mínimo dejan entornada una puerta, haciendo algún tipo de alianzas tácticas, implícitas, coyunturales y efímeras, con aquellos sectores que, aún en conflicto, no disputan una lucha por el poder, es decir, no se da ese debate ideológico. En ese plano los medios de comunicación parecen abrir ciertos espacios al simulacro de la participación. Al

respecto hemos tenidos sobrados ejemplos en los últimos años. Lo mismo ocurre cuando la realidad mediática hace un ejercicio de memoria sobre el pasado.

Hagamos memoria: el *avant premier* fue el golpe militar. La revista *Gente* nos invitaba a pasar la Nochebuena con Videla. En el último número de esa revista durante el año 1975 Jorge Rafael Videla era presentado en sociedad. El entonces Jefe del Ejército ya había dado a conocer el primer bando golpista contra el gobierno de María Estela Martínez de Perón. En su bando militar, a la vez que iniciaba el estado de deliberación permanente de las tres fuerzas, Videla advertía sobre la “sana rabia del verdadero soldado”.

Existen cientos de ejemplos, yo menciono sólo algunos. La revista *Redacción*, a través de sus columnas de opinión, hablaba ya de la ilegitimidad del gobierno de María Estela Martínez de Perón, a pesar de haber sido elegido electoralmente por la mayoría. Era entonces enero de 1976, recuerden que antes del golpe militar actuaba la Triple A. Si recordamos esto, veremos que se estaban creando condiciones subjetivas que favorecían la posibilidad del golpe. Y esta caza de brujas que se instauró en la Argentina fue una forma de exterminio inédita, cuyos antecedentes debemos encontrarlos en la Guerra de Argelia.

El progresivo aumento del espacio dedicado en los medios gráficos previo al golpe- a los temas militares es otro dato de cómo los diarios, fundamentalmente, empiezan a hacerse eco del alerta de Videla. Uno de los primeros diarios que avanza en esa línea es *La Prensa*, le siguen *Clarín* y *La Nación*, sosteniendo “los intolerables niveles de inseguridad y la creciente indignación del pueblo argentino”, a la vez que ironizaban llamando “salidas magistrales” a las soluciones que, por ese entonces, políticos como (Ricardo) Balbín intentaban encontrar para defender las instituciones democráticas.

El vespertino *La Razón*, una semana antes del golpe, por

ejemplo, lo anticipaba recordando el discurso de Videla dado en Tucumán casi 90 días antes a la fecha de publicación justamente del periódico. Y es *Clarín* quien, bajo el título de “Alternativa Inconducente”, reducía a polvo la propuesta de varios políticos de adelantar las elecciones para frenar el golpe.

En los tres principales diarios se difundió la solicitada de una organización derechista, que se llamó Pro-Vida. Todas estas solicitadas clamaban en forma directa por el golpe militar. Sin embargo, una vez producido, ningún medio utilizó la figura de “golpe militar”. Para algunos, las Fuerzas Armadas habían “asumido en el ejercicio del poder”, para otros se trataban de un “nuevo gobierno”, mientras que otros titulaban “control operacional”. El libro de Eduardo Blaustein “Decíamos ayer” es un libro de consulta obligada para este tema.

Mientras tanto, los canales de televisión eran repartidos entre las tres Fuerzas Armadas que, a la vez, se rotaban para gestionar la agencia estatal *Télam*. La información del exterior fue totalmente prohibida.

En ese entonces yo trabajaba en *Canal 11*. Estaba en la redacción y era estudiante de periodismo de la Universidad de Lomas de Zamora. Habían desaparecido estudiantes de periodismo ya en aquella época, estoy hablando del año 1977 y 1978. Era una de las pocas mujeres que ingresaba como redactora al área de Noticias gracias a un aviso que salió publicado en diario *La Opinión*. Entré a un noticiero donde la Secretaría de Información Pública enviaba comunicados que hacían referencia a supuestos enfrentamientos que jamás habían existido, es decir, obligaban a redactar noticias que se referían a hechos que jamás habían ocurrido.

Lo más evidente ocurrió durante Malvinas y durante el Mundial. Los dos casos más paradigmáticos en los que, como nunca antes en la historia -y en esto Juan José Panno y Diego Bonadeo justamente pueden hablar mucho más que yo- el sentido del

deporte y el patriotismo, asociado al terrorismo de estado, tuvo un nivel de conjunción como nunca antes se había logrado.

La Secretaría de Inteligencia del Estado secuestraba material filmado -que mandaba a filmar a los camarógrafos- para luego supuestamente hacerle un texto en off. Y esas notas eran buscadas por la SIDE para denunciar a ciudadanos que se decía “pretendían entrar clandestinamente al país”, o bien por los que eran amparados por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, cuando la OEA visita el país para denunciar la situación que se estaba produciendo aquí.

¿Que hacían los trabajadores? Algunos destruíamos ese material a escondidas o rompíamos los comunicados a espaldas de los jefes de la sección para no re-escribirlos. En los canales de televisión las cosas eran más particulares todavía porque algunos militares estaban seducidos por la farándula, por las luces del show, por los modelos que transitaban por los pasillos. Y se establecieron grandes negocios dentro de los canales, grandes negocios también por fuera del mercado periodístico donde también se jugó la censura: dentro de la música, de los teleteatros.

Antes de terminar quiero comentar algo. En plena dictadura militar una organización, también inspirada por la lucha de periodistas argentinos exiliados en México, funda la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) a través de la cual se canalizaron denuncias, estableciéndose una verdadera cadena solidaria a nivel regional e internacional. En nuestro país, primero pocos, después muchos, pelearon en la clandestinidad por la recuperación del gremio de prensa, intervenido militarmente hasta 1982. Nuestro gremio fue el primero a nivel nacional que creo un área de derechos humanos para denunciar la desaparición de nuestros 100 periodistas detenidos-desaparecidos, editando en 1985 la primera publicación que daba cuenta de la identidad y la vida profesional y de militancia de cada uno de ellos. El libro se llama “Con vida los Queremos”.

Actualmente, la FELAP está a cargo de Juan Carlos Camaño, miembro de la Comisión Directiva de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires. También quiero traer acá dos situaciones –aunque bien podría referirme a otras tantas– que enriquecen el verdadero ejercicio de la memoria. Ambas se dan ya en democracia, pero como respuesta a situaciones impregnadas de vestigios del terrorismo de Estado. Me refiero a cómo trabajadores de prensa, junto a la UTPBA, gráficos y canillitas pararon la publicación de una solicitada golpista que avalaba lo actuado por Videla durante el terrorismo de Estado, que pretendió ser publicada en medios gráficos en 1987. Y como durante el alzamiento golpista ocurrido en 1986, la consigna de nuestra organización, la UTPBA, fue “no darle micrófono a los golpistas” y no respetar el feriado que se imponía por Semana Santa y que las empresas periódicas pretendían respetar sin brindar información sobre la grave situación que se estaba planteando, comprometiendo las instituciones democráticas del país. En ambos casos, la conducta organizada de los trabajadores de prensa dio cuenta de un verdadero ejercicio de memoria que asoció el pasado con el presente en un contexto político donde “todo parecía haber quedado atrás y superado”, asumiendo colectivamente una postura común de enfrentamiento profesional contra todo intento de golpe de estado.

Podríamos hablar mucho tiempo más de muchas estrategias que –a veces con picardía, a veces con poco margen– dieron lugar y crearon condiciones para la organización de periodistas latinoamericanos y de periodistas, acá, en la Argentina.

No casualmente la Argentina sigue teniendo hasta la fecha organizaciones que nos representan como periodistas, como trabajadores de prensa. Creo que tiene que ver con una cultura democrática que ha signado la historia del periodismo argentino más allá de sus contradicciones y más allá de este terrible tramo que no tenía precedentes en el país, donde el terror y la muerte eran un hecho cotidiano. Ejercer la memoria en su toda su

dimensión es un imperativo del presente, no sólo del pasado.

Patricio Contreras: Es probable que muchos de ustedes sepan que soy actor, es decir, no ejerzo esta profesión extraordinaria de mis acompañantes que están en la mesa, no ejerzo el periodismo. Por supuesto soy una persona interesada en las noticias y los periodistas y, de hecho, admiro a muchos de ellos.

Y, como actor, me voy a permitir empezar con una pequeña emoción que tengo en estos momentos al escuchar la palabra de mis antecesores y al ver la sala poblada de una gran mayoría de jóvenes, jóvenes que probablemente eran niños cuando acontecía todo esto, esta tragedia, y más de alguno que todavía no había nacido. Me parece saludable, me parece importante porque, por más que se insista y se reitere la importancia que tiene la memoria, creo que bien vale la pena ser cabezón con eso y continuar rememorando, ¿no?

Cuando uno piensa que esto ocurrió hace treinta años, siente que fue ayer, por más que las fechas convencionales nos digan que ya estamos en un milenio distinto o en otro siglo. Esto ocurrió en el milenio anterior, pero en realidad ocurrió ayer. Y hay una parte de la memoria que uno la registra y hay otra parte de la memoria que por lo increíble, por lo insólito, por lo absurdo, por lo inhumano, nos parece lejano. Nos parece que fue hace mucho tiempo, que tal vez fue en otra vida. Es por eso que insisto con esto, y me he permitido expresar esta emoción de esta reunión, de este foro, de este ciclo que se ha armado para hablar de la memoria, y para hablar del rol del periodismo durante la dictadura. Porque sabemos que, como ocurrió ayer, bien podría ocurrir mañana. Porque hoy escuchaba estos testimonios, estos nombres, estos hechos puntales que nos hacen fruncir el seño en el sentido de no creer lo que pasaba; esto puede pasar mañana. Así como nos parece increíble que haya ocurrido ayer, no debemos dejar de creer que puede ocurrir mañana.



Pregunta del público: ¿Usted cree que esto está ocurriendo ahora?

Patricio Contreras: En ese sentido yo no tengo autoridad, ni he pensado una respuesta para una pregunta tan aguda. En todo caso, ya que estamos, me voy a animar a aproximarme a una respuesta. El terrorismo de estado vino de la mano de Estados Unidos y del capital financiero del mundo para someter a nuestros países, para someter a América Latina en lo económico, para someterlo desde el punto de vista de las posibilidades del progreso, para destruir su industria, para liquidar todas sus riquezas; por medio del terror vino a conseguirlo, y finalmente lo consiguió. Cuando uno analiza en qué estado está la Argentina cuando termina el “menemato”, o la Alianza, pongamos donde quieran el hito, cuando uno ve en qué estado se encuentra la Argentina, uno dice “caramba, triunfo el ideario de la dictadura”, consiguieron, efectivamente, desmantelar el país, robárselo, achatarlo, es una gran victoria la de ese golpe militar que encabezó Videla.

Y eso se llevó a cabo por el miedo, miedo que ha seguido instalado en nuestros huesos durante todos estos años y que, tal vez, lo de diciembre de 2001 fue una primera manifestación de que ese miedo ya se ha perdido. Uno piensa que el mecanismo de ese miedo ha resultado exitoso y ha creado buenos dividendos para quienes lo ejercieron. Y cuando uno se da cuenta de que todos los herederos, los que se enriquecieron con el terrorismo de estado, con el asesinato, con la tortura, con la desaparición de personas son los que de pronto vienen y toman los medios de comunicación. Los medios -ya no la picana eléctrica, sino la caja boba eléctrica, o cualquier medio de comunicación hoy- son ideales para disciplinar, para someter y para crear otra suerte de terror.

Terror que uno advierte viendo, por ejemplo en la película de Michael Moore, de qué modo los medios norteamericanos, en base a la propaganda, someten la conciencia de los norteamericanos,

los achata, los transforma en seres que tienen la mentalidad de un niño de 10 años. Históricamente uno constata que los norteamericanos han impuesto la cortina de hierro y pensar que se la adjudicaban a la Unión Soviética. Porque uno ve que la población -y yo he tenido la posibilidad, como muchos de nosotros, no solamente de viajar, sino de tener contacto con ciudadanos norteamericanos que uno puede apreciar y respetar- sufre una sorprendente pobreza de información, es sometida y paranoica. Yo estuve con actores norteamericanos, que he tenido la suerte de conocer y de establecer una relación cordial, que están convencidos -o estaban convencidos hasta que hablaron con gente como uno que intentaba sacudirlos- de que los americanos efectivamente nos han salvado del comunismo, que ayudan a América Latina. Seguramente no les estoy contando ninguna novedad, sabemos de la ignorancia del pueblo norteamericano con respecto a lo que acontece en el mundo. Creo que a esa misma ignorancia nos quieren llevar.

El medio de disciplinamiento, insisto, ya no es la picana eléctrica, no es la tortura, es el bombardeo informativo que hoy vemos que se ha agudizado por operaciones políticas, porque tienen ganas de desestabilizar. Pero creo que son proyectos que van más allá de lo puntual, de lo coyuntural, de que le guste más o menos a este gobierno. Están atendiendo a un modo y a una práctica de sometimiento de la sociedad mucho más a futuro y que es siempre con el terror.

Hoy vemos programas documentales, o de ficción incluso, en los que yo tengo particular interés puesto que se hace con actores y con guionistas, con gente que tiene que ver más con mi trabajo- que no sólo denuncian, sino que muestran con insistencia de una manera particular la violencia, la miseria, las enfermedades y la marginalidad. Uno empieza a ver una suerte de intencionalidad que, intuyo, está destinada también a crear terror, a crear miedo a que uno pueda ser víctima de aquello, de alguno de esos males, de alguna de esas enfermedades, de algún

tipo de miseria, de algún tipo de exclusión que le acontece a esa gente y que, por cierto, uno no quiere sufrir. Y esa es la manera de irnos paralizando. Es la manera de irnos transformando en ciudadanos norteamericanos, aterrados de cualquier persona -persona oscura, con pinta de musulmán, con pinta de árabe- aterrados y convencidos de que el mejor sistema es el de los tipos duros como el presidente de EEUU, George Bush, y que éstos son los ñatos que necesitamos.

Creo que en ese sentido estaría dando una respuesta parcial a lo que tú me has preguntado.

Creo que el poder político, que siempre se alía a los medios, está absorbido por las finanzas en la misma medida en que la vida política se privatizó y, por lo tanto, las finanzas ahora manejan, ya no solamente a los políticos, sino también a los medios de comunicación. En esa medida creo que corremos el grave riesgo de convertirnos en esclavos. Pero por fortuna también esta mirada oscura y siniestra tiene una contrapartida, por ejemplo, en esta jornada. Ustedes allí, nosotros acá. Estos periodistas que han dado cuenta de algunos escasos hechos de anónimos, gestos heroicos, valientes, responsables, éticos y dignos.

Por eso, está aquello siniestro que se propone el poder, pero también estamos nosotros que somos la mayoría.

Juan José Panno: Estoy haciendo un libro sobre los errores que hay en Internet. En el buscador *Google* uno puede oponer cosas y buscarlas. Puede escribir Boca o River y ver quién tiene más menciones. Puede poner Luis Miguel o Serrat, y va a ganar Luis Miguel naturalmente. Puede poner aciertos y errores, y da 98.600 aciertos y 1.560.000 errores. Puede poner "verdades" y "mentiras", y gana "mentiras". Puede poner "estupideses" - con "s" inclusive- contra "brillanteces", y gana "estupideses" con "s". Puede poner "errores de ortografía" contra "correcta

ortografía” y gana “errores de ortografía”. Son todas cosas que me sirven a mí para el libro, porque, en definitiva, también entre “inexactitudes” y “exactitudes”, gana “inexactitudes”.

Yo busqué “dictadura argentina” versus “democracia argentina” a propósito de esta charla, y gana “dictadura”. “Dictadura argentina” tiene 6.810 menciones mientras que “democracia argentina”, 3.600. Si lo busco en el mundo, es decir, busco “democracia” sin especificar en qué lugar, gana “democracia”. O sea, acá en la Argentina gana “dictadura”, en esto de las de las menciones en Internet, lo cual si uno hila un poco fino, no es ni tan bueno ni tan malo.

Internet, finalmente, es una herramienta. Pero como acá hay muchos jóvenes, yo les recomiendo que tomen contacto con el papel más allá de lo que se puedan sacar de Internet. No está mal que los chicos lean por Internet, pero es importante el contacto con el papel.

Hace poco, en un curso que está dando sobre historia argentina, Felipe Pigna contó la impresión que le había causado tener en sus manos el documento del Pacto Roca- Runcinam, ese Tratado bilateral de comercio que la Argentina firmó con Inglaterra en 1932. En el papel mismo - decía Pigna - uno podía leer que la lista de cosas que entregaba la Argentina a Inglaterra era una lista muy larga, enorme; mientras que lo que entregaba Inglaterra a la Argentina -simplemente seguir comprando carne- eran dos líneas. Es decir, impresiona tener el papel en las manos, y esto seguramente le pasó a Pigna. Esto mismo nos ha pasado a todos nosotros cada vez que, por ejemplo, nos encontramos con la serie de títulos del diario *La Razón* unos días antes del golpe: “Tensa vigilia”, “Horas de tensión”, “Ya se viene”. Más allá de lo que uno pueda saber o le puedan contar, impresiona verlo. Como impresiona ver esa imagen de Videla cuando hace un círculo con la mano y dice: “Los desaparecidos no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos”.

Es bueno que uno lo tenga permanentemente presente. Pero no sólo la voz de Videla, sino también que el golpe no fue casualidad, estuvo premeditado. Y hay resabios de este golpe que siguen vigentes en la política económica argentina y esto de que “dejaron el campo minado” es rigurosamente cierto.

Entonces, cuando uno hoy escucha esto de la “mano dura”, o que “los delincuentes entran por una puerta, me entiende, y salen por la otra, me entiende” o que “sería bueno que bajemos la edad de la imputabilidad de los chicos”, a los más veteranos que vivimos en la dictadura, estas cosas nos golpean muy fuerte.

Cuando hoy nos dicen “bueno, después de todo, no era para tanto, algo habrán hecho”, ¿no es esto lo mismo que decían durante la dictadura? Hoy se siguen escuchando estas cosas y uno se aterra, se espanta y agradece que existan estos espacios de reflexión para que podamos ver cuáles son los puntos de contacto que hay en la actualidad para corregir errores. Porque estas cosas nos remiten a otros momentos que nosotros hemos padecido, y mucho.

Les recomiendo muy especialmente a los más jóvenes juntarse con los papeles, ver las cosas que salieron publicadas. Este libro, “Decíamos ayer”, es maravilloso, pero no es lo único. Está el libro de Alberto Dearriba, “El golpe” y muchos otros materiales para entender el contexto de esa época.

Alguna vez me preguntaron mis hijos: “¿Qué hiciste vos en la guerra papá?”. La verdad es que no podía enorgullecerme demasiado de lo que me había tocado durante la dictadura militar. Yo trabajé en la revista *El Gráfico* desde 1978 hasta 1982. En 1976, era delegado en la redacción de *Clarín*. Nos echaron, a un grupo de 16 delegados, con la acusación de guerrilleros industriales, entre ellos a Oscar González y a Lidia Fagale. Detrás vino una oleada de 600 despidos.

Un poco por miedo, otro poco porque todavía éramos jóvenes y teníamos ganas de conocer otra cosa, nos fuimos con otro amigo a Europa. Volví en 1978 porque me gusta el fútbol. Tenía mucho miedo pero, a pesar de todo, quería ver el Mundial. Entonces vine y tuve la posibilidad de entrar a trabajar en la revista *El Gráfico*.

Ustedes saben que *El Gráfico* ha sido cómplice, de algún modo, de la dictadura como lo ha sido, fundamentalmente, la editorial *Atlántida* y las revistas *Gente* y *Para Ti*. Pero de mi grupo de compañeros -del que puedo nombrar a Carlos Ferreira, Eduardo Rafael, Guillermo Blanco y Carlos Ares- nunca salió una sola línea a favor de la dictadura militar.

Sabían que no nos podían pedir que escribiéramos ninguna cosa a favor, aunque tampoco podíamos escribir en contra. Más allá del miedo que teníamos, no se nos permitía, y nosotros sabíamos cuáles eran las reglas del juego. A nadie se le hubiera ocurrido. Pero sí hubo, por lo menos en esa editorial en el periodismo deportivo -y hay que destacarlo - algunos actos de resistencia realmente maravillosos, como por ejemplo la nota que le hizo la revista *Goles Match* a Adolfo Pérez Esquivel cuando le dieron el Premio Nobel de la Paz.

Dos medios argentinos hicieron notas con Pérez Esquivel. La revista *Gente*, para denostarlo, y *Goles Match* -que era una revista deportiva- haciéndolo hablar de deportes a Pérez Esquivel. En realidad era un artilugio, un recurso, para poder mencionar y levantar su figura. Del mismo modo que uno compraba la revista *Humor*, y la leía entre líneas, porque sabía que ahí alguna cosita iba a encontrar. Nos conformábamos con poco, pero esperábamos esa revista como si fuera el pan nuestro de cada semana, porque ahí, entre líneas, escondido, alguna reflexión había.

Lo claro, lo concreto, es que ha habido periodistas que se han atrevido y otros que tuvimos un poco más de miedo y que no nos

sentimos cómplices aunque alguna culpa nos queda. La culpa de estar vivos, en principio, después de haber vivido en esa época, mientras que otros, que fueron mucho más heroicos, no lo están. Pero además de periodistas, como bien se dijo acá, eran militantes, y no marcarlo es vaciar de contenido sus vidas.

Por último, quiero leer un fragmento cortito de lo que puede representar o sintetizar lo que era la revista *El Gráfico*. Hay una carta que escribió Ruud Krol, un jugador holandés que vino a la Argentina a jugar la Copa del Mundo en 1978, a su hija durante el Mundial. Esta carta salió publicada por la revista *El Gráfico*, y decía cosas como éstas: “Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en Argentina. Pero no es así, es una mentirita infantil de ellos. Papá esta muy bien. Aquí todo es tranquilidad y belleza. Ésta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la paz. No te asustes si ves alguna foto de la concentración, con soldaditos vestido de verde al lado nuestro, esos son nuestros amigos, nos cuidan y nos protegen. Nos quieren como toda la gente de este país”, etc. “Los fusiles de los soldaditos que nos cuidan y nos protegen” - dice en algún otro tramo - “disparan flores”. Y más abajo agrega: “Sonríe, pronto estaremos juntos, papá está bien, tiene tu muñeca y un batallón de soldaditos que lo cuidan, que lo protegen, y que de sus fusiles disparan flores. Dile a tus amiguitos la verdad: Argentina es tierra de amor”.

Nosotros sabíamos que esa carta había sido inventada por un periodista que se llamaba Eduardo Romero que en realidad no era más que un trepador, que podría haber escrito tanto esta carta como cualquier otra con la misma impunidad. Lo cierto es que salió publicada en *El Gráfico*. Yo tuve la oportunidad, después con los años trabajando en *Página 12*, de entrevistar a Krol y de preguntarle por esa carta que, por supuesto, desmintió. Dijo que nunca existió, dijo que era una burda mentira.

Estas cosas pasaban y había otras mucho mas graves en la revista

*Gente* y en las campañas que organizaba *Para Ti*.

Es bueno esto de la memoria, de asociarla permanentemente con el presente, y de prestar mucha atención cuando nos hablan, por ejemplo, de la teoría de los dos demonios, de la inseguridad y nos hacen creer que no podemos salir a la calle, cuando levantan con una mano la bandera de la inseguridad y con la otra mano la foto de Videla. Porque la inseguridad la padecemos todos, pero también es cierto que en nombre de la inseguridad, se busca una mano dura que no es otra cosa que tratar de acallar cualquier reclamo y cualquier voluntad de cambio.

Quiero contarles, por último, una buena noticia de lo que también hay Internet: si uno busca "olvido y perdón" por un lado, y luego "justicia", encuentra 46.300 resultados con "olvido y perdón" y 1.620.000 con "justicia".

Pregunta del público: ¿Qué papel jugó el periodismo durante la dictadura con respecto a la guerra de Malvinas?

Diego Bonadeo: Recuerdo una cosa absolutamente emblemática. Yo trabajaba en Radio *Continental* -estamos hablando del año 1982- y había un individuo cuyas iniciales eran Carlos Burone - que ya murió- que recibía información personal de otro individuo, Saratiegui -no recuerdo el nombre - que era almirante. Burone era portavoz hacia los oyentes de radio Continental de cada palabra que le decía este individuo, Saratiegui; y me acuerdo de haber compartido con Eduardo Aliverti esta interlocución telefónica entre Burone y este individuo.

Y la otra historia, es la de la venta de chocolates a los soldados, por parte de algún periodista que, como no está comprobado, no lo voy a nombrar.



Juan José Panno: El papel del periodismo durante la guerra de Malvinas fue nefasto. Fue de un apoyo incondicional a Galtieri. Las tapas de *Gente* son emblemáticas: "Vamos ganando", "Seguimos ganando", cuando todos supimos después que no pasaba nada de eso.

A mí me tocó estar durante la guerra de Malvinas, en 1982, en el Mundial de fútbol en España. Ahí uno escuchaba los noticieros y leía el diario *El País* y sabía que estábamos perdiendo por goleada. El papel en general de los medios fue de complicidad absoluta, de desinformación total.

Alberto Dearriba: Desinformaron permanentemente. Si uno recorre los diarios de esos días hay como un bache inexplicable. De "Vamos Ganando", "Hundimos tal barco", "Somos maravillosos y vamos a ganar esta guerra", pasan a "Tregua", porque las tapas posteriores a la rendición de Argentina no decían "Perdimos". Efectivamente el papel fue el de desinformar permanentemente.

Diego Bonadeo: Hay una maravillosa excepción, que por supuesto se trata de la revista *Humor*. En una de sus tapas estaban encamados, con perdón, Alexander Haig y Margaret Thatcher. Abre la puerta subrepticamente o no tanto, Nicanor Costa Méndez y los encuentra encamados a Haig y Thatcher. Haig decía que jugaba a favor de la no prosecución de la guerra, Nicanor Costa Méndez era el canciller argentino y Thatcher era la María Julia Alsogaray de Inglaterra.

Lidia Fagale: Creo que el caso Malvinas pinta lo que fue toda la Junta, la logística militar, la parte burda, la asociación con la mentira en este recorrido en el que, como decía Alberto Dearriba, fuimos derrotados, y de cómo se asociaba el concepto de terrorismo de estado a la defensa de la soberanía y al concepto

de patriotismo.

Pregunta del público: Quería saber sobre la variación del presupuesto del mundial a partir de la muerte del general Omar Actis. Porque creo que varió de 72 millones a 430 millones de dólares. Quizás ustedes saben si hubo algún lavado o si hubo testaferros.

Diego Bonadeo: Todavía creo que no están aclaradas las cuentas. Estamos hablando de hace 26 años. Hay datos de que fue más o menos así. Por ejemplo, parte de la tribuna de la cancha de Vélez fue presupuestada y refaccionada tres veces. Lo que se dijo es que se hacía mal a propósito para volver a cobrar y volver a cobrar. En el caso de Actis, que estaba al frente del frente del Ente Autárquico Mundial '78, recordemos que murió en circunstancias no del todo aclaradas, tan poco claras como las cuentas del Mundial, en medio de fuertes disputas internas con la Junta Militar. En cuanto a la cancha de Mar del Plata, por ejemplo, quizás los que hayan visto por televisión, en el primer partido, a los 5 minutos el pasto volaba.

Juan José Panno: La síntesis es que la deuda externa argentina era de 6.000 millones de dólares antes de la dictadura, mientras que después de la dictadura era de 40.000 millones. También es otra síntesis de dónde puede estar esa plata: se la afanaron.

Pregunta del público: A los que estuvieron trabajando en medios en ese momento, ¿qué marcas les dejó el paso de la dictadura en la escritura en los medios donde trabajaban?

Alberto Dearriba: Yo puedo rápidamente contarte una

experiencia. En el año 1981 comenzó a salir el diario *La Voz* al cual yo fui a trabajar. Allí comenzamos a denunciar, e incluso a ubicar cementerios clandestinos o chupaderos. Fueron a trabajar allí muchos compañeros que venían trabajando, otros que se incorporaban allí al periodismo, pero todos, todos, teníamos los dedos duros. Recuerdo la necesidad que teníamos de reclamar el ejercicio de ser libres. Nos costaba trabajar y es más, cuando lo hacíamos, cuando ejercíamos la libertad, cuando hacíamos una denuncia, la hacíamos mal desde el punto de vista periodístico, sin los fundamentos necesarios, sin el rigor que se requiere en el medio, por lo menos en un medio que intenta dar una información seria. De modo que si hay una marca es esa “el endurecimiento de las manitos y los deditos” que, supongo, venía de algo más profundo.

Juan José Panno: Yo la marca que reconozco va más allá de lo periodístico, es la marca de hablar despacio. A veces cuando uno habla de algunos temas, incluso hoy todavía, habla despacio. Habla como en voz baja. La otra marca es -la advertí con el tiempo y después se fue modificando- que en los primeros años de democracia, en alguna escritura de los jóvenes que hablaban de un recital de rock, hablaban de tortura como una cosa buena, y a nosotros nos provocaba un escozor. Era una terminología joven, que venía de otro lugar totalmente distinto, pero bueno, algún punto en contacto tenía con esto.

Lidia Fagale: Yo recuerdo mi turbación cuando mis ideas no coincidían con el lenguaje, con lo que lograba escribir. Y cuando rompí eso, cuando se da ese proceso de reconocer en el lenguaje lo que pienso, esa coincidencia en la escritura, me causaba una conmoción interna enorme, física inclusive, muy importante.

Lo otro que me dejó como experiencia es la posibilidad de recuperar el diálogo -aunque sea en voz baja como estaba

explicando Panno- con mis propios compañeros de trabajo. Y la posibilidad de haber hecho, en el gremio de prensa, el primer paro por tiempo indeterminado. Fuimos los trabajadores de televisión todos juntos en plena dictadura.

Alberto Dearriba: Aunque no sea en un diario o en un noticiero, ¿qué pasaba Patricio (Contreras) en tu ámbito? ¿Cuál fue la marca que te dejó aquello?

Patricio Contreras: En el ámbito del teatro se sabe que la persecución empezó, incluso, antes de la dictadura misma. Yo no vivía en la Argentina porque vine hace 30 años. Pero la primera amenaza de la Triple A a los actores aconteció en la postrimerías del gobierno peronista de Isabel Perón. Allí es donde tuvieron que salir del país cuatro compañeros actores: Héctor Alterio, Luis Brandoni, Norman Brisky y Nacha Guevara.

Después hubo una nueva lista de amenazados que pasaban los 30, más los dirigentes de la Asociación de Actores. Ellos consiguieron, por los oficios de un director de cine, una entrevista con el ministro de Bienestar Social, José López Rega, durante el gobierno peronista, fundador de la Triple A. Y en una situación de cinismo absoluto, recibía en la Casa de Gobierno a los actores que decidieron no dejar la Argentina para tranquilizarlos. Al contrario de los primeros que, legítimamente, buscaron protegerse en el exterior, éstos realizaron un pronunciamiento sólido y consensuado por todos para permanecer en el país, y no ceder a la amenaza fascista de esta organización.

Después, los actores y la gente del teatro nos sentimos orgullosos de la jornadas que significaron los primeros días de Teatro Abierto en el año 1981, incluso antes de la Multipartidaria. Tal vez fue la primera expresión cívica de oposición y disidencia con la dictadura.

Teatro Abierto fue una iniciativa de Osvaldo Dragún, un dramaturgo de los grandes de la Argentina, más Carlos Gorostiza, Roberto Cossa, Carlos Somigliana, Ricardo Halac y otros más que no recuerdo. Ellos se reunieron para responder a una afirmación que había hecho el -entonces y actual- director del teatro general San Martín, Kive Staiff. Él había dicho que no se estrenaban obras de teatro argentinas en el San Martín porque “no había autores en la Argentina”. Ante esa afirmación vino esta respuesta de todos los autores, de 21 autores argentinos, que se reunían en Argentores. Ahí empezaron a diseñar esto que sumó a más de 200 autores, técnicos, directores y vestuaristas, para debutar finalmente en el Teatro del Picadero y que, a la semana de haber debutado este ciclo, fue incendiado, obviamente, en forma intencional.

Hay un documento que registró el director de cine Arturo Balassa, que empezó a grabar en video desde las primeras reuniones de Teatro Abierto. A él se le ocurrió que había que empezar a registrar eso. Entonces, están grabadas las reuniones en Argentores, están todos los ensayos, está la noche de cada estreno, los procesos de cada obra, cómo se iban llevando a cabo, entrevistas a los actores, a los escenógrafos, a los directores y, finalmente, el debut del Teatro Abierto. Eran siete programas distintos cada tarde, se hacían a las 18 horas para que los actores que estaban ocupados en alguna obra a la noche no tuvieran problemas. Había de lunes a martes una programación distinta cada día. El último día que se estrenó una obra fue un lunes. Durante esa noche se quemó el teatro.

En este registro de Balassa, que se llama “País cerrado, Teatro Abierto ” -y que entiendo que se encuentran en video y puede alquilarse o comprarse-, se registra la voz que tal vez ha definido tantos años de fracasos precisamente por su permanencia en el aire, que es la voz de Bernardo Neustadt.

También está registrada la transmisión del programa que tenía

Neustadt de la mañana del día de la inolvidable actuación de Frank Sinatra en el Luna Park, en la que el periodista habla extensamente de quienes habían estado en el Luna -el general Jorge Arguindegui, Roberto Viola- y la misma mañana dice pasando muy de largo, es decir, comenta en dos líneas o tres líneas, que se había incendiado el Teatro del Picadero.

Alberto Dearriba: Patricio Contreras mencionó lo de Teatro Abierto, es decir, no todo lo que recibíamos era censura y basura, sino que, por algún lado, el esfuerzo salía. Y quiero decir que los temas más importantes de las obras de "Teatro Abierto" eran, ni más ni menos, que la locura y el exilio.

Recuerdo haber llorado esos días con la hermosa noticia que recibimos los periodistas en aquel momento, que no pudieron ocultar de ninguna manera, que un argentino, Adolfo Pérez Esquivel, había recibido el Premio Nobel de la Paz. Era difícil de explicar a la gente, o mejor dicho imposible, por qué había recibido ese argentino el premio Nóbel de la Paz. Igualmente se publicó y me imagino que habrá sugerido algún ejercicio de reflexión.

De modo que, más allá de las cerrazones y más allá de las dictaduras, y más allá de las limitaciones que existen la democracia para publicar o no publicar, creo que en todos lados hay periodistas o trabajadores de prensa que acatan sumisamente, hay entusiastas que se suman al régimen del momento, y hay quienes presionan sobre los límites tratando de lograr siempre una sociedad mejor.

De modo que es esto un poco lo que hemos descrito aquí, en el sentido de que no podemos tener un juicio terminante ni a favor ni en contra, más allá de que sí coincidimos en que el papel de los medios fue de apoyo a ese sistema, de apoyo a ese régimen, que nos dejó una herramienta de dominación que sigue gobernando y que es, ni más ni menos, que la deuda externa.

## CAPÍTULO 2

# CÓMO OPERÓ LA DICTADURA

*Moderador: Martín Becerra*

*Panelistas: Raúl Timerman, César Gerbasi y Juan Carlos Cernadas Lamadrid*

Martín Becerra: En esta Mesa expondrán César Gerbasi, que trabaja en la gerencia de ingeniería de Canal 7, especialista en temas técnicos del medio audiovisual. También Juan Carlos Cernadas Lamadrid, dramaturgo, fue director del teatro Alvear y trabajó en agencias de publicidad. Como autor ha escrito obras para televisión como “Los Miedos”. Raúl Timerman, quien en la actualidad tiene un programa en Radio *El Mundo* llamado “El hormiguero”, también ha trabajado y trabaja en publicidad y porta un apellido que es ineludible a la hora de referirse a la relación entre medios y dictadura militar.

Raúl Timerman: Mi apellido es Timerman. Jacobo Timerman era hermano de mi padre, y eran los únicos dos hermanos, o sea una familia muy chica. Y Jacobo Timerman era, además, uno de los dueños y director del diario *La Opinión*.

Durante el proceso, lo que yo sentía era miedo, ése era el sentimiento dominante. Había situaciones en las que el miedo se me aliviaba. Era cuando, por motivos de trabajo, tenía que viajar al exterior, que sucedió con mucha frecuencia. Y sólo se me aliviaba el miedo cuando el avión empezaba a corretear y levantaba vuelo. Ahí sentía alivio, no antes.

Uno de los primeros viajes que yo hice -esto es algo que mi esposa no sabe- fue a Europa, por un período relativamente largo. Nosotros acabábamos de tener nuestro primer hijo, que tenía dos o tres meses. A los dos o tres días de llegar a Bruselas, la llamé por teléfono y le dije que se venga. Recién ahora comprendí

por qué la llamé por teléfono y le dije que se venga. Y que se venga con Jerónimo, que era nuestro primer hijo. Es porque tenía miedo por ellos. Ella para poder hacer el permiso de salir del país, tuvo que falsificar mi firma, porque no había otra manera de sacar a un chico.

Ahora escucho hablar de la inseguridad y dialogando con el actual secretario de Derechos Humanos, Eduardo Luis Duhalde, me decía que en la historia de los secuestros, desde que empezaron, hubo 1.000 secuestros y 3 muertes. Durante el Proceso hubo más de 30.000 secuestros y 30.000 muertes. Yo ahora no me siento inseguro, como sí me sentía inseguro durante el Proceso militar.

Una vez, una periodista de France Press le hace una entrevista a Mao (Tse Tung) y empieza a recorrer la historia china -3.000 años a.c.- junto a la historia de las dinastías, y Mao le va contando. Después de 2 ó 3 horas de entrevista, le pregunta a Mao qué opina de la Revolución Francesa. Mao se queda pensando y dice: "No hay perspectiva histórica, sucedió hace demasiado poco tiempo".

El Proceso, que sucedió hace mucho menos años, tiene, posiblemente, desde el punto de vista de la interpretación, sólo visiones parciales. No hay una visión totalizadora del Proceso. Hay visiones parciales. Sin embargo, para poder ver cómo operó el Proceso, hice una síntesis.

La dictadura operó secuestrando, torturando, matando, desapareciendo y robando bebés. ¿Por qué operó de esa manera? Porque necesitaba crear un estado de miedo. Yo tenía miedo porque me impusieron un estado del miedo. ¿Y para qué era necesario que la gente tuviera miedo? Era necesario que la gente tuviera miedo para que se inmovilice. La dictadura militar fue congeladora de la protesta social para poder aplicar un plan económico.

Creo que ahí no hay una visión parcial, creo que hay un punto mínimo sobre el que hay que ponerse de acuerdo. Se aplicó un



plan económico, y ese plan económico siguió vigente hasta que el modelo se hizo trizas el 19 y 20 de diciembre de 2001. Se cayó solo, pero duró 25 años.

La ideología que aplicaron para poder generar ese estado de miedo fue la doctrina de la seguridad nacional. ¿Podían haber hecho otra cosa? Sí y no. Podían haber combatido la guerrilla con la ley. Pero entonces no hubiera habido miedo social. Porque a ley la gente no le tiene miedo. Y a eso, la gente le tiene miedo.

El primer día del golpe, el 24 de marzo de 1976, sale el famoso comunicado número 19. Ese comunicado dice que habrá penas de hasta diez años de reclusión al que difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o policiales. Penas de diez años de reclusión.

Hubo diarios cerrados, expropiados, medios clausurados, periodistas desaparecidos; pero a nadie le aplicaron este comunicado número 19. Nadie fue juzgado y le dieron 10 años de prisión. La práctica era secuestrar, torturar, matar, desaparecer, robar bebés.

Acá ya contaron y hubo una pregunta de una persona con respecto al tema del Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78). Una de las cosas que hicieron fue con los medios del Estado. Los intervinieron y los dividieron. *Canal 9* para el Ejército, el 11 para la Aeronáutica, el 13 para la Marina y el 7 dependía de Presidencia, que era del Ejército.

Los programas de *Canal 7* eran culturales -ballet, ópera en concierto-, es decir, una cultura insípida, y sobre fútbol y automovilismo ya que de eso el Estado tenía el monopolio.

*Canal 7* funcionaba en el edificio Alas, no existía el actual edificio

de ATC. Eso se construyó con el EAM 78. Costó 700 millones de dólares, de los cuales 100 millones se destinaron al Centro Producción Buenos Aires, que es hoy ATC. Terminado el Mundial, se produjo la mudanza, empezó a funcionar ATC ahí, y llamaron a alguien para que presente una propuesta de cómo debería ser el canal. El interventor era un coronel, Enrique Santos Paradelo, y le preguntaron a Montero, un productor que presentó una propuesta, lo siguiente: "Montero, usted qué recomienda ¿salir a pelear el rating o aprovechar la entrada de camiones que tiene ATC y hacer un supermercado?". Y decidieron salir a pelear el rating. Lo primero que hizo Montero, es contratar una agencia de publicidad, Lotrec, que fue la que inventó ATC y su imagen.

¿A quién contrató Montero? A Mirtha Legrand, para hacer los almuerzos; a Hugo Moser, para hacer "Los hijos de López", y a Andrea del Boca, para hacer "Andrea Celeste", con libro de Abel Santa Cruz. A Horacio Larrosa le dio la dirección informativa. Él inventó el noticiero "60 minutos", que tenía como conductor a José Gómez Fuentes, a María Larreta y a Silvia Fernández Barrio.

Durante la guerra de Malvinas, tenían como corresponsal en las islas a Nicolás Kasanzew. Durante la guerra, *Canal 7* organizó el programa "24 horas de Malvinas", con Cacho Fontana y Pinky donde se dedicaban a juntar cosas para enviar a los soldados. Ese programa tuvo 52 puntos de rating. Nunca se supo qué pasó con todo lo que se juntó en ese programa.

A algunos medios gráficos, el Proceso militar los expropió. Y al resto de los medios los compraron entregándoles Papel Prensa. Estaba anunciado: el 3 de noviembre de 1976 se realizaría una asamblea de Papel Prensa donde se iba a regularizar una transferencia accionaria. Los dueños de las acciones eran los Gravier. David Gravier había sido socio capitalista de *La Opinión*. El día anterior había habido una reunión en el diario *La Nación*, donde quedó claro que el Estado no iba a permitir el traspaso de los testaferreros a los Gravier y que éstos tenían que vender sus

acciones. Estaban presentes: Máximo Gainza Paz, por el diario *La Prensa*; Héctor Magnetto, por *Clarín*; Bartolomé Luis Mitre, por *La Nación* y Patricio Peralta Ramos, por *La Razón*. El único ingenuo fue Máximo Gainza Paz, que pensó que había que pagar por esas acciones, y entonces excusó a *La Prensa* de participar porque no estaba en condiciones financieras. “Estamos haciendo el nuevo edificio, nosotros no vamos a participar de esto”, dijo. El resultado fue que *Clarín*, *La Nación* y *La Razón* se quedaron con Papel Prensa. Nunca se pagó. Y hoy se sospecha que tiene un solo dueño, posiblemente éste sea el momento de mayor concentración de la prensa gráfica en el país.

Sucedieron algunas cosas que a uno le llaman la atención, como la conducta de alguna gente que intervino en los medios durante y después del Proceso. Hay gente que mantuvo una línea. Si uno habla de Mariano Grondona o de Bernardo Neustadt mantuvieron una línea. A lo mejor si uno le pregunta a Grondona si había más libertad de prensa durante el Proceso que ahora es capaz de contestar: “Durante el proceso yo invitaba a un ministro y venía al programa, ahora no viene ningún ministro a mi programa”.

Pero hubo gente que tuvo contradicciones. Si uno toma el programa que fue hecho por la Aeronáutica *Edanal 11*-programa que marcó una apología del Proceso-, llamado “Video Show”, ese programa tuvo cuatro conductores a lo largo de sus tres años. Los conductores fueron Bernardo Neustadt, que no llama la atención; Cacho Fontana, que no llama la atención; Enrique Llamas de Madariaga, que no llama la atención, y Magdalena Ruiz Guiñazú, que sí llama la atención.

Pero bueno, como alguien dijo acá, es muy difícil exigirle a la gente que sea valiente. La gente se defendió y trató de sobrevivir como pudo en esas circunstancias y hay gente que empezó a ver las cosas después. Ernesto Sábato empezó a ver las cosas después. Magdalena empezó a ver las cosas después. Jorge Luis Borges empezó a ver las cosas después, mucha gente. A lo mejor, Jacobo

Timerman también empezó a ver las cosas después. Porque no era el mismo diario *La Opinión* antes del golpe o el primer período, que cuando empezó a publicar habeas corpus, o cuando matan a Edgardo Sajón, ex secretario de Prensa y Difusión de la Presidencia, o finalmente, lo secuestran a él. Pero hubo gente que la misma conducta la sigue teniendo hoy.

Cuando a Jacobo Timerman la Universidad de Columbia le entrega el premio María Moors Cabot, hay un listado de gente en la Argentina como Claudio Escribano o Ernestina de Noble, propietaria del diario *Clarín*, que escribieron notas repudiando esa entrega. Algunos de ellos renunciando al premio que habían recibido años anteriores. Entrevistado en ese momento el decano de la Universidad de Columbia, dijo: “Me llama mucho la atención, ninguno de ellos devolvió los mil dólares de premios”. Es decir, renunciaban al honor, pero no al dinero.

Quería agregar algo más. Alguien mencionó aquí que se había establecido un mecanismo de censura y, efectivamente, se estableció un mecanismo de censura. Había un servicio de lectura previo gratuito que era para los editores de diarios, para que enviaran las notas y funcionaba en la casa de gobierno.

Para poder entender cómo operaba el sistema respecto a los medios, déjenme leerles una breve crónica de Ariel Delgado, en esa época periodista en radio *Colonia*, una radio argentina ubicada en la República del Uruguay, famosa por aquellos años por relatar muchas de las cosas que en Argentina no podían decirse.

Delgado comienza diciendo: “Voy a contar la experiencia que tuve a partir del 24 de marzo de 1976 con el golpe de Videla, Massera y los otros. En esa época yo era director de radio *Colonia* y, además, tenía a cargo los principales informativos. Los tres panoramas informativos de la radio. El dueño de la radio en aquella época era Héctor Ricardo García, el mismo del diario *Crónica*. El 23 de marzo al medio día, 12 ó 13 horas antes

de que se produjera el golpe, lo fueron a ver a García al diario *Crónica*, en Azopardo y Garay, dos militares, dos marinos. El capitán Carlos Carpintero, que estaba a cargo de lo que sería hoy la Secretaría de Medios de la Presidencia, y el capitán Carlos Alberto Busser. Hablaron con García, le dijeron que el golpe ya era inminente. Le dijeron que el golpe era cuestión de horas y que todas las radios argentinas iban a entrar en cadena, como era costumbre en aquellos años, y que la única radio que quedaba fuera del control de los militares era radio *Colonia* por lo cual le pedían colaboración. García me avisó. De cualquier modo ya todos lo sabíamos. Las radios argentinas entraron en cadena a las 3:21 a.m. del 24 de marzo de 1976. Ese mismo día, en el panorama de las 7 de la mañana, leí una noticia de la agencia norteamericana *The Associated Press*, la más grande del mundo, lo cual era absolutamente legal. La noticia decía que Isabel Perón resistía ante el golpe -vale aclarar que era una resistencia verbal- y que un militar la zamarreó y se la llevaron. A los militares argentinos no les gustó que yo leyera esa noticia y para manifestar su disgusto, pues simplemente, secuestraron a García. Lo encapucharon y lo subieron a empujones al buque "33 Orientales" que estaba amarrado en el puerto. Ahí estaban también, Diego Ibáñez, Jorge Triaca, Carlos Menem y Lorenzo Miguel, entre otros. A García lo tuvieron 11 días encerrado en un camarote del barco, lo soltaron después y le explicaron que había que tener mucho cuidado". Así operó el Proceso.

César Gerbasi: Voy a intentar desarrollar una supervivencia de la dictadura, como prueba de estas cosas que se formulaban aquí acerca de cuáles fueron los intereses económicos a los que respondió. Esto todavía es algo que en términos de la polémica y del debate intelectual habrá que desarrollar en algún momento. A esa idea de que la dictadura fue la cabecera de un puente para consolidar un sistema económico todavía le faltan nombres y apellidos. Estos nombres y apellidos en algún momento habrá que ponerlos sobre la mesa.

Intentaré caracterizar cómo funcionó esto en la televisión, que es mi especialidad. Y cómo hoy la estructura de medios televisivos que existe en la Argentina, particularmente en el interior de la Argentina, es un edificio sólidamente montado por los conceptos de la dictadura y cuya estructura, en general, es la Ley de Radiodifusión, que hoy está vigente y que, salvo algunas modificaciones, es la ley de televisión de la dictadura.

Los gobiernos democráticos, por diversas razones -pero particularmente para no irritar a los medios de comunicación, a los canales de televisión, o mejor dicho a los propietarios de los canales de televisión-, no han modificado aquella ley. Parece increíble que hoy tengamos una ley que ni siquiera tiene los alcances tecnológicos incorporados, como el satélite o la retransmisión directa al domicilio. Todo eso no está incorporado porque la ley que hoy rige los medios de comunicación en la Argentina es la misma ley de la dictadura.

Quiere decir que, además de dejar un campo minado, podemos decir que en algunos aspectos dejó una estructura tan sólidamente montada que aún hoy no ha podido ser destruida.

Cuando uno piensa en la televisión como medio, más allá de los contenidos y de las polémicas que puede generar su oposición a cuestiones tales como la lectura o la profundidad que pueden tener otras expresiones artísticas, a mí me gustaría señalar un hecho que no ha sido suficientemente comprendido. La televisión es uno de los conceptos tecnológicos modernos tal vez más complejos, y que ha resultado gratuito para quienes lo consumen. Esto ha sido algo bastante novedoso si pensamos en el cine o si pensamos en cualquier otro desarrollo tecnológico ligado al medio audiovisual. De una u otra manera la televisión se introdujo sin necesidad de que el que la consumía tuviera que pagar mensualmente. Esto por lo menos fue al inicio.

En Estados Unidos la financiación por publicidad permitió que

la gente no tenga que pagar para ver televisión. En Europa los canales fueron del Estado y el sistema de que el estado financiara la televisión, también permitía que nadie tuviera que pagar por ver televisión. Resulta que en la Argentina llegamos a un nivel de penetración de la televisión paga del 50%, ya sea la televisión de cable o la televisión directa vía satélite. Es una cifra que se da en pocas ciudades del mundo. Solamente es equiparable al número de Estados Unidos. De hecho, en las estadísticas de penetración de televisión por cable -en cantidad de abonados- viene primero Estados Unidos y después la República Argentina. Esto es lo que, en mi opinión, está ligado con la política de la dictadura. En este sentido es una supervivencia que aún hoy no ha podido ser atacada y que resulta difícil destruir.

En general, las democracias se caracterizan por poner al servicio de todas las personas la misma cantidad de bienes básicos, independientemente de si esas personas son o no rentables. Ahora en la Argentina nos resulta muy difícil -después del proceso intelectual que comenzó con la dictadura pero no acabo allí- entender por qué en Europa hay trenes estatales. Es simple. En Europa hay trenes estatales porque la premisa es que el suizo que vive allá lejos, en la montaña, tiene los mismos derechos que el suizo que vive en los lugares urbanos de poder viajar a un precio razonable a su casa. Ése es un concepto absolutamente democrático. Las privatizaciones en la Argentina terminaron con este concepto.

Lo repito porque a veces uno piensa: ¿por qué el Estado tiene que tener estas cosas? El Estado tiene que tener algunas de estas cosas para ponerlas al servicio igualitario del que los pueda tener, independientemente de cuál sea su condición económica, dónde vivan y cuáles sean sus hábitos.

Esto fundamentó también la televisión. Cuando uno habla de la televisión pública en el mundo hay conceptos realmente diversos, pero hay un eje central: la televisión pública, en todos los países

del mundo, tiene la obligación de llegar hasta el último habitante. Es eso lo que la define. Ni sus contenidos, ni su carácter cultural o de entretenimiento. Eso no está en juego.

Con la televisión pública es el Estado quien brinda el servicio, y tiene la obligación de llegar hasta poblaciones insignificantes. La televisión privada no tiene esa obligación. Llega hasta aquellos puntos donde le resulta rentable. Empiezo por decir, entonces, que contrariamente a lo que se piensa de que el uso del aparato estatal de la dictadura era férreamente estatista, el artículo de la ley de Radiodifusión que hoy esta vigente es un párrafo bastante claro.

El Estado está para tapar los baches; allí donde sea negocio, donde haya actividad comercial, allí va la actividad privada y hace su negocio. O sea, de contenidos ni se habla aquí. El objetivo de la televisión es que haya televisión. Y el Estado la podrá prestar en aquellos lugares donde no decida prestarla la actividad privada. Este es uno de los pilares en que se basa la estructura de la televisión industrialmente en la Argentina. Esto es lo que se llama el principio de subsidiaridad del Estado, es decir, el Estado no está obligado a asegurar -según nuestros conceptos- la igualdad de la televisión para todos sus habitantes.

Según estos conceptos, que son de la dictadura, el Estado tiene que prestar estos servicios solamente donde no puede prestarlo la actividad privada. Esto es una cosa gravísima, y también llama la atención que en los tres breves años de democracia, entre 1973 y 1976, y desde que se derrocó la dictadura hasta el día de la fecha, esto no haya sido modificado. Entonces más que un campo minado, nos dejaron un campo bastante robusto.

Otra de las cuestiones que plantea el sistema de radiodifusión argentino -también único en el mundo- es que no puede haber redes. Es decir, la televisión estatal europea cuando comenzó se nutrió de redes. Lo mismo que veían los habitantes de Madrid



lo ven en Barcelona con agregados locales. Estas son las redes públicas de televisión de todo el mundo, donde el canal de televisión estatal cubre todo el territorio nacional. Lo mismo ocurre en Estados Unidos, contrariamente a lo que se piensa. La televisión pública en Estados Unidos es muy poderosa. Es un sistema que se llama *Public Broadcasting System* y que, entre otras cosas, hace programas de una gran importancia cultural, y algunos de ellos muy conocidos.

En Estados Unidos, más allá de las redes privadas de televisión, el mismo canal que está en Nueva York, está en Birmingham. Los canales estatales están en todos los Estados Unidos. En la Argentina, por esta misma ley, fueron prohibidas las redes. ¿Cuáles eran los argumentos que se esgrimían para prohibir las redes? Lo que se decía era que lo que se buscaba era fomentar la propiedad y la producción local. Si hubiera redes, la posibilidad de producción local sería muy insignificante porque todos los contenidos serían centrales. En rigor de verdad, se prohibían. Esto nunca dio resultados. Al día de hoy, en la mayor parte de las provincias argentinas, el que no está abonado al cable puede ver un solo canal de televisión.

Estos canales de televisión eran manejados por empresarios locales y estos empresarios locales armaban su programación, no con contenidos locales, obviamente, sino con parches de lo que más le convenía del canal de Buenos Aires. Con lo cual, aquel objetivo de la televisión regional, federal, donde toda la gente pudiera aportar contenido desde su propio lugar, no existió nunca.

Lo único que le importaba a la dictadura de este proceso era no monopolizar los medios para que no haya poder informativo. Y por eso sustituyeron de esta manera. Crearon un sistema mediante el cual haya un sólo empresario por lugar, en la mayor parte de los lugares, que se mantiene inclusive hasta hoy. Muchas de las provincias argentinas solamente tienen un canal de televisión estatal porque a los privados no les interesa poner

un canal en Rawson; entonces hoy hay una estructura mínima de televisión. Mientras el mundo tenía tres o cuatro opciones, acá se creó el fundamento de la televisión por cable porque el señor de San Juan que hoy no se abona al cable tiene como único recurso ver lo que un canal de televisión dictamina que él vea. Entonces ahora aparece esta estructura, esta es la razón y la causa del crecimiento de la televisión por cable. Esto, que en cualquier país del mundo es un sistema complementario, donde aquellos que tienen más recursos y quieren mayor información, mayor programación segmentada, entretenimientos, etc. se abonan a un sistema que es complementario de sus gustos. Pero aquí el sistema de televisión por cable, en el interior de la República Argentina, no es complementario, es obligatorio.

Si alguien quiere estar informado verdaderamente tiene que estar asociado a un sistema de televisión por cable. Porque el déficit informativo que tenía y tiene esta ley, fue provocado por la dictadura. Por dos razones: para crear un déficit informativo, y para crear un vacío de poder de difusión, con lo cual era muy fácil discutir de mano a mano con un empresario en San Juan, con otro en Mendoza, con otro en Salta y con otro en Jujuy, y someterlos en forma individual. Esto hoy, algo más o algo menos, está intacto. Prácticamente no se han llamado a licitaciones en ninguna de las provincias. Es más, hasta el año 2003, *Canal 7* no podía instalar repetidoras de su propia programación donde hubiera canales privados. Esto es: el Estado estaba impedido, aunque tuviera los recursos y las posibilidades, de llegar a aquellos lugares donde la actividad privada estaba funcionando, y esto incluía a *Canal 7*.

Hay un decreto modificatorio de la ley, que ahora permite que el Estado pueda poner *Canal 7* y tener repetidoras de televisión donde hay actividad privada.

Por eso, esa cosa de “*Canal 7*, en todo el país”, es bastante relativa. Porque recién ahora *Canal 7* va a poder estar en todo el país. Y es curioso que la democracia argentina, durante aquel período, no se haya ocupado de esto. Es curioso y no, porque en realidad

aquellos poderíos y aquellos empresarios que fueron hijos de la dictadura, fueron respetados después por la democracia argentina que no atinó a poner los límites suficientes como para poder crear este crecimiento.

Me pareció interesante agregar esta cosa de que la dictadura no es una rémora, ni es una cosa relativa al pasado como ahora nos quieren hacer creer toda esta posición de la derecha.

Que haya tanta gente tan joven que no ha vivido esa época y se interese en estos temas, en realidad, a mí me hace pensar que recién estamos empezando a hablar de esto.

Juan Carlos Cernadas Lamadrid: Obviamente yo puedo hablar desde otro ángulo, el de la televisión de aquella época, desde mi función autoral, aquello que me ha ocupado fundamentalmente en la televisión.

Yo creo que -como decía Raúl Timerman- nos impusieron un miedo atroz con esta serie de matanzas, desapariciones, expropiaciones, etc. Es absolutamente así. Pero en aquel momento también sucedía que había quienes teníamos un lugar de pertenencia muy fuerte -y quizás mucha inconsciencia- y nos largábamos igual a obrar, a hacer, a decir, a expresarnos, pese a ese miedo que estaba.

Quiero decir también que ese miedo no es nuevo. Y nuestra historia tiene muchos antecedentes de esto, y los siguió teniendo en forma posterior. Sólo quiero citar, como un ejemplo paradigmático, la carta de Sarmiento a Domingo de Oro, en junio de 1857, en la que le dice lo siguiente: "La noche anterior a las elecciones fue tal el terror que sembramos en Buenos Aires, matando a presuntos mazorqueros, arrestando presuntos complotados -entre ellos extranjeros- que, como comprenderás, al día siguiente ganamos las elecciones sin ningún tipo de problemas". Y le agregaba en

forma bastante terrible por lo cierto: “Buenos Aires siempre va a ser manejada por la palanca del miedo”.

Y creo que hemos tenido varias pruebas de esto. Durante la dictadura, ni hablar, pero incluso posterior, la segunda elección ganada por Menem, fue ganada a través del miedo económico de los créditos y demás.

Con respecto a lo autoral -que fue lo que uno vivió más de cerca- había en aquellos años dos tiempos dentro de la dictadura militar. Es decir, yo no soy periodista, no he trabajado como periodista vinculado así a los medios, aunque sí como francotirador desde programas de ficción, y para mí, hubo dos momentos. Uno durísimo, donde prácticamente todos aquellos que podíamos esgrimir un pensamiento -actores, autores, directores- fuimos borrados, que fue en el primer tiempo de la dictadura. Pero hubo un segundo tiempo, que se origina más o menos por el fin de 1979 y principios de 1980, en el que hay como un espacio que se abre, por supuesto con conceptos muy rígidos de cómo debía encararse la ficción. Pero lo que sucedió fue que, en esos momentos, se realizaron programas que fueron paradigmáticos. Yo tuve dos con participación directa: “Nosotros y los miedos”, donde los miedos era la dictadura, y “Compromiso”, ya sobre el final. También programas como el de Nelly Fernández Tiscornia, con la dirección de Alejandro Doria. Por supuesto había un censor que leía los libros en cada canal pero, más allá de lo atroz que significa toda censura, ésta fue indudablemente, además de obvia, imbécil. Yo recuerdo el libro de un personaje mío que decía: “No, no, yo soy judío”. Me sacaron la palabra “judío” y me pusieron “israelí”, como si ambas fueran sinónimos.

Curiosamente -y de esto hay miles de anécdotas- los libros venían como semi tachados, palabras censuradas y demás. Pero ningún director de los que a mí me tocó, Diana Álvarez, Rodolfo Cope, Alejandro Doria, etc., les hacían caso. “Bueno no importa”, decían. Lo grababan y lo emitían igual. Y no había rebote de esto.

Ciertas reglas morales no se podían transgredir, es decir, por ejemplo, infidelidades no. Había pautas concretas. Recuerdo haber hecho una alta comedia, una adaptación de una magnífica obra de teatro de Graham Green, "Living room", donde el personaje se termina suicidando. Entonces, me tacharon lo del suicidio, porque no se podía suicidar. Y yo dije "Bueno, es Graham Green" y me respondieron: "Bueno está bien, si no ocurre en el país puede ir."

Es decir, este imperio de las series extranjeras que había, la mayoría yanquis, transgredían todas las normas que para nosotros regían. Pero no era acá, era allá. Problema de ellos, no de acá.

Lo que sucede con esta censura es que no entendían la metáfora con que nosotros jugamos. Si estos programas tuvieron la repercusión que tuvieron fue precisamente porque tomábamos metafóricamente los conflictos. Y parecía que no hablábamos de lo que a ellos podía rozarles o implicarlos. Y sí, efectivamente, hablábamos de esto. Y así caíamos en las distintas etapas. Que de pronto uno podía trabajar y de pronto estábamos grises, es decir prohibidos.

Lo mismo sucedía en cine y lo mismo sucedía en teatro. El tema era cuando se daban cuenta. Pero se daban cuenta después. Y venía el peligro. Porque detrás de eso, no sólo podía venir la prohibición, sino la desaparición, el ser chupado, etc.

Hubo un programa de televisión, "Compromiso", donde toqué concretamente el tema de una olla, que me valió una amenaza directa. En la calle me pararon a la salida del ISER dos tipos que yo creía que eran encargados, porteros, a esa hora de la noche. Efectivamente mis alumnos se corrieron un poco, dejándome solo y lo primero que me dice uno de ellos es: "Muy lindo el programa de anoche, muy lindo". "Gracias", le digo yo. Y me responde: "Bueno, pero cuidate, y cuida sobre todo a tus hijas, Carolina,

María Pía y Magdalena” , y se metió en el coche. Se pueden imaginar como quedaba uno con todo esto. Y el programa no era tocado, sino que la amenaza venía en forma concreta sobre este rubro.

Para sintetizar quiero decir lo siguiente: durante la dictadura no hubo un proyecto cultural ni en teatro, ni en cine, ni en televisión. No lo hubo. Pero sí tenían en forma concreta -como desgraciadamente sucedió después y sigue sucediendo- una estrategia de logro de un objetivo. El objetivo es el proceso de “desculturización”, es decir, de crear vacío de contenido, vacío de pensamiento y de que nadie pueda identificarse con lo que sucede en la ficción. Esto no lo querían ellos, no se quiso después, y no se quiere hoy. Seamos claros en esto.

Este terror tiene sus antecedentes, en forma multiplicada y terrible con los 30.000 desaparecidos, en el bombardeo en Plaza de Mayo de 1955. Ahí ya mostraron las cartas. Lo que hicieron después fue bajarlas totalmente. Pero lo que más les importaba era el proyecto económico que sí tenían. Y para eso tenían que lavar y vaciar todo de contenido. Ese era el objetivo fundamental. Ahí estaba.

Yo recuerdo cuando hice -ni bien terminada la dictadura- en el programa “Yo fui testigo”, con la conducción de Arturo Bonín, el Juicio a las Juntas. Recuerdo que uno de los fiscales en aquel momento me dijo a mí en Tribunales: “Lalo, esto no va ningún lado, porque no se ha abierto ningún juicio por corrupción económica, que ha habido y mucha”. Claro después esto se multiplicó en las décadas posteriores. Esto es triste, pero creo que hay que hablar realmente y enfrentar nuestra historia como fue.

Al mismo tiempo quiero decir que ellos no tenían un pensamiento monolítico. Tenían sus puntos de desacuerdos en la práctica de los medios televisivos. Recuerdo, por ejemplo, al coronel Clodoveo Batesti. En 1977 o 1978, ya estaba en el canal y yo estaba

prohibido. Me hace llamar y me dice: “Se viene el aniversario de la Conquista del Desierto y quiero que usted escriba una miniserie. Quiero que la escriba usted”. Le dije: “Bueno, ¿y por qué yo, si usted sabe como pienso?”. Me responde: “Yo quiero que lo haga usted, no que lo haga otro”. Y efectivamente lo hice y no me cortaron absolutamente nada.

Después se mostró el programa al Comando en Jefe de las tres Fuerzas. Y el final era que un Roca triunfante, que no había tenido ninguna batalla, pasaba de largo por el fortín Quieto, los soldados esperaban delante de éste, y Roca se fue sin darles bolilla. Era un microcine muy chiquito en el canal donde vimos esto y entonces siento la voz de uno de estos generales que le dice a Batesti: “Coronel, esto no puede ir”. Entonces Batesti dice: “¿Por qué?” Y el tipo le responde: “Porque Roca no puede pasar por delante de un fortín, ignorando a los soldados”. A lo que Batesti, les dijo: “¿Por qué? Si es lo que siguen haciendo”. Sin embargo, no tocaron al programa. Claro, esto era ya en la declinación de la dictadura y había como un quiebre.

Creo que el plan fundamental de ellos, fue vaciar la televisión de contenidos, así como lo fue vaciarnos en lo económico. Y pienso que todas estas muertes tan terribles, las desapariciones de bebés y demás atrocidades fueron para crear el miedo en la sociedad, pero no sólo a los que participábamos políticamente, sino a la sociedad toda precisamente para imponer un plan económico. Incluso en aquellas partes de la sociedad, de clase media, que no veían con tan mala cara el golpe militar. Tampoco nos engañemos con esto.

Pregunta del público: La pregunta es para Raúl Timerman. Cuando en el año 1962 -luego del combate faccioso entre militares, entre *azules y colorados*- Jacobo Timerman fundó la revista *Primera Plana*, lo hace apoyando muy fuertemente al sector *azul*, cuyo máximo representante era Juan Carlos Onganía. Luego en 1966, hicieron una campaña muy fuerte para lo que fue

el derrocamiento de Arturo Illia. Una vez que Onganía estuvo en el poder, es como que se desencanta con Onganía, y Onganía termina por cerrar las revistas que él había fundado: *Primera Plana* y *Confirmado*. Luego en 1975, apoya otra vez a los militares, como lo hicieron la mayoría de los diarios y tan pronto como éstos llegan al poder, pareciera que Timerman se desencanta otra vez con los militares y hace cosas de cierta valentía. ¿Qué reflexión tiene usted acerca de esta actitud de Timerman de apoyar a quienes luego, a la postre, terminarían siendo sus verdugos?

Raúl Timerman: A lo mejor es el destino del pueblo judío. Jacobo era un hombre muy controversial. Era un hombre de gran talento, especialmente para hacer un medio. El derrocamiento de Illia lo apoya desde *Confirmado* y no desde *Primera Plana*. Ya se había ido de *Primera Plana*. Se arrepiente después de eso y dice: “Me equivoqué”, en el caso de Illia.

Tenía la visión siempre de que había líneas en el Ejército. Así como los *azules* más democráticos y los *colorados* menos democráticos, él pensaba que en el Proceso había generales duros y generales blandos. Y había que tratar de apoyar a los blandos para evitar que los duros tuvieran prevalencia. Pero terminó como terminó. Él pensó que a él no le podía pasar lo que le pasó, cuando todo el mundo le advertía que a él también podía pasarle. Y le pasó.

La noche que le cayeron al departamento de él, le robaron un reloj Rolex y otros objetos, era común que robaran objetos. Y la primera persona que le ponen enfrente es Camps y si uno lee los interrogatorios que le hace Camps uno dice: ¿Es lo mismo Camps que Viola? A lo mejor no eran iguales, pero nadie lo paró a Ramón Camps.

A un año del proceso, hay un suplemento en *La Opinión* con la opinión de los políticos a un año del golpe militar. Hay que leer lo que declaraba Raúl Alfonsín en ese momento. Hay que leer lo que decía Fernando Nadra, del Partido Comunista argentino.



Yo he leído las impactantes declaraciones que hacían y lo contemplativos que eran con el Proceso militar.

Jacobo era un tipo terriblemente difícil, muy polémico, tenía ideas propias, y yo creo que sí, efectivamente, sabía lo que iba a pasar, no sé si lo apoyó abiertamente, pero sabía lo que iba a pasar. Recuerdo en una cena familiar dijo: "No piensen que esto va a ser como en Chile, esto va a ser mucho peor". Sabía cuál era el plan.

Los militares, cuando producen el golpe, tienen dos alternativas: o legalizar la lucha contra la guerrilla, o profundizar la metodología de la Triple A. Y eligen estatizar la metodología de la Triple A.

A lo mejor, Jacobo Timerman pensaba que había cosas que se podían negociar. Le salvó la vida muchos periodistas. Les dio asilo, fue muy generoso, sacó gente del país y pensó que a él no le iba a pasar

Cuando fue expulsado del país en un operativo de la Marina, que lo fue a buscar a su casa para custodiarlo hasta Ezeiza, a los 20 minutos, cayó gente de la Policía de la Provincia de Buenos Aires que lo venía a liquidar. Se daban cosas de ese tipo. Él fue expulsado, se fue a Israel y a España. Estuvo en una conferencia de prensa, en una asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa, en octubre de 1980, en San Diego, California, donde uno de los temas era la violación a la libertad de prensa en la República Argentina. El presentador dijo: "En la República Argentina, donde hay un gobierno antimarxista..." Entonces Jacobo pide la palabra y dice: "Le quiero hacer una aclaración. No hay un gobierno antimarxista, hay un gobierno fascista, que persigue y mata a la gente. Hay miles y miles de desaparecidos". Y deja sentada una posición. Los editores argentinos hacían cola para pegarle. Habló Jorge Anuar, de *El Pregón*, de Jujuy; habló David Kraiselburd, de *El Día*, de La Plata; Máximo Gainza Paz, de *La Prensa*; y José Claudio Escribano, de *La Nación*. Todos

defendiendo el Proceso a muerte y agrediéndolo a Timerman. Cuando terminaron de hablar los cuatro, Jacobo les dijo: "Muchachos nadie les pide tanto, no se arrastren".

Cuando le entregan a Timerman el Premio Moors Cabot, Escribano escribe una nota editorial -que no se anima a firmar- en *La Nación*, titulada "Andá a cantarle a Gardel", escrita con una bronca terrible. Sólo volví a ver esa bronca de Escribano, el miércoles 15 de mayo del 2003, cuando Menem renuncia a la posibilidad del ballottage. Les recomiendo que lean esa nota.

Pregunta del Público: Cuando usted, Timerman, se refiere a esa época dice "Proceso" y no "dictadura". Durante mucho tiempo se nos quedó pegado ese término, e incluso hay generaciones mayores que nos dicen que no digamos "Proceso" sino "dictadura".

Raúl Timerman: Uso el nombre con el que se habían autodenominado la Junta Militar: Proceso de Reorganización Nacional. A lo mejor si yo uso la palabra "dictadura", recuerdo a Roberto Levingston o a Juan Carlos Onganía. Viví otras dictaduras. Digo "El Proceso" porque siento que está bien identificado con esa palabra. Podría decir "Proceso asesino", y siento el mismo grado de incomodidad al decirlo.

Pregunta del Público: Ya que nombramos periodistas y medios que tuvieron sus acciones en la dictadura y que hoy en día siguen vigentes e informándonos día a día, quería saber acerca de *Clarín*. ¿Qué reflexión hacen acerca de que un diario que fue socio del Estado en la dictadura, cuya dueña está acusada de apropiarse de hijos de desaparecidos, sea el que rige nuestras vidas y el que decide la agenda de todos los días de la Argentina del 2004?

César Gerbasi: A mí se me ocurre contestar con una frase muy simple: "La culpa no la tiene el chanco, sino el que le da de comer". Esa es la cuestión. *Clarín* hace lo que hace en defensa de sus intereses monopólicos. Lo que hay que preguntarse es por qué del otro lado -a lo largo de tanto tiempo- se fomentan esos intereses y no se toma una acción mayor. ¿Por qué lo hace *Clarín*? Creo que es muy claro para todo el mundo.

Martín Becerra: No es menos cierto que uno de cada dos diarios que se venden en el área metropolitana de Buenos Aires es *Clarín*. Es un fenómeno social y económico.

Pregunta del público: Sé que hay un proyecto de ley que modifica la Ley de Radiodifusión. Siempre se ha llegado a debates pero nunca se ha elevado al Congreso. ¿En qué estado está?

César Gerbasi: Recientemente aparecieron algunos atisbos, por un lado, de cambios parciales en la Ley de Radiodifusión y, por el otro, en torno a una ley integral. Algunas de las reformas que se proponen son muy obvias. El diputado Miguel Bonasso propone sacar de la ley que el Comité Federal de Radiodifusión -que regula toda la actividad del medio- tenga que estar formado por integrantes de las Fuerzas Armadas. Eso lo dice la ley, y todavía sigue vigente. Por lo cual el COMFER está intervenido. Esto es para que no sea manejado por tres integrantes de las Fuerzas Armadas, como correspondería por ley.

Hay muchos puntos polémicos, pero creo que el que más está teniendo por estos días un alto grado de polémica es el que establece que no solamente los titulares de los servicios de información tengan que ser personas físicas, sino que puedan ser cooperativas, sociedades, etc. Esto ha sido resistido por los monopolios informativos por mucho tiempo. Siendo presidente,

Roberto Viola, cuando le preguntaron si tenían que ser personas físicas para identificarlos y en caso de que se tratara de amigos les dieran los servicios de radiodifusión dijo: “De ninguna manera, no de amigos, de muy amigos”.

Éste es uno de los puntos que está en discusión. Todo el mundo cree que es imprescindible, pero a la hora de tocar los puntos neurálgicos, es muy difícil encontrar a gente que se quiera enfrentar abiertamente con los medios informativos.

Hace mucho tiempo un senador por Entre Ríos, el radical Ricardo Laferrière, había planteado que había que establecer el derecho a réplica, es decir, que los medios que publicaban noticias sobre alguien, se vieran obligados a tener que publicar la desmentida o la opinión de quien estaba siendo aludido. Esto nunca prosperó y trajo como consecuencia que el senador Laferrière desapareciera de los medios por un período suficiente como para que no se volviera a ocupar más del tema.

## CAPÍTULO 3

RESPONSABILIDAD MEDIOS,  
SOCIEDAD O DICTADURA

*Moderador: Glenn Postolski*

*Panelistas: Ricardo Monner Sans, Eduardo Anguita y León Rozitchner.*

Glenn Postolski: Vamos a presentar a los tres prestigiosos panelistas de este Mesa. El doctor Ricardo Monner Sans es un abogado que ha tenido una presencia destacada durante la década del 90 como impulsor de una serie de denuncias en torno a distintos hechos de corrupción que, por esos años, protagonizó el gobierno menemista, entre ellas la venta ilegal de armas a Croacia y Ecuador. Aparte de eso, ha escrito varias columnas periodísticas y ha opinado sobre la relación entre el Estado y la sociedad.

También me complace presentar al doctor de la Universidad de París en Filosofía, León Rozitchner, docente en distintas universidades nacionales. Actualmente da clases en la Facultad de Filosofía y Letras, y la de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Ha escrito varios libros, entre ellos, "Persona y Comunidad". Es experto de la UNESCO en temas culturales y también ha reflexionado en torno a los impactos que han tenido ciertas vicisitudes históricas en la sociedad argentina.

Por último, Eduardo Anguita, periodista con una destacada y larga tarea profesional. Entre varios libros que escribió, voy a destacar dos en los cuales el tema de sociedad y dictadura, de alguna forma, son centrales. Por un lado, los tres tomos de "La voluntad", junto a Martín Caparrós, y también de alguna forma -y por ahí esto nos lleva a actualizar la discusión y a traerla al día de hoy- el libro que ha escrito en su momento sobre el tema del monopolio mediático llamado "Grandes Hermanos".

Ricardo Monner Sans: Primero quiero decir que estoy doblemente agradecido. Por un lado, por haberme invitado a las jornadas; por el otro, por haber supuesto que bajo este título uno podía desprenderse un rato del ropaje de abogado para ver si podía asumir aquello que es mucho más importante que ser abogado, que es ser ciudadano. Entonces vaya ese doble agradecimiento.

Vaya también una ligera corrección a quien tuvo la generosidad de decir algunas cosas sobre la década del noventa. Yo sigo en lo mismo. Después de la década del noventa, también existieron cosas. También existen cosas que, por razones extrañas, merecerían algún otro debate, de eso no se habla. No quiere decir que uno haya bajado los brazos respecto a la lucha en torno a las lógicas económicas del poder.

Cuando a uno lo convocan para este tipo de conversaciones, lo primero que tiene que hacer es tratar de ser fiel a su propio pasado histórico porque, en la Argentina del travestismo, donde casi nadie quiere acordarse dónde estaba en aquella oportunidad, lo que voy a decir -en el acierto o en el error- es dónde estaba por ejemplo entre 1973 y 1975. Yo creo que debo decir que, en 1973, y no perteneciendo al Partido Justicialista, me atrapó la impronta de que Cámpora y Solano Lima podían torcer el camino de la historia. Sumé las fuerzas posibles para eso, que luego nos iba a significar, en el propio 1973, reeditar la votación bajo la fórmula Perón – Perón.

Cuando el título nos plantea “Medios, Comunicación y Dictadura”, el tema me parece bastante complejo. La cuestión es si la dictadura cayó del cielo como una cuestión absolutamente imprevisible o tiene causas que, entonces, pluralizan responsabilidades. Digo esto no dejando de poner el acento en que necesariamente los organizadores de esta conversación han planteado el tema de puertas adentro, y creo que algún día habría también que plantear el tema de puertas afuera. Esto es la “externidad” del problema, es decir, el Consenso

de Washington, la necesidad de implementar en la República Argentina aquello que en 1973 el canalla de Pinochet había significado ya para Chile, y el Plan Cóndor, que muchos de ustedes conocen.

Entonces el interrogante metodológico me parece que es: ¿Pudo ocurrir lo que ocurrió sólo porque un día se levantaron y dijeron “ahora”? O ¿qué era lo que venía ocurriendo para que eso fuera posible? Por cierto, en ese entonces, la “externidad” que miraba desde afuera -como de costumbre- establecía cómo debía ordenarse un país que estaba “desordenado”.

¿Qué era el “desorden”? El desorden era, sin ninguna duda, hasta la propia lógica de la Triple A, el puente que comunica el tiempo que va desde 1975 a 1976. Las Tres A significan el castigo de 1975 a los primeros militantes que -en el acierto o en el error- ponían la carrocería en su militancia. Generalmente hay una especie de pecado histórico. Se toma marzo de 1976 en adelante y no se quiere advertir de las represiones previas a 1976. Por cierto el lopezreguismo y la Triple A, la manera de expresarse y la violencia previa al golpe de 1976, no eran “gratos” a un mundo ordenado. Aquel mundo ordenado de la Argentina de mi tiempo cuyas capas medias, en 1973, adhieren a la fórmula Cámpora-Solano Lima, y luego a la fórmula Perón-Perón sin advertir que en el tramo que va entre Cámpora-Solano Lima y Perón-Perón se ha producido un golpe interno -sobre el que se ha trabajado poco en la Argentina- y que, me parece, perfila mucho lo que va a suceder.

Hay un Perón que uno tuvo la oportunidad de ver en el año 1972 en su residencia española de Puerta de Hierro, que ya está absolutamente senil y que sirve funcionalmente a todo lo que en ese momento empieza a implicar y cuya muerte deja abierto un poder muy claro a las Tres A, a José López Rega, sin conducciones oficiales sindicales. Por otro lado está la respuesta de organizaciones armadas y los partidos con presunción del fallecimiento.

Vista la historia desde ahora y cuando uno escarba - y esto me toca porque soy abogado de los 15 integrantes de la comisión interna de la fábrica Mercedes Benz que se encuentran desaparecidos tras haber sido secuestrados por grupos de tareas de las Fuerzas Armadas entre 1976 y 1977-, ve la relación entre el Ejército, la Mercedes Benz y la conducción de SMATA, el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor, y empieza a encontrar las pautas de por qué fue como fue lo que sucedió a partir de 1976.

Y en esa cuestión a mí me parece que no es posible tomar sólo segmentos y sí, en todo caso, radiografiar responsabilidades. Hay una María Estela Martínez de Perón que no representaba el orden que el *establishment* quería. De la mano de eso empieza a crecer el Consenso de Washington. Entonces, en el famoso discurso del 2 de abril de 1976, José Martínez de Hoz es el que tiene muy claro qué es lo que hay que hacer.

Hay una faz externa de represión dictatorial cuya lógica económico-social está muy metida en lo que va a ser el modelo durante muchos años. Recordemos, casi con añoranza, que cuando cae el gobierno de María Estela Martínez de Perón, la Argentina tenía sólo 7.800 millones de dólares de deuda externa, y legítima, porque se correspondía con compra ventas reales y no con lo que iba a ocurrir a partir de 1982 respecto de los petrodólares. La ilegitimidad de esta deuda externa, que seguimos convalidando a partir de discutir porcentuales y nunca a partir de discutir causas, es clara.

Entonces, uno radiografía la situación como la veíamos en ese momento: a las Tres A, los movimientos insurgentes, del tipo de Montoneros y ERP, la conducción sindical muy de mano de los intereses vigentes en ese momento, y la antesala del famoso el decreto de aniquilar la subversión, firmado por Italo Luder como presidente provisional, debido a las vacaciones forzosas o forzadas de la señora Martínez de Perón. El verbo "aniquilar" no



es una casualidad. El verbo contenía exactamente lo que quería decir: “aniquilar” es bajar todas las formas de la rebelión a fuego. Es el último intento que hace la civilidad para evitar el golpe.

El golpe era imposible de ser evitado porque aquellas capas medias, que en 1973 habían acompañado a los sectores populares en ascenso -con la gratificación de lo que podía ser el triunfo de Cámpora-Solano Lima-, empiezan a huir por el desorden del tiempo democrático. Y empieza rápidamente la mutación que se produce entre 1973 y 1976, por la cual los sectores medios se “facticizan ” de nuevo con una celeridad y una pérdida de conciencia notables. O en todo caso, volver al redil de que la ideología del crecimiento iba a ser mejor si la etapa de industrialización de la segunda ola -como diría algún Alvin Toffler- entonces sirviera para que ese mismo modelo económico-social se implementara pero con orden.

Lo que no advertían era que el modelo económico-social debía ser trocado. Había el inicio de lo que va ser la tercera ola, es decir, el inicio de la extranjerización argentina galopante que hoy vivimos, y cuyo modelo económico y social sigue intocable y agravado según mi propio paladar. Creo entonces que hay una clarísima vinculación entre por qué se da la dictadura y dónde está la responsabilidad anterior.

Se me plantea la cuestión de los medios. Efectivamente los medios se replegaron de la manera más infame. Yo recuerdo que el mismo día del golpe, el seleccionado argentino jugaba un partido en el extranjero. Y se quebró la cadena oficial de ese momento al sólo efecto de que el señor José María Muñoz pudiera transmitir desde el extranjero el partido que ese día se estaba jugando con la condición de que en ningún momento se interrumpiera la transmisión del partido para pasar ninguna tanda publicitaria.

Esa responsabilidad de los medios de prensa, ¿es porque no

dieron batalla? ¿Pero no dieron la batalla sólo ellos? Aceptaron la censura, que fue terrible, sin dar ninguna posibilidad. Yo quisiera hacer alguna excepción con un diario que me sonó siempre gorila: *La Prensa*. Pero fue el primero que publicó una solicitada de las Madres de Plaza de Mayo, cosa que generalmente se ha olvidado en la República Argentina.

Hay dos libros a mi juicio importantes: "Paren la rotativas", de Carlos Ulanovsky y "Decíamos Ayer", de Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, que - me parece- enfocan bastante bien el retroceso general de la prensa argentina que, una vez más, quedó como en el año 2004 con la convicción de que entre la ganancia empresaria y la libertad de información, siempre está adelante la ganancia empresaria. Y esto fue ayer, anteayer y hoy. Tratemos de que no pase mañana.

Es peligrosamente sencilla la respuesta de que la prensa también fue responsable porque, en todo caso, desde el campo popular, lo único que existía eran las organizaciones armadas, en las cuales seguramente muchos de nosotros no nos sentíamos incluidos. Lo que no iba a impedir que firmáramos todos los habeas corpus, o todas las solicitadas que el cuerpo nos permitió. Seguramente mi cuerpo debió dar más, aunque seguramente, si hubiera dado más, yo no estaría hablando con ustedes.

Pero quiero decir también en referencia a la cuota de responsabilidad, que si todos hubiéramos sido diferentes, la Argentina de la barbarie, que sufrió las consecuencias de un modelo económico-social aún intocado, habría debido ser distinta.

Cuando me senté acá le pregunté a nuestro presentante por qué tanta gente para estos temas. Y esto es lo yo me llevo de regocijo: el interés que ustedes han tenido. Y ustedes, hasta en la cara simulan tener interés en las cosas que estamos diciendo. Y entonces a mí me parece fantástico que aprendamos a saber qué es lo que pasó para que alguna vez entendamos que estas cosas

no deben pasar.

Eduardo Anguita: La primera reflexión que quiero hacer es que el periodismo tiene una característica que es que se escribe para el día de hoy. Y que muchas veces cuando los periodistas escribimos o hacemos una nota televisiva o radial, estamos pensando en el aquí y en el ahora, y no estamos teniendo registro de que, en realidad, dejamos documentos históricos.

A mí me tocó vivir los años de la dictadura en la cárcel -y después les voy a comentar algunas cosas sobre mi propia experiencia- pero me tocó investigar ese período cuando, con Martín Caparrós nos pasamos varios años escribiendo los tres tomos de "La Voluntad".

Las hemerotecas fueron las primeras fuentes de información. Y cuando se dice que en la Argentina no hay documentos sobre la época, los archivos los tiraron, se los llevaron, los deben tener guardados, yo les aseguro que basta con ir a una hemeroteca y leer con un poco de paciencia los ejemplares de los diarios de la época de la dictadura. Porque muchos periodistas firmaban artículos de interpretación y de opinión, en los cuales ponían una pasión que pocas veces pusieron después en la época de la democracia. Hay nombres emblemáticos como el de Mariano Grondona, pero hay nombres menos conocidos como el de José Claudio Escribano que mencionaba antes Monner Sans. Hay nombres conocidos como el de Joaquín Morales Solá, que por entonces era el editorialista del diario *Clarín*, pero hay nombres menos conocidos como el de Héctor Magneto. Héctor Magneto fue, como alguien dijo antes, el hombre que *Clarín* mandaba a Papel Prensa. En la actualidad José Claudio Escribano y Héctor Magneto son los dos hombres que probablemente tengan más poder político dentro de la comunicación en la Argentina.

Y ya no estamos hablando de medios gráficos, de empresas

tradicionales, sino que estamos hablando en la actualidad de medios que están integrados a intereses financieros, que están integrados a canales de televisión y que en este nuevo discurso de las industrias culturales, en realidad, naturalizan la centralidad del poder de los medios de comunicación como un negocio.

Les quiero dar dos casos muy breves. Uno es Francia. Si hay un país que tiene una tradición democrática y que tiene una legislación en medios de comunicación bastante democrática es éste. Bueno, en Francia, el dueño de *Le Figaro* -un diario de la derecha francesa- es un gran industrial fabricante de armas. Y les quiero dar otro nombre Rupert Murdoch, que es el principal magnate de la comunicación del mundo, y tiene tres pasaportes: el de nacimiento, australiano; el de algunas de las empresas de comunicación a las cuales después saltó, que es británico; y el tercero, norteamericano. ¿Saben ustedes cuál es la empresa a la cual el gobierno de George Bush le adjudicó la televisión privada de Irak, donde hay 150.000 marines? La del señor Rupert Murdoch.

Esta realidad del poder de las empresas de comunicación asociadas a los intereses petroleros y de armas, nos pone en un dilema muy grande. Ya no es solamente la maldad de la dictadura, o solamente el empeño por asesinar o mutilar al enemigo, sino que había entonces una integración de la Argentina. Había proyectos hegemónicos en los cuales la Argentina se integraba y, para integrarse a ese proyecto, sus socios mandantes - básicamente intereses norteamericanos- necesitaban barrer cualquier tipo de oposición y hacer una represión ejemplar.

Efectivamente -como decía Monner Sans antes- es imposible entender la dictadura sin entender lo que pasó en la Argentina en los años 1974 y 1975, sobre todo a mediados del año 1975, y esto que les voy a decir ahora lo refiere Rosendo Fraga, un lúcido intelectual de la derecha que fue funcionario del gobierno de Viola. Él advierte que los candidatos a ministros de Economía

del futuro golpe que se iba a dar, eran: Horacio García Belsunce padre, que tenía una tradición como un gestor de negocios autoritarios; Roberto Alemann, que también tenía una larga tradición en este sentido; Álvaro Alsogaray y Martínez de Hoz. Cuando el Ejército tiene que evaluar quién va a ser el ministro de Economía -y esto Rosendo Fraga lo cuenta con información de primera mano porque se la dio Roberto Viola, para quien trabajó, a Álvaro Alsogaray lo descartan rápidamente y deciden que fuera Martínez de Hoz, porque hablaron con David Rockefeller .

El diario *La Nación*, que dirige periodísticamente José Claudio Escribano, ha venido publicando notas con intelectuales, básicamente argentinos, y algunos extranjeros. En esas notas semanales, hace no mucho, fue entrevistado David Rockefeller, por ser mecenas de intereses de las industrias culturales. El mismo banquero y petrolero que digitó la elección entre esos tres postulantes. Álvaro Alsogaray terminó como embajador.

La Junta Militar asume el 24 y una semana después jura Martínez de Hoz como ministro de Economía. Lee su programa y una de las medidas ortodoxas que anuncia es liberar el dólar que hasta ese momento estaba fijo. Pero hay dos rubros para los cuales mantienen el dólar fijo: el petróleo y Papel Prensa. Al día siguiente citan a una reunión en la Casa Rosada a empresarios de medios de comunicación para que fueran a saludar al Presidente de la Nación, Jorge Rafael Videla, en el Salón Blanco. Fueron todos. Absolutamente todos.

Cuando Monner Sans decía, hay que ver los intereses, los proyectos económicos. Me parece que es imposible, si buscamos responsabilidades, despegar los modelos de gestión de la vida y la muerte, los modelos de gestión de la cosa pública del modelo de país que había en esos años.

Después de esta cosa más conceptual, les quiero referir otra muy brevemente. Recién se lo comentaba a León Rozitchner a quien yo

conocí cuando tenía 17 años e integraba un grupo de estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires y buscábamos a un profesor de filosofía. Creo que hasta juntábamos unas monedas para que sus horas de tiempo fueran remuneradas. En ese entonces tomábamos notas, no me acuerdo si podíamos grabar o no, creo que no para mantener la clandestinidad. Estábamos en la época de la dictadura de Lanusse e intentábamos aprender. Nos enseñaba el primer capítulo del primer tomo de “El Capital”, y yo empecé a entender a los 17 años lo que era la alineación, ya no solamente como esta “cosa” que nos explicaba él, sino como lo que vivíamos los jóvenes de ese entonces. Lo empecé a entender en esas charlas.

Ese grupo, terminamos siendo combatientes del ERP y recién me decía León que él no se acordaba, probablemente ni lo supiera en ese entonces. Nosotros no le contábamos muchas de las reuniones que teníamos, ni a dónde nos dirigíamos. Posiblemente tampoco lo teníamos totalmente claro. Pero eran épocas de pocas palabras. Eran épocas de muchos secretos. Mi militancia me llevó a participar en tareas sociales y también en acciones clandestinas de la guerrilla y terminé preso. Como otros terminaron muertos o desaparecidos, yo terminé preso.

Les quiero contar simplemente un episodio que nos ocurrió durante dos años a un grupo de 70 presos que estábamos en la cárcel de La Plata. Allí había 1.000 presos políticos y a 70 nos habían aislado en dos pabellones que ellos llamaban “pabellones de la muerte”. Cuando digo “ellos” digo el señor Suárez Mason y el señor Ramón Camps, que eran el jefe del Primer Cuerpo del Ejército y el jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, respectivamente. Mataron a muchos de los que estábamos ahí como rehenes y mataron a muchos de nuestros familiares. El que era gobernador en ese entonces decía: “Nuestros enemigos son los subversivos, son los indiferentes, son sus vecinos, sus familiares”. Cumplieron con esto.

Entre los que estábamos ahí presos, estaba Eduardo Jozami, un periodista que había sido secretario general del gremio de Prensa en el año 1975. Tiempo después cayó detenida su mujer, Lila Pastoriza, también periodista. Ella estaba en la ESMA. Cada tanto lo venía a buscar a Eduardo un tipo de Inteligencia, no sabemos si era del Ejército o de la SIDE, y le traía alguna carta de Lila, su mujer. Nosotros nos veíamos poco en esa situación, teníamos algún recreo una vez por día. Ustedes fíjense lo que sucedía ante esa situación. Muchos decían: "Cuidado con Eduardo, porque si lo llevan, y tiene a la mujer presa y lo extorsionan, quizás pueda estar colaborando con el enemigo". Ustedes fíjense qué situación dramática. Felizmente ambos sobrevivieron. Eduardo Jozami, al igual que yo, era preso legal. Lila era presa ilegal pero la soltaron. La mayoría de los detenidos de la ESMA no corrió su misma suerte.

Hay otra cosa que quiero recordar. El diario *Convicción* - en el cual trabajaron muchos periodistas que hoy están trabajando en los medios- era el diario que Massera usaba como base de su protocampaña política para ser presidente, porque él quería ser como Perón. Y entonces usó mano de obra esclavizada de la ESMA, no solamente para intentar obtener información, para detener gente y matarla. Ellos necesitaban para validar su proyecto, quebrantar ideológica y moralmente a la gente que tenían detenida, darla vuelta. Para ellos era imprescindible eso, con un nivel de perversión muy grande.

Les quiero referir, para finalizar, una anécdota que me parece que nos hace reflexionar sobre lo difícil que es hablar de esa época. Estaba también en esos años como preso legal Daniel Cabezas. Su madre estaba secuestrada en la ESMA porque tenía un hijo desaparecido, hermano de Daniel, por el cual luchaba. A Telma, madre de Daniel, la editorial *Atlántida* le fraguó una entrevista, para que ella dijera que a su hijo montonero lo habían matado los propios Montoneros. Esto está publicado y está en las hemerotecas.

Deberíamos tener muchísimas pancartas. No de éstas que están acá que, curiosamente, cuando las hacíamos, dijimos que hace 20 años que estamos supuestamente en democracia y es la primera vez que se plantea un debate de cara a la sociedad de estas cosas. Deberíamos tener pancartas de esa revista. Necesitaríamos vernos en la cara para ver que una sociedad, cuyo poder centralizado no estimula sino que evita y estimula a todo lo contrario: impide y hace que estas cosas sean subterráneas. Me adhiero a las palabras de Monner Sans: con autocrítica, con reflexión, con paciencia.

León Rozitchner: Cuando se plantea el tema de la responsabilidad de los medios, yo no sospechaba que la responsabilidad había de referirse también a la responsabilidad que tuvimos nosotros durante una época que justamente es el objeto de este encuentro.

Uno se había referido al pasado en la medida en que fue traído, también, tanto por Monner Sans como por Anguita, de manera personal. Y es bueno que lo traigan de manera personal, porque trae ese matiz, ese colorido, que solamente cuando uno habla desde el fondo de la propia experiencia, puede adquirir la expresión, la narración de una situación dada.

El problema es el de los medios, la comunicación o la dictadura; el problema, por lo tanto, es el de la responsabilidad.

Cuando uno habla de comunicación -en este caso parecería ser referida a los medios- uno tiene al menos la necesidad de pensar, de referir esto a un campo más estratégico que de alguna manera supera a los medios mismos, y por eso se genera todo este enfrentamiento con esta temática de la comunicación.

Yo no estuve acá como estuvieron ellos. Uno adquiriría el conocimiento de lo que pasaba en la Argentina a través de los medios que uno podía llegar a leer - *La Nación* o *Clarín* - para



ver qué se podía saber de nuestro país. De hecho, aprendimos más a saber desde afuera que desde adentro mismo. Y tuvimos, por lo tanto, un acceso a cómo funcionaban los medios en una situación de aniquilamiento, de destrucción mortífera, como la que produjo el terrorismo en la Argentina, que dejó a 30.000 compañeros, conciudadanos, menos y que dio término a una experiencia colectiva nacional, y la llevó a una frustración de la cual todavía, no vemos cómo podemos salir.

Por eso, pienso que para hablar de los medios, de la democracia y, por lo tanto, de la comunicación, el problema es también ver cómo el poder necesita de alguna manera -a través justamente de la comunicación- de ir a otro nivel que no es simplemente el campo de la economía, sino que es el de la producción de sujetos para que sea posible la realidad de la economía y del poder masacrador que nosotros hemos conocido.

Para decirlo de otra manera: durante el año 1972 apareció acá en el país, en la época de Lanusse, un manual de acción psicológica, editado de manera reservada. En ese manual se expresaba toda una estrategia referida a la dominación sobre la población de un país, no para tiempos de guerra, sino para tiempos políticos. Es extraño esto porque parecería que los manuales de acción psicológica se refieren solamente a la guerra, mientras que acá los militares, con todo sentido y con toda razón, enfrentaban el problema de la dominación de la población para épocas de paz con métodos de la guerra. Y creo que es lo que tenemos que tener presente cuando hablamos de los medios.

Nosotros no podemos analizar los medios a partir de una concepción de "la democracia", porque la democracia sería el nivel más superficial, donde la presencia de los medios aparece también mostrándose en su efecto generalizado. Pero para comprender el verdadero sentido de esto que sucede en la democracia, y en la cual se dice que existe la libertad de prensa, tenemos que acudir a otras categorías para comprenderlo. Y

creo que no podremos hacerlo si no acudimos a la categoría de la guerra. Porque la guerra es el fundamento sobre el fondo del cual permanece y se desarrolla la democracia.

Para decirlo de otra manera, la democracia que nosotros estamos aparentemente viviendo, esto que se llama democracia con la producción de miseria y de muertes, de frustración y de entrega que es el pan nuestro cotidiano, es una democracia sin ser presente y sin que la gente tenga presente que esto -el fundamento de esto que vivimos- es necesariamente producto de una acción guerrera, de la guerra anterior contada por la nación argentina que de 1976 hasta 1982 se llevó directamente por los medios de la violencia armada sobre todos nosotros. Es decir que para poder comprender la democracia es necesario previamente comprender aquello de donde viene la democracia y sin lo cual la democracia no existiría. Para decirlo de otra manera: es porque vencieron en la guerra, porque nos dominaron la guerra, porque destruyeron, porque en ese momento en que decían defender la soberanía -puestas en unas rocas- estaban entregando al país y se abría la venta de todos los bienes nacionales.

Visto esto desde afuera en 1982, y leído allí, era incomprensible. Saltaba a la vista cómo la soberanía estaba puesta simplemente en lo simbólico, en la bandera argentina, en el himno nacional, en las sutilezas más simples de esto que constituye la patria en su forma superficial. Pero no estaba puesta, evidentemente, en aquello que realmente estaban realizando las Fuerzas Armadas, estas fuerzas que tienen que defender la patria. Por medio de ellas, por la fuerza que ellos ejercieron y la destrucción y los asesinatos, se estaba entregando la totalidad del territorio nacional, y esto fue evidentemente la forma más oprobiosa y miserable de una traición a la patria, que todavía está pendiente de juicio.

Digo esto porque al mismo tiempo tenemos que pensar que este juicio -que de alguna manera comenzó a desarrollarse con el advenimiento del presidente Kirchner- es un juicio que solamente

toma la justicia hacia el pasado, hacia aquella que no se refiere a la actual, y está bien que se haga. Evidentemente fue un paso importante hacia adelante que se haya tomado la ESMA, que se haya vuelto a establecer la justicia en los principios que se habían abolido. Pero el problema es que, si bien se han juzgado cosas del pasado, no se ha tenido en cuenta a la hora de juzgar, las consecuencias que esas cosas del pasado provocaron, y mucho menos, se están juzgando a aquellos que fueron responsables en ese pasado de este presente. Me refiero no sólo a los que fueron responsables de muerte directa, como son los militares, sino a todos los demás: la Iglesia, el poder económico y los medios que fueron los responsables de la destrucción del país. Y son los medios de los cuales ahora nosotros estamos hablando.

La Iglesia fue responsable del genocidio argentino y todavía lo sigue siendo. La Iglesia decía: "Hay que depurar por la sangre a la Argentina". Por lo tanto sabemos que tuvo una incidencia sin la cual hubiera sido imposible el genocidio, más bien apoyó el genocidio y fue un instrumento para su desarrollo y para el aplacamiento de la población.

También el poder económico comenzó a reestructurarse, y alcanzó su forma extrema más repugnante y más miserable en la figura de Menem, que es sólo una figura de todo ese contexto de miseria que él representa y que gozó de la simpatía de gran parte de la población argentina, no la primera vez -donde el pueblo podía haber sido engañado- sino en la segunda, donde ya todo había sido entregado.

Entonces si hablamos de responsabilidad, hablemos de los medios, que evidentemente estuvieron al servicio de todo esto, pero también de todos los demás, entonces, ¿qué hacemos, por dónde comenzamos la punta?

Si el país no fue capaz de tomar como objetivo de juicio al poder económico que fue responsable del genocidio y, por lo tanto,

responsable del terrorismo y no fuimos capaces de someter a juicio a la Iglesia, también responsable del genocidio, si no somos capaces de someter a los medios a los juicios a los que estamos sometiendo solamente a aquellos responsables directos de la fuerza y la violencia, es evidente que estamos viviendo una apariencia a la cual se presta como tal la Iglesia, los medios, los poderes económicos y los sindicatos, que tanto conocemos y que vuelven ahora a andar de la mano del Presidente Kirchner, que debería haberlos execrado.

Por eso pienso en el problema del Manual de acción psicológica, al cual yo me refería antes. Hubiera sido importante que en el año 1972 pudiéramos haber llegado a conocer este documento reservado porque ahí se plantea ya la estrategia para épocas de paz que los militares iban a implementar, apoyados por el poder de los medios y los grupos económicos. El documento plantea una estrategia fundamental que venía derivada desde los centros de poder que nosotros conocemos, seguramente puestos en Panamá o de los militares franceses que actuaron en Argelia.

Pero, ¿qué decía el Manual de acción psicológica? El objeto para ser dominado era la población, es decir, la población tenía que mantenerse en el molde. Y “en el molde” quiere decir no romper los límites de aquello a lo cual se hallaba sujeto en ese momento. ¿Qué más decía? Decía que había tres niveles que justamente coinciden con tres niveles de la formación y de la estructura subjetiva de cada uno de nosotros. El primero coincide con el nivel de la conciencia. A este nivel correspondía la propaganda. Hay que hacer propaganda para que la gente, el objetivo, se mantenga dentro de cierta concepción y no pueda pensar aquello que de alguna manera pudiera disturbar el poder. Cuando esto fracasaba, había que penetrar más profundamente en un nivel donde ya la conciencia no fuese determinante en el sujeto. ¿Y que aparece allí? Lo que ellos llaman subconsciente, que es el nivel del imaginario. Hay que producir imágenes que hagan imposible que la gente pueda desear, por estas imágenes que se

les suministra y por el efecto que éstas tienen sobre la estructura psíquica. Hay que franquear los límites de la propia subjetividad hasta organizar el imaginario de la gente y adaptarlo al sistema. Pero cuando este segundo nivel de penetración no era suficiente para lograr el nivel de dominio que se buscaba en épocas de paz, había entonces que acudir al terror. Hay que penetrar hasta el inconciente que sólo se alcanza a través del terror. Con el terror lo que hacemos es inmovilizar los cuerpos de manera que cada uno pueda ocuparse y preocuparse por sí mismo, es decir, donde todas las relaciones con los demás, con el tejido social se desestructura, se distiende, se rompe, se disgrega y, por lo tanto, quedamos como ciudadanos aptos para el sometimiento, cada uno resguardándose a sí mismo. Esto es lo que el sistema requiere para mantenerse.

Al mismo tiempo estos tres niveles forman parte cada uno de los tres niveles de apariencia con las cuales está presente en la realidad de cada una de las instituciones. A nivel jurídico todos somos sujetos idénticos ante la ley, pero si vamos descendiendo encontramos otros niveles donde el imaginario está en el nivel de la satisfacción de necesidades, de los deseos. Esto atraviesa lo económico, es decir, que lo económico está atravesado por el imaginario partiendo evidentemente de lo individual, y este consumo individualista -que está simplemente dedicado a la satisfacción personal- enfrenta al otro en el mercado como aquel al que hay que sacarle el máximo de ganancia y el máximo de satisfacción, aunque el otro perezca en el intercambio. Éste es el segundo nivel de esta estructura que constituye la sociedad en la cual participamos. El más invisible pero que de alguna manera se hace presente -y lo estamos viendo cómo se pone de relieve en el encubrimiento mismo que tiene- es en la violencia. Esa violencia que ahora se señala en, por ejemplo, los piqueteros. Esa violencia para señalar que los violentos son los que no tienen, que los violentos son los que roban. Esa violencia lo que está encubriendo es que están pidiendo nuevamente un retorno y avivar en cada uno de nosotros la presencia del terror y la muerte que es lo que

ponen de relieve. Un ejemplo de esto es otro dignatario nuestro, Eduardo Duhalde en la provincia de Buenos Aires, en forma consonante con la concepción de George Bush. Y esto habla de una estrategia que no se va a dar solamente en nuestro país, sino de una gran estrategia de dominación que ha logrado meter estas ideas en nuestras clases de alguna manera privilegiadas en el acceso a los bienes y al dominio.

Este señor Duhalde, por ejemplo, está pidiendo que -seguramente ustedes lo habrán escuchado- hay que decir que el delincuente tiene que ser tomado como un terrorista y, por lo tanto, que es necesario que los que se ocupen de este sujeto terrorista sean, no las fuerzas policiales, sino el Ejército nuevamente y las Fuerzas Armadas. Entonces volvemos a crear el marco de esta democracia donde las condiciones y las categorías de la guerra son el fundamento.

¿Y qué lograron las categorías de la guerra para esta democracia? Lograron que la disolución individual, a la cual habíamos llegado a través del terror, sirviera de fundamento a un tipo de sociabilidad sin la cual es imposible que el neoliberalismo hubiera triunfado porque, para que triunfe el neoliberalismo, es necesario que los sujetos encuentren como único campo de sociabilidad el mercado, es decir, aquel lugar de sociabilidad donde cada uno enfrenta al otro como comprador y vendedor, no en relaciones de reciprocidad.

“Vamos a implementar un ajuste sin anestesia”. Decir esto es decir: “Vamos a implementar un ajuste que se apoye en el sufrimiento de ustedes, un ajuste que no les va a ahorrar sufrimiento” y, por lo tanto, era lo que después apareció en otro momento como amenaza de muerte para ciertos casos.

Pregunta del público: A propósito del Manual de guerra psicológica y el rol de los medios en esto, me pregunto: ¿el

periodista que levantó las fotos de las torturas en la cárcel de Abu Ghraib en el *New Yorker* se cuestionó si el objetivo que se planteaba como desconocido por parte de las mismas fuerzas militares norteamericanas, no era acaso infiltrarse a raíz de estas torturas en los grupos árabes? A mí me parece que poco se ha hablado de esto, del papel que los medios han ocupado en esto de las torturas, y lo planteo como un interrogante: si acaso no se puede pensar como parte de una guerra psicológica hacia el mundo musulmán pero también hacia todos los demás en el sentido de que estás planteando terror. ¿Cómo juega esto? ¿Por qué cada marino tiene una cámara de fotos en plena sesiones de tortura? ¿Esto no forma parte de la actualidad de este Manual de tortura psicológica, de cómo se están utilizando hoy los medios, no tanto para informar sino más bien para reproducir una mecánica de terror hacia la sociedad en la cual todos estamos como espectadores de una situación que nos deja completamente afuera?

León Rozitchner: Lo que decís vos es una interpretación, podría estar de acuerdo con vos como posible. Son los mismos militares que están en Estados Unidos los que muestran hacia fuera lo que son capaces de hacer también hacia adentro, de alguna manera entra a formar parte también del imaginario de la gente. Igual no sé si ésta es una propuesta que le convenía al gobierno de Bush, además parecería que vos lo estás expresando como conveniente. Ignoro si esto fue conveniente para la administración de Bush. Habría que ver las consecuencias que ha sufrido por esto. Por lo pronto sé que hacia fuera no produjo una gran satisfacción por parte del gobierno y de los medios, y que tampoco el mundo recibió gratamente este descubrimiento. Por otra parte, es algo que se podía pensar, y esto es moco de pavo al lado de lo que realmente han hecho. No sé por qué el público se conmueve, y esto es lo que habría que preguntar. Quizás nos sirva para amenguar un poco y contrastar con las imágenes realmente de destrucción y de terror que se habían visto previamente como,

por ejemplo, ese niño sin brazos y sin piernas que yacía en un hospital en Bagdad, y si esa cosa terrorífica no es una imagen mucho más fuerte, mucho más poderosa y mucho más terrible que los actos vejatorios que realizaron con los prisioneros.

Puede haber allí un desplazamiento que permite tomar este hecho para acentuarlo y, de alguna manera, ocultar aquellos otros que podían estar imaginándose o, tal vez, viviéndose. Es para pensarlo, es posible que lo que vos decís sea parte de una estrategia porque cuando uno lee lo que piensan los asesores de los gobiernos norteamericanos, la planificación es increíble y llega hasta los más mínimos detalles

Pregunta del público: Tomando lo que decía el doctor Monner Sans de que no sólo la década del 90 tuvo sus particularidades, y que los medios de eso no hablan, y tomando lo que decía recién Rozitchner de que se juzga el pasado pero no se están juzgando las consecuencias que se ven en el presente, y tomando en cuenta que estamos en una mesa hablando de la dictadura, me gustaría consultar acerca de cuál creen que es el rol de los medios de hoy en el otro genocidio, con el que produce que se mueran 40 pibes en Argentina por día, lo que significa 17 mil pibes por año, y ante esta cuestión que hace que ya estemos adaptados a que vivimos en un país donde más de la mitad de la población se encuentra por debajo de la línea de pobreza.

Monner Sans: El tema me tiene profundamente preocupado porque parecería ser que el campo del progresismo -palabra que yo nunca terminé de entender muy bien pero la vamos a usar para entendernos- está monopolizado por el gobierno y lo que está afuera del gobierno no puede ser progresismo. Es decir, se ha creado una nueva categoría de hijos y nosotros acabamos de descubrir -vía la Corte Suprema, armada de la manera que hemos visto- que es mucho más inteligente haber puesto el dinero de



una provincia en un paraíso fiscal, que haber sido un imbécil de creer en la República Argentina.

Nosotros estamos muy preocupados porque uno avanza en las investigaciones alrededor de las concepciones respecto del barco Casino, acá en Buenos Aires y descubre que es uno de los lugares de mayor corrupción. Yo he planteado que el barco Casino financiaba al señor Carlos Bettini, actual embajador en España, y de esto no se habla. Y yo pude probar que las coimas salían de ese lugar mientras él era la mano derecha del jefe de los investigadores en el país, es decir, el Procurador de la Nación Nicolás Becerra. Y estoy preocupado porque no se habla del embajador argentino de Colombia, Martín Balza, cuando el 75 por ciento de las armas que fueron rumbo a Ecuador, Croacia y Bosnia, no salió de la jurisdicción de Fabricaciones Militares, sino de la jurisdicción del Ejército argentino, y a ese señor - responsable objetivo por lo menos político de esa circunstancia- lo hemos designado embajador en Colombia.

El otro día me toca por suerte -son esas cosas que a uno lo honran- ser abogado de los hijos de Marta Sierra. Marta Sierra fue secuestrada el 3 de marzo de 1976 cuando sus dos hijos tenían seis años y dos meses y medio. El tema ha traído una repercusión internacional extraordinaria porque puede tocar al señor Jorge Zorreguieta -el padre de la princesa Máxima- porque entonces Marta Sierra estaba en el INTA. Este tema, de gran repercusión en Europa, ha tenido escasísima repercusión en la Argentina y el diario del progresismo, además, ha hablado del tema pero excluye quién es el abogado, porque claro, no sea cosa que haya un progresismo propio distinto. Éstas son las pequeñas cosas respecto a este tema.

Yo estoy severamente preocupado porque no es sólo la concentración económica de la cual aquí se habló respecto de los medios, sino una especie de "chupamedismo" que a veces se hace por dinero y a veces por vocación genuflexa.

Yo recuerdo de la Argentina de la segunda ola, el esfuerzo que se hacía, por ejemplo, en esa etapa tan rica de discusión que fue de 1955 a 1958, donde hubo una publicación que se llamó -desde la derecha frondicista- *Siete Días*, de Rogelio Frigerio, y desde la izquierda frondicista una publicación que se llamó *Contorno*, donde uno recuerda los grandes nombres que fueron David Viñas o León Rozitchner. Éstos eran tipos que pensaban y que por suerte siguen pensando.

Pregunta del público: En el 2001 se dieron las posibilidades para que se diera otro golpe de estado en Argentina porque el marco político estaba. ¿Por qué no se dio?

Eduardo Anguita: Yo no creo que hubiera condiciones para un golpe de estado tradicional por muchísimas cosas. Primero porque Latinoamérica no es una región en la cual Estados Unidos esté propiciando golpes militares. Concretamente el Comando Sur de Estados Unidos lo que está tratando, desde hace unos años, es de mejorar la imagen de las Fuerzas Armadas locales y su cooperación con lo que ellos llaman las fuerzas de seguridad: narcotráfico, delincuencia, terrorismo internacional, etc. Están trabajando en esa dirección para, por ejemplo, el Plan Colombia. Entonces, los golpes de estado en Latinoamérica siempre fueron de la mano de intereses norteamericanos y promovidos por agentes de la CIA, del Departamento de Estado o de todos ellos juntos. Diría entonces que ese contexto no estaba en diciembre de 2001.

Por mencionar algo por la positiva, creo que en diciembre de 2001 lo que hubo fue, por primera vez en tantos años de democracia, una calle que ganó la escena desordenadamente. En todo caso lo que hubo fue mucho miedo, y los medios, en ese miedo se hicieron eco de una consigna -que ellos sabían que se podía gastar- el "que se vayan todos". Porque el "que se vayan todos" no era una propuesta de cambio. En todo caso lo que mostraba

era un estado de ánimo de disgusto. Los medios se hicieron eco de eso mientras hablaban del riesgo país, mientras ellos mismos estaban alimentando el clima de desorden porque querían sacar beneficios y, además, porque se veían retrocediendo. Entonces después ni se fueron todos, ni las mafias fueron a la cárcel, ni la transparencia es lo que abunda en la escena de lo privado y lo público en el poder. Entonces en el 2001 no hubo eso. Hubo un episodio muy importante, a mi juicio, que hizo que existiera cierto protagonismo popular. Un ejemplo: este tipo de encuentros en la época de Menem no se daban porque no había interés, porque la gente salía con la tarjeta de crédito a comprar cosas.

Ahora estamos recuperando un poco más de protagonismo en un marco que, me parece, no es como para decir que las fuerzas populares están cambiando el rumbo de la historia, pero sí que hay muchísimas posibilidades de cambiar cosas y diciembre de 2001, debe ser analizado como esa bisagra. Hay que repensar cosas que se dijeron muy alegremente, como que las asambleas o los piquetes iban a cambiar la historia en un país donde los poderes centrales siguen haciendo negocios impresionantes, donde las tasas de retorno de los grandes capitales sigue intacta y donde el nuevo presidente del Banco Central es un socio de Domingo Cavallo.

Quisiera agregar una cosa más. Por distintas razones a mi me toca caminar bastante el país, mañana en Neuquén, oponiéndonos a una de las últimas maniobras de Jorge Sobisch; el otro día en Concepción del Uruguay; antes en Santiago del Estero descubriendo las maniobras del juego de la mano del empresario de medios Néstor Ick y el señor Carlos Juárez. En distintos lugares del país se están produciendo lo que yo llamo las asambleas democráticas.

Y quiero terminar con lo que dije al principio. Me parece una maravilla la cantidad de gente que ha venido y yo les agradezco como ciudadano que ustedes recobren, fortalezcan y avancen con

esa conciencia democrática. Desde aquí puede salir algo nuevo.

Pregunta del público: En el 2001 se ponía el acento en cuestiones económicas y en el “que se vayan todos”. En la actualidad, es la seguridad y los secuestros. En la época previa a la dictadura, ¿en qué cosas ponía la prensa el acento?

Eduardo Anguita: Justamente, previo a la dictadura, había una diversidad de medios que fueron cerrados, la mayoría en 1974 y 1975. Los diarios *El Mundo*, *La Calle*, *Noticias*, *Semanario*. En la época de Isabel había censura en el INCAA, de la mano de Paulino Tato. Había una pugna muy grande de intereses y los sectores populares tenían sus propios canales de expresión. El diario *Noticias* llegó a vender entre 80 y 100 mil ejemplares. Entonces había otra diversidad, no en los canales de televisión, que también había luchas internas, pero sí en la prensa gráfica. Realmente creo que la dictadura dejó una herencia de concentración de los medios, que no es solamente una concentración económica.

Antes no había una agenda unificada y era otra época del mundo. Esto es muy importante. Vos agarrabas los títulos del 73 y el 74 y cada diario titulaba de una forma completamente diferente. Vos ahora agarras *Clarín* o *La Nación on line* y son exactamente lo mismo.

En todo caso, voy a agregar que en el período anterior a la dictadura, así como hoy se levantan los temas de la inseguridad, entonces se levantaba el tema del caos, y la necesidad del supuesto orden que venía, que fue el que nos terminó obligando a esos siete años de dictadura.

## CAPÍTULO 4

LA INVESTIGACIÓN Y EL RELATO  
SOBRE ESOS AÑOS

*Moderadora: Mirta Varela.*

*Panelistas: Graciela Mochkovsky, Carlos Ulanovsky,  
Patricia Valdez y Martín Caparrós*

Mirta Varela: Empiezo por presentar a Patricia Valdez, que es directora de Memoria Abierta, y además forma parte del Consejo Directivo del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Memoria Abierta hace un trabajo muy importante de investigación y de conformación de archivos sobre la dictadura. Entre ellos, y particularmente sobre el tema de medios, hay uno llamado “Ser periodistas bajo el culto del miedo y la muerte”, que es un material importante que está a disposición de todos. Martín Caparrós es periodista y escritor de numerosas novelas, ensayos y libros, y es autor -junto a Eduardo Anguita- de los tres tomos de “La Voluntad”, una investigación sobre la militancia de aquellos años. Carlos Ulanovsky es director de *Radio Ciudad*, periodista y autor de varios libros muy importantes para la historia de los medios como “Días de radio”, “Paren las rotativas” y “Estamos en el aire”, tres trabajos de información fundamentales para reconstruir cualquier historia de los medios en la Argentina, además de algunos trabajos de análisis sobre medios de comunicación. Finalmente, Graciela Mochkovsky ha sido periodista de *Página 12* y de *La Nación* y escribió una biografía de Jacobo Timerman, que supongo va a ser el eje de su presentación de hoy.

Graciela Mochkovsky: Me pidieron que participara de esta mesa para contarles cuáles fueron mis dificultades en la investigación de esos años en relación con Jacobo Timerman y, en un panorama más general, de la prensa gráfica durante la última dictadura.

Me parece que la pregunta más interesante es cuáles son las dificultades para cualquiera que quiera investigar y contar esos años. Creo que no hay ninguna.

Yo hice una biografía de Jacobo Timerman, que salió hace un año, y que abarca mucho más tiempo que el período de la última dictadura militar. Pero, en lo concerniente a ese período, mi interés fue contar qué hacían Timerman y su diario, *La Opinión*, fundada en 1971; qué publicaba el diario durante el primer año de la dictadura, antes de que Timerman fuera secuestrado por el gobierno militar, y luego, en los años siguientes, qué pasó con Timerman, pero también qué pasó con el resto de la prensa gráfica en la Argentina. Como cuento en mi libro, en ese primer año, en el que Timerman estaba en libertad, la posición de *La Opinión* fue de apoyo a un sector del gobierno militar y de crítica a otro. Para reconstruir ese período, y para conseguir información sobre estos temas, pude acceder libre y muy fácilmente a las hemerotecas públicas -a la del Congreso, a la Nacional, a la del diario *La Nación*- y conseguir los diarios de esos años. Todos los diarios siguen estando en las hemerotecas, es bastante fácil acceder a ellos. No ha habido ningún intento de ningún periodista de borrar huellas y destruir lo que se publicó en esos años. Muchos artículos estaban firmados, es decir que es muy fácil saber qué es lo que se escribió, sobre todo para alguien como yo, alguien de mi generación que no leía los diarios en esos años, por su edad.

Tuve acceso a una gran cantidad de periodistas que trabajaban en los medios en esos años, con mayor o menor responsabilidad, es decir, tanto a los periodistas que estaban en áreas marginales de los medios como a los que cubrían los temas políticos y militares, y también a editores y ejecutivos de esos diarios.

Pude conseguir información de los militares que trataban con los periodistas en esos años. Hubo miembros, algunos de ellos importantes -pocos, pero clave del gobierno militar- que accedieron a hablar conmigo y que me contaron cómo era el

trato con los periodistas, las reglas de juego con la prensa, y la relación con Timerman y con otra gente. Además, en algunos casos me dieron acceso a documentos sobre el tema. Pude ver la agenda de un jefe militar importante en la que había hecho anotaciones al respecto, y por otra vía me llegó un archivo militar del Ministerio del Interior sobre Timerman en esos años, que era un documento desconocido. Pude conseguir, con tiempo y algún esfuerzo simplemente de insistencia, material clasificado y hasta entonces inédito del Departamento de Estado, la CIA y el FBI sobre Timerman y sobre el tema más general de la prensa en la dictadura y de las distintas políticas que la dictadura había tenido y que habían interesado a los Estados Unidos. Ese material, más amplio que el que yo consulté, está ahora desclasificado en Internet y es de consulta pública. En fin, pude acceder a un documento muy crítico que la Sociedad Interamericana de Prensa hizo sobre la prensa en esos años aquí, y hablar con los enviados de la SIP que entrevistaron a los periodistas en esos años, que ampliaron lo que habían escrito en el informe.

Todo esto pude hacerlo sin ningún truco en particular, simplemente aplicando las reglas y los mecanismos del periodista profesional, yendo a hablar con las personas, dando en algunos casos el derecho al *off the record*, y no mucho más que eso. Simplemente, con un poco de persistencia. Digo esto simplemente para decirles que no hay una dificultad importante en el acceso a la información de aquellos años. La única presión que sentí, en todo caso, fue la presión de colegas o de algunos periodistas a los que iba a entrevistar, que me decían: "Bueno, ¿pero esto lo vas a escribir?, porque tal persona queda mal y esa persona está todavía en los medios y esa persona está por encima tuyo en los medios y esa persona está en tu medio". O: "Tal persona está en tu diario". Incluso, recordando cosas que alguna gente había escrito y que está en los diarios, que surgía de la consulta de cualquiera de las hemerotecas, algunos amigos me decían que no lo escribiera "porque no vas a conseguir trabajo en los diarios nunca más en la Argentina". Ese temor es la única

reacción que sentí como presión para no contar algunas cosas. No surtió efecto: todo lo que encontré está contado en el libro.

Para concluir, creo que el verdadero problema es que muchas de las personas, editores y quienes estaban en lugares de poder en los medios durante esos años, siguen estando hoy en los mismos lugares de poder, o en lugares de más poder aún, en algunos casos, y que, en el fondo, salvo algunas experiencias alternativas exitosas en sus inicios, la prensa no ha cambiado ese modelo de relación con el poder. Es un modelo, en síntesis, de no independencia; es un modelo de acuerdos por razones económicas o ideológicas, o de simple sumisión para mostrar la buena predisposición al Gobierno o a un sector del poder, que obviamente resulta en la manipulación de la información. Me parece que la verdadera dificultad, en todo caso, para que un periodista haga un relato de esos años hoy, es el temor a quedarse sin trabajo o a no encontrar trabajo en los medios.

Pero, para mí, el problema central es éste: que la relación entre la prensa y el poder sigue siendo la misma que la de aquellos años.

Carlos Ulanovsky: Sobre este tema de la investigación y el relato sobre esos años, elegí hablar de la radio y la televisión, en especial a partir de la recuperación democrática.

Habría que hacer una prueba seria en personas pertenecientes a la generación de los que hoy tienen treinta años o un poco más, con el fin de verificar si todo lo que salió por radio o televisión, desde poco antes de las elecciones de octubre de 1983 hasta hoy, fue la dosis necesaria para enterarse, o si todavía alguien podría decir que no sabía nada. Mi impresión personal es que a su manera -que a veces o con mucha frecuencia es un poco efectista, sensacionalista, en ocasiones irremediamente banal, e inevitablemente más amplia y minuciosa que profunda y comprometida- tanto la radio como la televisión no le han sacado



el cuerpo a ese capítulo horrible de la historia argentina. El relato de lo que sucedió en la dictadura y después, estuvo y está en los medios audiovisuales –y yo creo que fue muy amplio–, así como también estuvo y está en el cine y en el teatro, aunque éste sería un capítulo aparte por lo muy rico. Entonces, mi primera conclusión sería que el que no lo escuchó o no lo vio, fue porque no quiso.

Los medios emergieron de los tiempos regresivos y oscuros, ya desde un poco antes de que al son de cánticos populares como “se van, se van, y nunca volverán”, la sociedad despidiera al partido militar en el poder. Pero de la cerrazón y la permanente censura con que se movieron durante siete u ocho años, arribaron al momento de la recuperación de palabras y hechos sin que mediara la más mínima autocrítica corporativa. Creo que esa parte fue deliberadamente ignorada por los medios.

Muy amantes -como ustedes bien saben- de los aniversarios que coinciden con números redondos, la radio y la televisión ofrecieron numerosos testimonios a cinco, diez, quince años de la Guerra de Malvinas; a diez, quince, veinte años del golpe de Estado del '76; y los años 1993 y 2003 invitaron a reflexionar y a evocar el momento de la recuperación democrática.

Con sus documentos sobre los diez años de Malvinas, otro dedicado a la inicial década democrática y el realizado sobre los veinte años de irrupción militar en la vida argentina, Nelson Castro y su productora Liliana Manna recibieron varias distinciones locales e internacionales. Al igual que Castro, Marcelo Bonelli, Fernando Carnota, el equipo del programa “Marca de Radio” conducido por Eduardo Aliverti, Jorge Dorio en radio *La Roca* intervinieron desde sus emisoras en el sistemático relato de los horrores de la dictadura. Magdalena Ruíz Guiñazú, integrante de la CONADEP, hizo por Canal 13 en el '98 el programa especial “El Día del Juicio” sobre el histórico Juicio a las Juntas, y en 1999 emitió también por Canal 13 el documental “El día después”

sobre la ESMA. Por sus cuatro documentales titulados “Hijos de Desaparecidos”, “Plan Cóndor”, “Cine de la dictadura” y “Mundial ´78”, la productora Cuatro Cabezas recibió el premio Rey de España. TEA Imagen produjo “Generación Golpe” de Fabián Agosta y Lisandro Costas, en la que contaron la historia de ocho argentinos nacidos en la década del ´70. Román Lejtman produjo un documental sobre la ESMA, uno que en el año 2001 revisó los 25 años transcurridos desde el golpe, y otro también sobre la guerra de Malvinas. Y, desde la televisión, ciclos de documentales como “Siglo XX Cambalache”, “Zoo”, “Kaos”, “Puntodoc”, “Yo fui testigo”, “La centuria”, “Día D” y “El día que...”, entre muchos otros, abordaron en innumerables ocasiones de los años en los que vivimos en la cornisa, no “La Cornisa” de Majul, sino en la cornisa. La última gran oportunidad de reedición se generó hace muy poco a partir de la decisión oficial de recuperar los terrenos e instalaciones de la Escuela de Mecánica de la Armada.

Pero más allá de este catálogo, que podría durar horas, sería interesante y necesario precisar el punto de partida. Revisando mis archivos, llegué a que en mayo de 1983 un oficial de la Marina adscrito a la Secretaría de Información Pública (SIP), que por entonces se ocupaba de manejar los canales, se opuso terminantemente a que alguno de los canales de aire -por entonces todos en manos del Estado- contratara al cantante Joan Manuel Serrat que estaba de gira por Latinoamérica y, no conforme con haber impedido dicha contratación, incluso prohibió la difusión de su recital. Esto fue en mayo del ´83, o sea que faltaban cinco meses para las elecciones de octubre. Aunque abundaban en ese momento todavía las listas negras con nombres de prohibidos para actuar en los medios, “no todo era blanco o negro” explicaba un hombre de la cultura en ese momento.

En 1981 León Gieco era un nombre absolutamente prohibido, pero en septiembre de 1983 las recomendaciones lo tenían al tope de las sugerencias de pasadas musicales con su tema “Sólo le

pido a Dios”, y esas recomendaciones venían justamente de los cuarteles, o casi.

Un capítulo del dibujo animado Clemente había sido sacado del aire a instancias del ex ministro de Economía Martínez de Hoz, y todavía había temor por parte de periodistas de desprenderse de las alusiones y de las metáforas y pasar a utilizar lenguaje más directo. Quien más, quien menos, y en esto coinciden casi todos los que trabajaron en aquella época, prácticamente todos debieron repensarse y probarse cómo era trabajar en estado de libertad. Los que escribían, los que pensaban, los que producían, los que actuaban, todos.

El 15 de noviembre de 1983 es una fecha histórica para la televisión porque un capítulo del programa “Situación límite”, que fue una muy noble ficción que escribió Nelly Fernández Tiscornia, estuvo dedicado por primera vez, y esto fue casi un mes después de las elecciones, al tema de los desaparecidos. Aquel capítulo lo dirigió Alejandro Doria y a Graciela Dufau, en su papel de madre destrozada por el dolor, le tocaba responder a las preguntas de su hijo preadolescente interpretado por Pablo Rago, acerca de por qué el adolescente no tenía padre, cosa que en la escuela le acarrea una cantidad de problemas. El lunes 12 de diciembre del '83, en el programa de conversaciones “Cordialmente” que conducía Juan Carlos Mareco por ATC, estuvieron invitados cuatro prohibidos de la dictadura para que hablaran de la situación. Ahí estuvieron, sentados en aquel living, Luis Brandoni, Marilina Ross, Carlos Carella y David Stivel, y los cuatro coincidieron en un dato estremecedor: por primera vez les tocaba pisar las instalaciones de Argentina Televisora Color, inauguradas en 1978. Ellos no conocían todavía el nuevo *Canal 7*.

Ya al año siguiente, en 1984, el destape fue mucho más formal y, por ejemplo, ese memorable ciclo de ficción que fue “Compromiso” mostraba en su capítulo debut una cuestión relacionada justamente con las listas negras. Lo escribió Ricardo

Halac y relataba la historia de un ejecutivo de un canal acusado de haber colaborado con los militares, y la juntaba con la historia del escritor de televisión que, para sobrevivir, debió aceptar seguir escribiendo lo que le pidieran pero con un nombre de fantasía.

En otro recordado ciclo de ATC, "Función privada", de Carlos Morelli y Rómulo Berruti comenzaron a pasar buena parte del cine argentino que no se había visto durante la dictadura, empezando por el film póstumo de Leopoldo Torre Nilsson "Piedra libre".

En esa instancia, en la que la sociedad volvió a mirarse y a enfrentar su pasado, comenzaron a instalarse temas y personajes borrados, tuvieron un lugar cada vez más relevante las Madres y Abuelas de desaparecidos, que pudieron explicar de una buena vez su drama y los caminos tan dignamente recorridos. Y cada tanto, entre otros tantos temas, estuvo incluida la necesaria -y nunca se sabrá si suficiente- reflexión sobre las causas del drama argentino y el estallido de la violencia. También se incluyó el tratamiento de ciertas particularidades como los 'desaparecidos', argentinismo que como tal recorrió el mundo.

Durante 1984 y 1987, bajo la dirección primero de Daniel Divinsky y luego de Julia Constenla, fue sumamente importante en el proceso de recuperación democrática y de reinstalación de la libertad de expresión, el rol que cumplió *Radio Belgrano*. Atacada por la oposición de derecha, no sólo fue rebautizada como Radio "Belgrado", sino que sufrió persecuciones, censuras comerciales del establishment de avisadores y hasta una bomba muy destructiva en su planta transmisora. En esa radio, en esos tiempos, se juntaron una serie de profesionales, algunos bastante experimentados, pero muchos de ellos también recién iniciados que sin prejuicios, sin culpas y sin miedos ofrecieron una histórica respuesta mediática. Martín Caparrós, presente en esta mesa, y Jorge Dorio, hicieron por la onda de LR3 el programa "Sueños de

una noche de Belgrano”, inolvidable por muchas razones, entre otras, porque una medianoche la duermevela de sus oyentes se vio consternada por la irrupción en los estudios de *Radio Belgrano* de un truhán de ultraderecha llamado Castrogiovani, apodado “Castro G.” que venía a tomar las instalaciones. Era una época en la que se usaba todavía tomar las instalaciones de las radios para armar algún escandaleta mediático.

En 1984, frente a lo que claramente se venía -reinstalación de temas y de personas-, el conductor Sergio Velazco Ferrero, momentáneamente desplazado de la televisión, acuñó una frase que se metió en la historia: “Se viene la patota cultural”, englobando en ese concepto a todo lo nuevo, a todo lo diferente.

Por esos mismos tiempos de 1984, el facón que blandió el general represor Luciano Benjamín Menéndez a la salida del programa “Tiempo Nuevo”, en *Canal 13*, ante periodistas y fotógrafos que pretendían unas declaraciones suyas, también quedó como un símbolo de quienes leían este proceso de cambio como una amenaza ideológica de un férreo sistema de censura de años.

En los episodios de rebelión militar de las Pascuas de 1987, la radio resultó un factor importantísimo de aglutinamiento, convocatoria masiva, y movilización para defender la democracia en la Plaza de Mayo. Mucho más limitada, humilde y censurada fue entonces la tarea de la televisión, aunque resultó valiosa la labor informativa de varios cronistas como Fanny Mandelbaum. Eran coletazos de la dictadura y nuestros medios se preguntaban - a veces con sinceridad, a veces con propósito de escamoteo informativo-, cómo debían ser cubiertos.

En 1989, uno de los primeros intentos de revisión del pasado reciente de la televisión, un proyecto de la Fundación Plural formada por intelectuales ligados al alfonsinismo, terminó en cruenta censura. El programa se llamaba “El galpón de la memoria”, lo había realizado Rodolfo Hermida y lo conducía

Enrique Pinti. Estaba planteado en dos capítulos. El primero salió al aire pero el segundo, ante el fastidio que el inicial capítulo había provocado en las Fuerzas Armadas, fue levantado, y recién fue estrenado en abril de 1997 en el ciclo "Las patas de la mentira". En 1992 el programa "Tato de América", protagonizado por Tato Bores, sufrió un resonante caso de censura previa. En la ficción, un personaje interpretado por Bores, el argentinólogo Helmut Strassen, hacía una mención de 16 segundos de duración acerca de la jueza federal María Servini de Cubría. La salida al aire de capítulos sin cortes estuvo demorada por decisión judicial por más de cuatro meses pero ya los tiempos eran muy distintos y es obvio que el miedo había cedido porque importantísimos sectores del ambiente intelectual y artístico ya habían tomado partido a favor del actor y en repudio de la actitud intimidatoria de la -todavía hoy- jueza de la Nación.

Para terminar, quiero compartir con ustedes una historia que a mí me sorprendió ahora que la volví a ver y que tiene que ver con la grabación para televisión del Juicio a las tres Juntas Militares en 1985. Y digo que es sorprendente no sólo porque tiene misterio, como si fuera una película de acción, sino porque reúne en sí misma los condimentos de censura, de miedo, y de especulación ideológica y política que caracterizaron durante tantos años la vida nuestra. En ese momento -un momento sin duda para guardar en la historia- era lógico. La Cámara Federal le pidió a ATC una ayuda técnica, entonces ATC se ocupó de grabar en el recinto de la Cámara Federal con dos cámaras, toda la alternativa completa del Juicio a las Juntas. Pero el documento nunca se televisó en directo, y mucho menos completo, porque desde entonces jamás se encontró un momento que fuera el oportuno para ponerlo en el aire. Siempre había algo que podía considerarse irritativo o molesto para distintos sectores del poder, o para aquellos que lo habían detentado en el pasado y que, hasta hoy, mantienen casi una opinión sin fisuras sobre, por ejemplo, los modos de combatir a las organizaciones armadas. Entonces, mientras el Juicio estaba en marcha, los noticieros de

los canales de aire tenían autorización para emitir tres minutos diarios de imágenes pero sin sonido, y no todos cumplían con esta concesión.

Las primeras imágenes del juicio que salieron al aire con sonido las transmitió Canal 13 recién en agosto del '98.

En 1986, un grupo de trabajo integrado por técnicos, periodistas y diversos profesionales encabezados por el escritor de teatro Carlos Somigliana, realizó en una tarea secreta y trabajosísima, una edición de las 530 horas originales, en las que se hablaba con claridad, con contundencia, sobre los métodos del terrorismo de Estado, se mostraba claramente a víctimas y victimarios, los centros ilegales de detención, las apropiaciones de menores, la influencia del Mundial de Fútbol de 1978 y un detalle completo de la sentencia histórica. Sin embargo, tampoco esta versión reducida pudo mandarse al aire porque, aunque tenía el visto bueno del presidente Raúl Alfonsín, las reiteradas asonadas de los militares carapintadas a partir del '86 lo impidieron. En abril de 1988, los seis ex-jueces de la Cámara Federal que mandaron encarcelar a los dictadores, es decir Andrés D'Alessio, León Arslanián, Ricardo Gil Lavedra, Jorge Torlasco, Jorge Valerga Aráoz y Guillermo Ledesma, junto a alguna de sus esposas y al abogado Bernardo Beiderman iniciaron, cual grupo comando "jamesbondiano", un ultrasecretísimo viaje a Oslo, Noruega, y, repartidos entre sus equipajes y el de sus familiares, transportaron los 147 cassettes que tenían el registro del juicio. Estos materiales valiosísimos fueron alojados en un recinto a prueba de atentados nucleares ubicado en el Parlamento noruego, en un recinto en el que incluso también está protegido el texto original de la Constitución noruega.

Recién en 1999, con catorce años de demora, otra copia completa del Juicio a las Juntas Militares fue aceptada por el Archivo General de la Nación en Buenos Aires.

Finalmente, creo que faltaría una encuesta seria acerca de cómo se sintió informada la gente sobre los años de la dictadura hasta este momento. Seguramente habrá gente que responda que no sabía lo que pasaba, jóvenes que confundan a Onganía con Lanusse y a éste con Videla o Suárez Mason, pero esto no nos debe asombrar para nada porque todavía hoy en Alemania y en Italia muchos jóvenes se manifiestan casi orgullosamente ignorantes de quiénes fueron Hitler o Mussolini, y en España muchachos y muchachas de hoy persisten en la actitud de ningunear a la guerra civil, de saltar por sobre la figura del generalísimo Franco y de opinar que todo aquello fue un problema sólo de sus abuelos, de sus padres y de los amigos de sus padres.

Patricia Valdez: Yo no soy periodista y voy a hablar desde el activismo por los derechos humanos que, desde siempre, mantuvo en este país -en todo el mundo en general y en América Latina sobre todo durante los años tan duros de dictaduras- una relación absolutamente necesaria y estrecha con los medios de comunicación. En este caso me pidieron hablar desde la experiencia de Memoria Abierta.

Memoria Abierta es una tarea coordinada de las organizaciones de derechos humanos en la Argentina. Nos planteamos como misión cumplir con varios objetivos: preservar la memoria de lo ocurrido durante el terrorismo de Estado y sus consecuencias en la sociedad para contribuir a mejorar la cultura democrática de los argentinos y para contribuir a mejorar nuestra cultura política; preservar todo registro de lo ocurrido; promover una conciencia social que valore el recuerdo activo; elaborar una memoria social como una manera de prevenir los autoritarismos y, como uno de nuestros ejes es contribuir a la existencia de un museo, tenemos como tarea central y cotidiana construir un patrimonio, un acervo a partir de todos aquellos registros escritos, orales, fotográficos y topográficos. En una tarea sistemática de organización y recuperación. Desde Memoria Abierta tratamos de construir un



acervo que permita conocer para comprender, si es que podemos comprender, las claves centrales de relación social y política de los argentinos.

El tema de esta mesa es 'Investigación y Relato'. Nosotros más que investigar, lo que hacemos es contribuir a que la fuente primaria esté disponible para los que investigan, construir colecciones sobre temas específicos y profundizar sobre algunos aspectos. Pero, sobre todo, tenemos una obsesión por brindar acceso. Hay múltiples fuentes de información sobre lo que ocurrió en la dictadura y muchas de ellas están dispersas, y como nosotros estamos, como organismos de derechos humanos, preocupados por lo que significa transmitir y por cómo transmitir un legado que haga que los jóvenes tengan un poco más de familiaridad y no confundan Onganía, Lanusse, Videla y no pase lo que decía Ulanovsky, que efectivamente ocurre. Lo que queremos es facilitar el acceso y poner los materiales a disposición y hacer que esta tarea de legado permita que esos materiales puedan constituirse en instrumentos de transmisión, en herramientas educativas que estén a disposición de la educación formal y de aquellos grupos que estén interesados en conocer el pasado. Creemos que esta tarea corresponde a toda la sociedad pero en particular a los organismos de derechos humanos que tenemos la responsabilidad de transmitir la experiencia de lo que fue la defensa de la vida amenazada.

Memoria Abierta tiene cuatro líneas centrales de trabajo que constituyen en realidad un poco las especificidades de lo que es nuestro gran archivo. Por un lado, organizamos y catalogamos, en un catálogo que está disponible en nuestra página web, todos los documentos que forman parte de los acervos de los organismos de derechos humanos. Hay seis organismos que tienen fondos documentales muy importantes y como éste es un trabajo bastante reciente, en la página web no está todavía disponible la imagen completa de los documentos, pero sí una ficha de cada uno. En este momento hay 25.000 documentos on line.

Por el otro, tenemos también un archivo fotográfico que no pretendíamos tener desde nuestra fundación, pero las fotos llegaron casi solas y lo armamos porque constituyen un testimonio impresionante ya que con las fotos se puede hacer una cronología de lo ocurrido en la Argentina durante todos los años del terrorismo de Estado. Este archivo, que todavía no está disponible en su totalidad porque vamos avanzando de a poco, tiene más de 6.000 fotografías, entre ellas, en particular, los 2.000 registros fotográficos que hizo la CONADEP para identificar los centros clandestinos de detención durante el año '84, que estaban en severo riesgo de deterioro y que hoy son accesibles.

Tenemos también un archivo oral. En este caso no se trata de reunir o recuperar material disperso sino de crear fuentes, de modo que hemos creado fuentes orales recogidas de manera profesional con la metodología de la historia oral. Hasta hoy hay 360 testimonios de sobrevivientes de centros clandestinos de detención, de ex militantes, de familiares, de exiliados, de personalidades políticas de la época, etc. Como se sabe, la historia oral es una manera de recoger experiencias, en este caso límites, que a través de otros relatos no mantienen la fidelidad a la hondura de la experiencia.

Por último, y más recientemente, tenemos un programa que se llama "Topografía de la memoria", que investiga en los numerosos edificios existentes o ya derruidos donde funcionaron centros clandestinos, y también en aquellos lugares que fueron espacio de resistencia, para poder visibilizarlos, para poder generar un circuito que dé materialidad y explique esa manera en que la dictadura militar y el terrorismo de Estado pudo llevarse a cabo. Aunque lo hacemos con el más alto nivel de calidad al que podemos aspirar con nuestros recursos, nosotros no tenemos la pretensión de tener archivos sofisticados, sino que la idea central es reunir registros, ponerlos obsesivamente al acceso, para poder construir un legado y poder contribuir a lo que sea el acervo de un museo, porque un museo es básicamente investigación y relato.

Además de eso, utilizamos esos archivos para generar herramientas de tipo educativo. Hasta hoy tenemos una exhibición virtual que se llama “Otras voces de la historia”, que se trabajó mucho en escuelas de Buenos Aires y de otros lugares del país, y tenemos ahora en proceso -acabamos de terminar uno y faltan aún dos- otros discos compactos que relatan todo lo ocurrido durante el terrorismo de Estado sobre la base de fuentes orales, documentos escritos, fotos y canciones de la época. Esta última tarea la hacemos en colaboración con la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Todo nuestro material sirve también para trabajar exhibiciones y muestras como la que vamos a desplegar a partir del 17 de noviembre en el Palais de Glace en ocasión de los veinte años de la CONADEP y de la entrega del informe “Nunca Más”, en una muestra que pretende recordarnos a todos lo que ocurrió en el año 1984.

Finalmente, respecto de nuestra tarea de archivo quiero aclarar que si bien nosotros no investigamos sobre los medios -como se dijo en la presentación- entre esos 360 testimonios que conforman nuestro archivo oral hay, aunque no nos lo hemos propuesto de manera deliberada, al menos 19 que son de periodistas y, como nuestro archivo recibe también entrevistas realizadas por otras instituciones o personas, tienen otro sentido si forman parte de un acervo donde hay muchas más, donde están catalogadas y pueden encontrarse. En ese sentido Memoria Abierta tiene un archivo bastante importante de una colección que hizo una institución llamada *The Freedom Forum*, que se llama “Ser periodistas bajo el culto del miedo y la muerte”, y que registra una enorme cantidad de entrevistas a periodistas que relatan las experiencias en distintos momentos de la época de violencia en la Argentina y del terrorismo de Estado, contando sus experiencias, lo que podían hacer, cómo se sentían, qué pasó cuando se exiliaron, etc.

Con todo, quizás lo que más preocupa al mirar esos tiempos es lo que planteó Carlos Ulanovsky al principio de su exposición: cuánto fue posible saber y cuánto no. Creo que sí es cierto lo que dijo Carlos respecto de que recorriendo los registros de la época no había manera de no saber. A propósito de esto recuerdo ahora una especie de recopilación que León Ferrari siempre muestra, en la que recogió una cantidad de noticias aparentemente no vinculadas y donde queda demostrado que si uno leía bien era posible saber. Otro tanto sucede cuando uno revisa, por ejemplo, el archivo oral de Memoria Abierta y escucha la innumerable cantidad de testimonios de personas que tenían un nivel de conciencia política que les podía permitir apreciar la situación. Pero hubo también muchas otras personas, como el caso de muchos familiares de los desaparecidos que, a partir del acontecimiento traumático, abrieron sus oídos y sus ojos a lo que estaba pasando y esto también es importante. De eso los periodistas o quienes trabajan en la comunicación saben bastante más que yo: de cuánto es posible ver y cuánto es posible incorporar como dato de la realidad. Esto es un tema sobre el cual hay que trabajar bastante porque interesa mucho para ver todo el tema de las audiencias posibles. Por ejemplo, hoy, para lo que es la realización del Museo de la Memoria, interesa ver a quién está dirigido, a quién le va a hablar ese museo, quiénes querrán ir a verlo, con qué saldrán luego de visitarlo.

Cuando hablamos de la época del terrorismo de Estado queda, por esencia misma, absolutamente ubicada la acción en quienes llevaron a cabo los crímenes de Estado, en sus autores, en los que lo promovieron. Sin embargo, hay otros temas que están bastante menos trabajados y que, de a poco, van saliendo: cómo el terrorismo de Estado se hizo posible en medio de una sociedad y cómo es esta sociedad que está formada por los que lo apoyaron, por los que entusiastamente lo promovieron, por los que lo legitimaron, por los que se opusieron y por los que resistieron. Y en toda esa gama de actitudes posibles y de comportamientos, indudablemente también estuvieron los medios.

Por eso nuestra motivación por profundizar en el tema y trabajar concertadamente con quienes quieren dedicarse más a recoger lo que ocurrió en esos años, porque creo que también los medios estuvieron atravesados por una fractura que se produjo en muchos otros sectores sociales. Y quizás, si bien los medios pudieron mostrar y fue posible saber si uno quería saber, también me parece que seguramente formaron parte de esos grises y de esas dificultades por las cuales hubo mucha gente que no supo o no quiso saber, y que se escudó en lenguajes y actitudes propias, hasta que le tocó y pudo salir a manifestarse y a luchar por lo que era suyo.

En todo caso me parece que investigar qué pasó con los medios y qué hicieron los medios es una muy buena manera de profundizar qué pasó con esta sociedad que tiene raíces tan autoritarias y que de alguna manera empujó, legitimó, aplaudió, dejó de aplaudir, pero volvió a aplaudir cuando fue lo de Malvinas. Seguramente con actitudes distintas algunas cosas hubieran sido distintas. Lo más importante, en todo caso, es pensar qué hicieron los medios entonces y qué pueden hacer aún hoy, sumándose a esa enorme tarea de difusión que se hizo post dictadura, y cómo hacer no sólo para mostrar, sino para ayudar a comprender. Porque una cosa son los hechos que impactan en la dictadura -mostrar todo el horror- y otra cosa es comprender la complejidad. Porque si no entendemos la complejidad, estamos mucho más cerca de la repetición.

Martín Caparrós: Me resultaron muy interesantes algunas cosas que contaba recién Carlos Ulanovsky y en particular una que no tiene mucho que ver con esto, que es eso de que las autoridades de radiodifusión recomendaron “Sólo le pido a Dios” de Gieco en los últimos meses de la dictadura. Siempre me había parecido increíble que los “progres” argentinos solucionaran sus cuestiones con la Guerra de las Malvinas pidiéndole cosas a Dios ya que -lo he dicho muchas veces- me parece que, un poco por definición, los que cantaban eso en general eran aquellos

que suponían que esas cosas no se les piden a Dios, sino que se hacen, se buscan, se intentan. Que esa canción haya quedado como una especie de “himnito” siempre me pareció una muestra de una contradicción que da vueltas por ahí o por aquí.

Carlos Ulanovsky: Quiero aclarar una cosa: Gieco debe quedar a salvo de esto, porque le costó una profunda depresión comprobar que en algún momento fue malsanamente usado.

Martín Caparrós: Yo creí que la depresión era por haberle pedido a Dios. Nunca había sabido esto pero me parece bastante más coherente la letra de esa canción con quienes fomentaban su radiodifusión en ese momento, que con quienes la cantaron a coro en los últimos veinte años en innumerables fogones. Pero bueno, quien se acerca a los fogones en general se quema.

Siguiendo con lo que decía Carlos Ulanovsky hace un rato, que hablaba de LR3 Radio “Belgrado”, recordaba un episodio que sucedió por mayo o junio de 1984. Recién empezaba el proyecto de *Radio Belgrano* y los programas que hacíamos con Jorge Dorio iban dos horas y cada noche el programa era monográfico. Una de las noches lo quisimos hacer sobre los Montoneros: incluía hablar un poco de ellos, invitar a dos o tres personas que hubiesen tenido algo que ver con esa organización y hablar del tema. Recuerdo que esa mañana, Daniel Divinsky, el director de la radio, me pidió que lo fuera a ver y me dijo que no hiciéramos el programa esa noche, que si queríamos hacerlo no nos iba a censurar, pero que si no salíamos esa noche con ese programa iba a ser más fácil que la radio siguiera existiendo. Me pidió que le diéramos unas semanas y dijo que él se iba a comprometer. Fue cierto y dos meses después lo pudimos hacer. Pero lo que quiero decir es que en ese momento ya se había hablado mucho de las torturas, del horror y demás, pero discutir durante dos horas en un horario marginal y en una radio más o menos escuchada, la

cuestión de la organización Montoneros estaba al borde de lo impensable y peligroso, y tuvo que ser pospuesto. Creo que eso tuvo que ver con qué se contó y para qué se contó la dictadura en general.

Efectivamente nadie le sacaba el cuerpo. Es más, creo que le ponían demasiado cuerpo cuando a fines del '83, con la asunción de Alfonsín y el comienzo de la democracia, hubo una especie de explosión en la que todos los medios –incluso los más comerciables, los que habían acompañado cualquier gobierno que hubiera habido antes- sacaban relatos estremecedores de torturas y de horrores. Me acuerdo de que en una revista muy marginal que hacíamos con María Moreno, una rara revista feminista que se llamaba *Alfonsina* -y que alguna vez habrá que contar en detalle por qué la hacíamos hombres con seudónimos de mujer- sacamos un editorial que hablaba sobre la pornografía de la tortura y de cómo esa especie de saturación de relatos sobre el horror iba a producir una especie de insensibilización o, por lo menos, llevaba a pensar en el horror por el horror mismo sin pensar en el contexto, sin analizarlo, sin tratar de entender para que servía.

Esa fue un poco la tónica en los primeros meses. Pero, en general, me parece que, hasta hace poco y muy masivamente, la tónica fue que hablar de esa época consistía en hablar de los crímenes, del terrorismo de Estado, de la maldad de los malos, de la perversidad de los perversos, etc. Lo que se instaló como memoria en la sociedad argentina sobre este período, y esto en buena parte gracias a la difusión mediática -pero por supuesto no sólo gracias a eso- fue el recuerdo de la muerte, el recuerdo de los horrores.

Contra eso, Eduardo Anguita y yo empezamos a escribir "La Voluntad" a mediados de los '90, contra esa idea de que ese período debía ser recordado como la historia del horror. ¿Cuándo se empezó a labrar esta construcción histórica? Creo que esto

empieza en los años 1977 y 1978, cuando algunas madres tienen el valor de ir a pedir por sus hijos. Lo que esas madres -supongo indefectiblemente- tenían que decir sobre sus hijos, era que eran unos buenos muchachos que estaban ahí en casa y de pronto vinieron unos muy malos y se los llevaron. Cualquier otro relato era realmente escupir sangre para arriba. Pero a partir de ahí, ese relato es el que se va hegemonizando. Entonces, junto con el relato de los horrores de la dictadura, se cristaliza esta idea de que todos esos muchachos y muchachas pasan a la historia con un nombre común: los desaparecidos. La forma en que se denomina colectivamente a los miles de militantes más o menos comprometidos con sus causas que fueron asesinados por los militares en los años '70 es "desaparecidos". Y eso -decíamos cuando empezamos con "La Voluntad"- es lo que los hace, curiosamente, volver a desaparecer. Esta escritura de la historia vuelve a desaparecer una vez más a los desaparecidos, en la medida en que los priva de sus propias decisiones, los recuerda como objetos de las decisiones de otros, de sus victimarios, como objeto de las decisiones de sus asesinos, y no como sujeto de sus propias decisiones. No como aquellos que, por las razones que fueran, con la precisión, razón o grado de error que fuese en cada caso, decidieron en algún momento hacer una serie de cosas porque querían cambiar la Argentina. Se los privaba de su condición de sujetos que habían decidido hacer determinadas cosas, para ponerlos en una situación de objetos en la que se los recordaría como víctimas de la decisión de otros: "desaparecidos", aquellos que otros "desaparecieron".

Ése fue el relato central y sigue siendo el relato hegemónico de lo que pasó en los años '70 en la Argentina. Me parece que hay mucho para hablar sobre eso y que hay muchos sectores a los que les sirve que esto sea así. No me gustan las ideas conspirativas, creo que estas cosas se van haciendo por un sinnúmero de factores que las conforman. Pero sí me parece bastante claro, más allá de las intenciones originales, que a quienes pretenden que la gente se quede piola y no se mueva, les conviene que sea



muy fuerte el recuerdo de que, cuando no se quedaban piolas y se movían, lo central que pasó fue el horror y la muerte, más que ese mismo movimiento que ellos decidieron antes de ser sometidos al horror y la muerte.

Contra esa idea escribimos los tres tomos de “La Voluntad”. Efectivamente nos planteamos cómo contar aquella historia. La idea básica tenía que ver con dos o tres premisas. Una premisa era recuperar vidas cotidianas, entorno y situaciones generales y particulares, para justamente dar cuenta de que todos aquellos que habían sido cristalizados bajo el nombre de “desparecidos” eran, mucho más que eso y mucho antes que eso, hombres y mujeres que habían vivido y que habían decidido una cantidad de cosas. Para eso elegimos este sistema de tomar a quince, veinte personas, preguntarles muchas cosas sobre su vida y después contarlas. La idea era contar esto a partir de las vidas de personas, a partir de una situación.

Volví en el año 1984 al Colegio Nacional de Buenos Aires, del que había egresado diez años antes, a una charla en el aula magna, organizada por la Comisión de Derechos Humanos del Centro sobre los primeros años de la década del '70, y lo que más me llamó la atención de esos chicos de 16, 17 años -la misma edad que tenía yo cuando había salido del colegio, cuando había militado, cuando muchos de mis amigos y compañeros del colegio habían muerto asesinados por los militares- fue que estos chicos nos veían a nosotros como algo absolutamente distante, extraño, impensable. Éramos héroes o demonios, pero ciertamente no podían pensar que habíamos sido chicos como ellos, que habíamos vivido diez años antes y que habíamos estado en una situación distinta en la que lo que se nos ocurría no era estar en la Comisión del Centro de Estudiantes, sino militar en una agrupación política. Por eso me parecía básico restituir el espesor, la cotidianeidad, la pequeñez de vidas que fueron decidiendo cosas, más allá de la cristalización que después se le haya dado a esas vidas.

La otra gran premisa era contar la historia de forma prescindente, contarla toda en tercera persona y no opinar ni explícita ni casi implícitamente. En esto de tratar de evitar una opinión más o menos explícita me gusta recordar un caso: el problema de cómo decir que los Montoneros mataron a Aramburu. Se puede decir que los Montoneros “asesinaron” a Aramburu, en cuyo caso hay una opinión fuerte en un sentido, o que “ejecutaron” a Aramburu, en cuyo caso hay una opinión fuerte en el otro. Ante esto, pusimos “mataron”, que no es ni asesinar ni ejecutar, y así en la mayor parte de los casos tratábamos de encontrar formas de no hacer explícita una opinión en ese relato.

En síntesis, a lo que quiero llegar es a que, más allá de esos recuerdos que van contradiciéndose, la estructura global de recuerdo es que los ´70 son el horror, pero, sin embargo, podría ser también la decisión de una gran cantidad de gente que quería cambiar el país.

Hay algo también que sirve recordar y que a mí me incomoda bastante a menudo. Desde hace siete u ocho años que vengo diciendo, cada vez con menos frecuencia, algo que escribí en el ´96 -si no recuerdo mal- cuando fueron los 20 años del golpe de los militares. El 24 de marzo fui, como solía ir, a la manifestación y vi que había muchísima gente, que muchos eran jóvenes y que muchos iban con sus centros de estudiantes, con sus sindicatos, o con sus grupos. Me pareció una especie de desperdicio de toda esa energía el hecho de estar allí todavía siendo tributarios de una decisión que habían tomado los militares veinte años antes, me pareció un desperdicio que la manifestación más grande que había en la Argentina todos los años durante décadas, fuera la del 24 de marzo. O sea que siguiéramos respondiendo pavlovianamente al impulso militar. Ustedes me dirán que no es contradictorio, que se podía hacer una cosa y la otra. Sí, pero no se hacía la otra. Además, las otras movilizaciones sociales que fueron importantes durante los ´80 y buena parte de los ´90 en la Argentina siguieron teniendo que ver con el modelo del reclamo

por los muertos, que ya no eran sólo los muertos de la dictadura sino también todos los muertos sociales que fueron apareciendo durante esos años.

En aquella oportunidad del '96, recuerdo haber escrito que los vivos necesitábamos muchísimas cosas, cada vez más, y que, si bien reclamar por los muertos está muy bien, me preocupaba que en cierta medida eso ocupara el lugar que podíamos usar para reclamar por los vivos, por nosotros mismos, por un país que se estaba destruyendo día tras día. Eso era el uso que me incomodaba de lo que se llamaba abusivamente “la memoria” hasta hace relativamente poco. Ahora, frente a la incomodidad que tengo por el uso que se hace de esos años, aquella es ínfima.

Esta mañana leía que parece que hay un presidente que se llama Kirchner, que parece que fue a Vedia, una localidad bonaerense, y entonces habló de dos compañeros suyos de la facultad, que eran de Vedia, que militaron y que habían desaparecido durante la dictadura. Y -aparentemente según las citas- el Presidente dijo: “Pero cuando soñábamos no imaginábamos que yo iba a venir como Presidente a cumplir con lo que ellos hubieran querido para Vedia”. Eso dicen que afirmó Kirchner haciendo referencia a las becas, pensiones, financiamiento de obras que la Nación entregó ayer en sus nombres. Si quieren lo comento, pero creo que no vale la pena.

Pregunta del público: ¿Cómo estiman ustedes el hecho de que los medios, que habían sido dinámicos durante ese período, desaparecen a partir del '75?

Carlos Ulanovsky: La verdad es que no sé si los medios estaban muy dinámicos, como dice usted. Ahí podemos empezar a disentir. Entre 1972 y 1973, cuando todavía había una dictadura -que en realidad se la podría llamar una “dictablanda” en

relación a lo que vino más tarde- yo no veo tal dinámica en esos medios sino que me parece estaban destinados, como siempre, a mantener cierto status quo, a que no zozobrara el sistema. Y lo digo en relación a lo que pasó a partir de 1974, con la clausura del diario de los Montoneros *Noticias*. A partir de ese momento los medios más tradicionales comenzaron a desarrollar una estrategia dictada desde los “Estados Mayores”, como fue el caso, por ejemplo, de la absurda idea de prohibir la mención de las organizaciones guerrilleras. Entonces se decía “la organización declarada ilegal” en primer término, para referirse al ERP, y también a Montoneros o a las otras organizaciones. Entonces, me parece que los medios eran muy funcionales a los intereses que se estaban cocinando, que se estaban gestando en ese momento.

Pregunta del público: Respecto de lo que dijo Graciela Mochkofsky acerca de la relación entre la prensa y el poder en ese entonces, comparándola con lo que sucede hoy, creo que en esa época la prensa callaba o pecaba por omisión. Pero me parece que yendo a la actualidad es mucho más vergonzoso el papel que hace la prensa porque no sólo calla, sino que da noticias como la liberación de Patricia Nine tras su secuestro, que la destacan en la primera hoja de todos los diarios, cuando hasta hace cinco años estaba únicamente en la página de policiales, en la página 25 del diario y nada más.

Graciela Mochkofsky: Lo que dije al principio es que creo que esa relación no ha cambiado. En el fondo, el modelo ideal de periodismo en su relación con el poder sigue siendo el mismo. No estoy diciendo que hacer periodismo en la dictadura sea lo mismo que hacerlo hoy, porque hoy hay algo que es la democracia. A lo que me refiero es a la falta de independencia respecto del poder.

Carlos Ulanovsky: Me parece que fastidiarse porque los medios ponen en la tapa el secuestro o la liberación de Patricia Nine es desconocer cómo ha cambiado la agenda de lo social en la Argentina. Hace veinte años probablemente los temas eran otros, ahora los temas son esos y justamente las páginas se han ido corriendo.

Pregunta del público: ¿Alguno de los panelistas piensa que tiene que haber una fuerte autocritica del periodismo ahora, en esta época, con respecto a esos años?

Graciela Mochkofsky: La sociedad obligó a distintos sectores a hacer sus autocriticas o a cambiar sus comportamientos. Esto pasó con los sindicatos o con la Iglesia, que han cambiado sino que han caído en un descrédito y entraron en un debate público. El periodismo pasó a tener mucha credibilidad pública pero su credibilidad cayó en la época de los cacerolazos. Eso fue muy explícito y no creo que se haya arreglado. No creo que se pueda esperar a esta altura una autocritica de los periodistas que estuvieron en la dictadura. Lo que sí creo es que la presión social y ese descrédito van a obligar a cambiar en algún momento el modelo de relación de la prensa con la sociedad y con el poder, y a transparentar algunas prácticas, pero no me parece que ésta sea una decisión que los medios vayan a tomar ahora.

Martín Caparrós: Si hubiera autocritica me parece que sería lo mismo. A mí me da igual que *Clarín*, *La Nación*, *Canal 13* o *Telefé* hagan ahora una autocritica sobre lo que hacían en la época de la dictadura. Ese es otro de los usos de la dictadura y sirve, por ejemplo, para autocriticar cosas tan lejanas que ya da igual. El punto es lo que hacen *Clarín*, *La Nación* o editorial *Atlántida* ahora cuando siguen siendo propiedad de los mismos, cuando siguen trabajando con la misma conducción, con el poder económico y político. Podría ser muy simpático que alguno de ellos se maquille para “una noche de joda” con una autocritica sobre la dictadura pero nada va a cambiar. Van a seguir siendo los mismos

hoy y mañana, ese es el punto. Todo ese asunto del recuerdo museístico de esos años, que no implica la transposición de todo aquello al presente y al futuro, me parece totalmente bajo. En algún momento dije que para mí el museo de la dictadura es la Argentina contemporánea. Ése es el verdadero museo y ése es el que tendríamos que visitar todos los días para que ver qué hicieron, cómo lo hicieron, y qué consiguieron. No para ver en qué se equivocaron, que es cosa fácil, sino para ver en qué acertaron, qué es esta Argentina.

Y lo mismo aplicaría para la autocrítica de los medios porque, aunque en menor escala, es lo mismo. Si un medio se autocrítica por lo que hizo hace treinta años, mientras sigue haciendo en el presente exactamente lo mismo, bueno... que se divierta.

Patricia Valdez: Los relatos sobre el pasado se van modificando, ponen su énfasis en función de las necesidades sociales. Cuando se trataba de buscar, aún en dictadura, a los desaparecidos, la explicación sobre quiénes eran, era una explicación acorde al objetivo buscado en ese momento. A partir de 1984, las crónicas, los relatos, los libros y las películas van tomando otros acentos. No me parece útil una autocrítica en bloque cuando la sociedad civil en particular no es homogénea, sino que es un conjunto cruzado de intereses. Y hoy hay esa misma desigualdad de intereses, de motivaciones y de comportamientos que hubo durante la dictadura.

Respecto de lo que dice Caparrós sobre el museo, indudablemente hay museos que son maneras de cristalizar explicaciones que nos dejan tranquilos, y hay otros que pueden ser instrumentos para vincular el pasado con los problemas contemporáneos. Buena parte de las consecuencias de esos años se ven hoy y buena parte de nuestros rasgos son previos a la dictadura. Cuando yo decía conocer para comprender, y comprender para generar una cultura social y política distinta, es porque creo que esas

mismas formas de vincular esos mismos rasgos perversos con todo aquel que piensa diferente deben ser iluminados. Si no modificamos la idea de mirar en blanco y negro y no nos damos cuenta de que estamos llenos de grises y de complejidades, si no comprendemos, si no nos damos cuenta de que hacemos una sociedad políticamente relacionada que da estos resultados, entonces esta sociedad es el museo de los '70. Pero de lo peor de la década del '70 y del '80, de la crueldad y la perversidad, y no de los ideales de esa generación de la que Caparrós habló al explicar qué querían contar él y Eduardo Anguita cuando escribieron "La Voluntad".

Carlos Ulanovsky: A mí particularmente no me hubiera dado lo mismo que cualquiera de las empresas que, a partir de octubre de 1983, pasaron a relatar sin ninguna transición los horrores de la dictadura, hubieran hecho alguna autocrítica. Me hubiera parecido bien que lo hagan en ese momento. Si lo hicieran ahora, en cambio, sí me parecería absolutamente extemporáneo y, como todas las cosas fuera de su tiempo, probablemente patético.

Pregunta del público: Graciela, en tu exposición dijiste que aún hoy convive un modelo de no independencia con el poder, lo cual decanta en la manipulación de la información, la pregunta sería: ¿Cuál considerarás vos que sería una alternativa para desarticular ese modelo?

Graciela Mochkofsky: En principio el ideal del periodismo debería ser otro. No creo que en ningún lugar del mundo el periodismo y los periodistas sean completamente independientes ni que la relación entre las empresas periodísticas y el poder sea la ideal. Pero hay una diferencia enorme entre tener y no tener ese ideal, y creo que lo que da la diferencia es poder trabajar detrás de él. Timerman tenía una frase referida a sus comienzos

en la profesión en la que hablaba de la relación de los periodistas políticos de su época con el gobierno de Frondizi y decía que “ser periodista político significaba ser parte de la patota, pertenecer al grupo en el poder”. Ésa era su misión. No querer ser parte de la patota sería ya un paso importante. Que todo periodista tenga una idea clara sobre qué significaría su independencia y cómo plantarse en relación con sus fuentes, con la cobertura. Y otro paso importante sería que los medios permitieran que esa relación existiera. No podría decir que habría que destruir los medios y crearlos desde tal lado.

Creo que una cosa que ayuda mucho -en este país hay varios ejemplos de eso como *La Opinión* y *Página 12*- es el surgimiento de medios alternativos a los grandes medios, que se conviertan en medios leídos por la gente y con credibilidad. Esto ha obligado a los medios grandes a flexibilizar un poco sus reglas y a tomar un poco de distancia con el poder. *Página 12*, por ejemplo, obligó a los grandes medios en su momento a tener un tratamiento diferente con el poder y a empezar a incluir las investigaciones de corrupción. Cuando en su momento iba a salir en 1998 el diario *Perfil* los grandes diarios crearon equipos de investigación que habían sido desarticulados. Eso dio un aire nuevo, los diarios salieron mejor y la gente tuvo mejor información en esos años. El surgimiento de diarios alternativos es una manera de empezar a resolver eso.

Martín Caparrós: Yo querría que hubiese diarios francamente reaccionarios como *EL Mercurio*, en Chile, que es un diario de verdad reaccionario, que defiende en serio a Pinochet. Y estamos bien en ese camino porque creo que *La Nación* lo está siguiendo con cada vez más ahínco. A mí me preocupaba que ni siquiera existiera esto en la Argentina, que fueran tan canallas y tan acomodaticios que fueran cambiando cada dos o tres años según olían en el viento, y en ese sentido casi envidiaba a los hermanos chilenos por tener una prensa clara, explícitamente



reaccionaria, de derecha, católica, todo lo peor. Aquí nos faltaba eso para aclarar el panorama. *Clarín* es una especie de maestro de la niebla pero creo que me tranquiliza constatar que *La Nación* está firmemente empeñada en ese camino y que, de a poco, conseguirán probablemente clarificar el panorama lo suficiente como para dejar algún espacio para que haya algo de sed.

Patricia Valdez: Aunque tuvo que retirarse, quisiera retransmitir una pregunta que Carlos Ulanovsky me hizo durante la exposición de Graciela y que me parece buena como cierre. Graciela comentó que, entre las dificultades que tuvo para llevar adelante su trabajo, estuvieron los comentarios de compañeros que decían: “No te metas con fulano o con mengano porque eso te va a traer dificultades”. Carlos me sugirió que le preguntara si efectivamente al final tuvo dificultades, si no consiguió trabajo, y me parece que sería una buena manera de cerrar esta mesa con el espíritu de pensar qué significa de aquí en más animarse o no a avanzar sobre ciertas investigaciones sobre esos temas.

Graciela Mochkofsky: Cuando nos encontramos afuera antes de empezar, Ulanovsky me preguntó si seguía en *La Nación* y ahí se enteró que me fui hace un año, de modo que supongo que sus suspicacias venían por ese lado. No sé si esto puede ser interesante pero yo trabajé siete años de mi carrera en *Página 12*, seis años en *La Nación*, hice mi primer libro estando en *Página 12* y lo terminé estando en *La Nación*. La referencia que hice en mi exposición fue porque en el retrato de los años de la dictadura, de lo que hicieron los diarios y de cómo se portaron con Timerman, y ante el tema del terrorismo de Estado, aparecían algunos textos citados y algunos comportamientos de gente que todavía está en *La Nación* mientras yo estaba aún en ese diario. Renuncié hace un año al diario pero no tuvo nada que ver con el libro, fue simultáneo, pero una cosa no fue motivo de la otra. Es más, me hubiera gustado estar en el diario cuando saliera el libro

precisamente para que no pareciera que me habían alejado del diario por las críticas que hay en él. *La Nación* hizo una crítica positiva del libro y he recibido elogios incluso de gente que aparece muy mal parada. No he buscado trabajo en los diarios desde que me fui de *La Nación* porque ahora estoy dedicada a escribir otros libros de no ficción y tengo la ilusión de vivir los próximos dos años de eso. Mi decisión fue personal: tenía ganas de hacer esos proyectos que para mí eran importantes.

Pero me interesa agregar algo más acerca de la autocrítica de los medios y lo voy a hacer a partir de una anécdota. Cuando el juez Roberto Marquevich dictaminó la prisión de Videla por el robo de bebés, *La Nación* publicó el texto con tono muy objetivo, y hubo incluso una columna o algún texto que apoyaba la decisión de Marquevich. Yo trabajaba por entonces en el diario y me tocó atender la llamada telefónica de una señora, una mujer grande, que me dijo que ella leía *La Nación* desde que tenía memoria, cosa que también habían hecho sus padres, y estaba muy alterada por lo que había salido ese día sobre Videla diciendo que era un hombre terrible que había hecho que le robaran los niños a la gente a la que mataba, y que los había entregado. Esto –me explicó– le parecía a ella un horror incomprensible porque para ella Videla era un hombre de bien, un hombre muy católico, que había cargado sobre sus hombros con la responsabilidad de “salvar la República” en una época de violencia, de terrorismo, etc., etc., y que todo esto ella lo pensaba porque lo había leído en *La Nación* y, por lo tanto, no entendía por qué ahora el mismo diario le decía que Videla era un tipo que se había robado niños, etc... En este sentido me parece que los medios le deben una explicación a la gente.

## CAPÍTULO 5

# CÓMO VEN LOS JÓVENES ESA ÉPOCA

*Moderador: Guillermo Mastrini.*

*Panelistas: Andrés D' Alessandro, Santiago Marino,  
Santiago Aragón y Amaranta González.*

Guillermo Mastrini: En la mesa anterior tanto Graciela Mochkofsky como Carlos Ulanovsky hicieron referencia a aquellos que no leían los diarios en la dictadura, y a la generación de treinta años que no había consumido medios de comunicación durante esa época precisamente por una cuestión generacional. La idea de esta mesa es recuperar las visiones que puede tener esa generación de esta relación que estamos analizando en estos dos días de debate entre medios de comunicación y dictadura. Nos acompañan en la mesa Andrés D' Alessandro, quien trabaja en la oficina de *Los Angeles Times* en Buenos Aires, es corresponsal del Instituto Prensa y Sociedad, una ONG de periodismo con sede en Perú, y es miembro del Foro de Periodismo Argentino (FOPEA). También están con nosotros Santiago Aragón, egresado de Comunicación y Licenciado en Periodismo en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora y docente en esa casa de estudios, y Santiago Marino, egresado de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, quien ha trabajado en investigación sobre políticas de medios en la dictadura. Finalmente, se encuentra Amaranta González, graduada de la Universidad Nacional de Quilmes en Comunicación, y miembro del Centro de Derechos Humanos de esa Universidad.

Andrés D' Alessandro: Me toca la difícil tarea de intentar ponerme en el lugar que dejaron los integrantes de la mesa

anterior. Es difícil porque ellos hablaron precisamente de una generación a la que pertenezco. Tengo 31 años, cualquiera que haga una simple cuenta, va a poder comprobar que pasé mi niñez durante la dictadura, empecé a estudiar la escuela secundaria paralelamente a la llegada de la democracia y, por suerte, pude cursar en la Universidad pública. Cuando reflexiono o si me preguntan acerca de cómo alguien de mi generación ve a la dictadura, las primeras sensaciones y nociones surgen desde el dolor y la bronca. Tanto por mi profesión, por el interés periodístico por indagar, repensar y no olvidar lo sucedido, pero al mismo tiempo como ciudadano, como ser humano. No puedo soslayar ese aspecto como profesional. Creo que el dolor y la bronca provienen de las ausencias. Muchos de los que nos precedieron generacionalmente, no estuvieron para guiarnos, para indicarnos, para contarnos la historia, y creo que ese hiato, esa carencia, se nota en el accionar de gran parte de mi generación. Sobre todo en la falta de participación o en la falta de iniciativas para tener participación en muchos aspectos de la sociedad, no solamente en la política.

Recuerdo que en plena primavera democrática, siendo un adolescente con intereses en lo que estaba pasando o había pasado, me enteraba lo que había sucedido en la dictadura, a través de las revistas que ingresaban a mi casa, y que suplieron la carencia de información que tuve y tuvimos durante los años de la dictadura. Todo lo que recibí a nivel informativo, lo pude incorporar e internalizar a partir de revistas como *Humor*, *El Periodista*, *El Porteño*, *Crisis* y, un poco más tardíamente, *Página 12*. Por lo que recuerdo y analizo a la distancia, la prensa gráfica tradicional iba por otro lado, por el de la discusión política y económica más cotidiana. Y la televisión aprovechó el hecho del destape y la no censura, más para mostrar cosas que antes no había podido mostrar, que para hablar de lo que había pasado. En cambio, esas revistas relataban con dureza y precisión lo que había pasado, denunciaban hechos y personajes y testimoniaban el dolor de los exiliados y los familiares de los muertos y

desaparecidos. Ese fue mi primer contacto y fue muy bueno para mi profesión, porque me ayudó a definir con claridad a lo que quería dedicarme. Leer en ese contexto a plumas como María Seoane, Osvaldo Bayer, Horacio Verbitsky, entre otros, fue más que importante y aleccionador.

Desde el punto de vista de mi formación, tuve la fortuna de cursar la secundaria y la universidad pública en democracia. Pero en los '90, tuvimos un baño de realidad, por lo que significó el menemismo, y su marcado interés por recortar permanentemente el presupuesto educativo o por reformar y/o privatizar. Y es ahí donde se produjo la derrota simbólica de nuestra generación, huérfana –como decía antes- de los luchadores que fueron asesinados o desaparecidos. Intentamos, débilmente, reaccionar frente a esos embates, pero muchos de nosotros no teníamos una cultura de participación estudiantil o política. Salimos sin mucha experiencia a las calles a protestar, a pelear, y creo que por suerte esas pequeñas luchas nos dieron un baño de democracia. Traigo el tema de las luchas estudiantiles, porque fueron muy fuertes. Pero este clima enrarecido con la juventud también sucedió en otros ámbitos, como en los recitales de rock, donde tuvimos la triste experiencia de ser reprimidos simplemente por ser jóvenes. Estuve presente el día de 1991 que los policías golpearon a Walter Bulacio. en los alrededores de Obras Sanitarias, el joven que murió días después en la comisaría. Creo que en ese público había una conciencia de al menos saber quiénes eran los que nos reprimían, y qué lugar no teníamos los jóvenes en esa sociedad que avanzaba lenta o rápidamente (según cómo se mire o cómo se mida) a la crisis del 2001, cuando murieron unos cuantos jóvenes en las calles, peleando.

Cuando mencioné al interés como una sensación motivadora para revisar lo que pasó, me refiero al interés periodístico. Me ha tocado muchas veces explicarle a alguien que no sabe historia argentina, qué fue lo que pasó, o por qué un juez como Canicoba Corral parece estar apurando los juicios contra los militares. De

esa manera siempre vuelvo a indagar sobre la historia reciente y a plantear y plantearme nuevos interrogantes.

Por otra parte, en la mesa anterior se habló bastante del tema de la censura en los medios en la actualidad y, en este sentido, salvando las distancias y las diferencias y sin comparar absolutamente una época con la otra, quería comentar la experiencia que tenemos en el Foro de Periodismo Argentino (FOPEA), una institución creada por un grupo de periodistas y docentes a fines del 2002, con la idea de encontrar las claves que permitan mejorar la calidad de la ética periodística y los aspectos profesionales de la actividad. En las discusiones que se están dando en FOPEA, integrada hoy por aproximadamente 100 periodistas de todo el país, nos enteramos permanentemente de hechos nocivos para la libertad de expresión y de prensa, y un clima cada vez más enrarecido con la imposición de la censura y de la autocensura en los medios, un modelo que se reproduce a escala en casi todas las provincias, y que nace de alguna manera en la vocación autoritaria y hegemónica de muchos de nuestros gobernantes. ¿Tendrá algo que ver con la dictadura? Son momentos distintos, son etapas distintas, son contextos diferentes, pero hay una lógica que se intenta imponer desde el poder, y que directamente tiene que ver con el rol del periodismo. Antes, por supuesto, en una dictadura como la que sufrimos los argentinos, tenemos que hablar de muerte, exilio y de una censura mucho más terrible. Ahora, existe otra clase de censura, pero que conlleva un creciente repliegue de muchas libertades que tanto costaron recuperar.

Santiago Aragón: Me parece conveniente empezar con una aclaración: a nosotros nos convocaron, según dice la mesa, por jóvenes, pero -en esto coincido con Andrés D' Alessandro- no me arrojó el derecho de hablar en nombre de esta generación porque nunca conocí en la historia de este país una generación más disgregada intelectualmente que ésta. Y probablemente no tenga idea de qué piensan mis pares en líneas generales porque

no abonamos un mismo paradigma sino que estamos todos inmersos en paradigmas muy diferentes entre sí. Por lo demás, tampoco me siento joven porque la juventud, más allá de una cuestión generacional, entraña o connota una cuestión de futuro que yo no percibo. El primer mecanismo para reconocerse joven es estar inserto en una línea de tiempo que propone, para atrás, algunos recuerdos mimados de la infancia y, para adelante, unas expectativas que, en el caso de ejercerlas, harán coincidir nuestro progreso con el de la sociedad en la que crecemos. Así de simple funciona. Y por eso no me siento joven, porque en esta sociedad ni yo tengo el derecho de ser joven ni los viejos tienen derecho de ser viejos. Cuando yo era chico, los viejos eran viejos, con derecho generacional, con identidad realizada. Pero yo pertenezco a la generación que entre diciembre de 2001 y julio de 2003 llenaba aviones de a miles para dejar este país. Pertenezco a una generación de jóvenes sin tiempo y entonces da la impresión de que la línea cronológica estuviese suspendida en algún punto y que no se puede retomar de ninguna manera.

En lo que hace al tema de esta charla, yo recuerdo con puntualidad de infancia algunos momentos que tienen que ver con hitos del período. No me acuerdo del desarrollo del mundial '78 porque tenía dos años, pero sí de mi viejo gritando los goles de Kempes, y de la guerra de Malvinas, porque me hacían pintar soldaditos en primer grado del colegio. Y también del ejemplar del "Nunca Más", el informe de la CONADEP, que lucía orgulloso en la biblioteca de casa de clase media con papá tachero y mamá bancaria. Esos tres hitos me construyeron una historia oficial, que parecía coronada con la pila de revistas *El Periodista*, que en realidad venía abajo del diario del Juicio a las Juntas que también llenó la biblioteca. Hasta ahí el registro de la memoria que viví.

Uno después empezó a transitar otra historia perteneciendo a una generación de jóvenes que fue adolescente en los 90', y que, a contramano de nuestras propias expectativas, vivimos una militancia incompleta. En 1989, el 15 de mayo, estando en

primero del secundario, en la puerta del colegio mis compañeros de trece años se abrazaban porque Menem había ganado las elecciones con una abrumadora mayoría de votos peronistas. Parecía la posibilidad de un tiempo mejor y venidero, nosotros no suponíamos el desastre que en materia política y social se venía, y no comprendíamos, porque aunque era vox populi no salía en ningún lado, hasta que punto el exterminio producido contra una de las generaciones más gloriosas que conoció este país iba a afectar el desarrollo político de las generaciones venideras.

Digo incompleta porque conocimos más de diez años de reveses, de imposición de un modelo al que podíamos resistir pero no evitar, y sin la explicación de que para que sucediera este ciclo neoliberal, hubo que arrancar de cuajo la raza militante que nos precedió. No hubo hilo en la trama que atara esos '90 con aquellos '70, pero nuestra generación se desdibujó en una resistencia que no alcanzó.

Hace un año, cuando ganó Kirchner las elecciones, recorrí varias escuelas del Gran Buenos Aires y la mitad de los pibes no sabía que se había votado. ¿Pasó algo en estos quince años? Da la impresión que sí, y encontrar los lazos cortados, en términos de identidad y política entre las sucesivas generaciones de jóvenes viene siendo una manera de contar cómo vemos esa época.

Cuando se lee lo que viene de aquel tiempo, nos encontramos con la primera explicación oficial del fenómeno: la teoría de los dos demonios. Algunos pensaron que para que haya dos demonios, tenía que haber como mínimo dos infiernos. Para que haya dos infiernos se tiene que categorizar como infierno a la violencia ejercida desde el Estado, con desaparición y apropiación de víctimas civiles, al terrorismo, a los asesinatos ejercidos desde los que tienen que cuidar la educación, dar salud, dar vivienda, dar trabajo. Ese infierno está perfectamente categorizado. Pero después tengo que categorizar como infierno a una generación de jóvenes que soñaba con una patria grande, que soñaba con un



país mejor, y ahí la ecuación me deja de cerrar.

Efectivamente, puede haber dos demonios, pero no necesariamente dos infiernos. Hay dos demonios sucesivos, hay dos demonios que se encarnaron juntos: uno fue el brazo armado de este demonio, y el otro fue la mente. Un demonio que se ejerció desde el año 1976 hasta 1983, y otro demonio que está en vigencia, que es la complicidad civil que devino en la construcción cultural que la sociedad argentina ha hecho de la última dictadura militar.

En materia política, el Proceso de Reorganización Nacional no empezó el 24 de marzo de 1976 sino el 16 de septiembre de 1955. Ese terrorismo de Estado embrionario que conoció este país a partir de la Revolución Libertadora -démosle el nombre que ellos se dieron- tiranía en la que la masacre de los fusilamientos del 9 de junio de 1956 en José León Suárez expuso en grado supremo lo que en términos de proscripciones y violencias varias ejerció sin pudor la dictadura de Aramburu, Lonardi y Rojas durante tres años, y que se extendió desde Onganía a Lanusse, culminando un ciclo de 18 años, que conoce el remanso del tercer gobierno peronista, pero que continúa con el golpe del 24 de marzo de 1976, donde quienes habían ejercido el terror del 1955 buscaron una continuidad en lo político y en lo económico, perfeccionando perversamente los métodos de persecución y aniquilamiento de las expresiones políticas masivas, tanto en el movimiento obrero, como en el estudiantil, y en la sociedad política en general.

De esta manera, parafraseando a Walsh, se conocieron niveles de tortura jamás vistos antes, gente que era suprimida de la línea de tiempo, mecanismos de tortura que eran inéditos en la historia latinoamericana y que sólo habían tenido algún tipo de registro en el golpe de Pinochet en Chile. El saldo de este Proceso de Reorganización lo conocimos todos: 30.000 desaparecidos en la última etapa de un Proceso que en lo formal duró 7 años, pero que en realidad, con honrosas excepciones de ejercicio de la

voluntad popular, duró 28.

En el registro de esta última etapa del Proceso empieza el problema de la construcción cultural de este fenómeno. El peso específico de los 30.000 compañeros desaparecidos. Los mártires de José León Suárez, eran contados de a uno, con su historia, y la proscrición venía con nombre y apellido. Los compañeros abatidos en el '76' quedaron, salvo en la memoria de sus seres más queridos que luchan por preservar la identidad de quienes fueron perseguidos y desaparecidos, reducidos a una cifra y una palabra, que oculta, a pesar de la contundencia de la cifra, la identidad individual fuerte y profunda, que se redimía a partir de un sueño colectivo por el que una generación luchó y perdió. A partir de ahí, la categoría asignada a esos compañeros es más funcional a –justamente- los que los persiguieron: son desaparecidos, quedaron colgados de la línea del tiempo, y nosotros seguimos brindando homenaje a 30.000 desaparecidos como un conjunto, desdibujando la voluntad de esos jóvenes que luchaban por una Argentina distinta, con su historia, sus pasiones, su legado. Pensamos, nos repiten que pensemos, en desaparecidos, en tipos que quedaron colgados, con la paradoja que significa que nunca una generación estuvo más presente en nuestras vidas que ésta. Ahí empieza la aparición del segundo demonio.

Los medios de comunicación nos explican los resultados del '76, casi en términos estadísticos, con un método parecido al que usan para explicar cómo hoy la mitad del país pasa hambre. Lo que no nos explican es por qué pasó lo del '76 y por qué la mitad del país pasa hambre.

Estamos asistiendo a un fenómeno periodístico muy extraño, en el que el registro periodístico para contarnos la consecuencia prescinde de la causa. Un periodismo de consecuencia que nos deja, como ejemplo, el hecho de que el 15 de diciembre de 2001 nadie sabía lo que iba a pasar el 20, nadie lo podía prever. Entonces,

para quienes nos cuentan la historia, el golpe del '76 sucedió sin un por qué y esta pauperización de la Argentina sucede sin un por qué. En la reconstrucción cultural que se hace sobre estos dos procesos tienen una responsabilidad notable los medios de comunicación. Y ahora sí empezamos a hablar de hoy.

Nos piden avalar, por ejemplo, entre otras cosas, una ley de radiodifusión sancionada en el año 1980 y que es una de las pocas leyes procedentes de la dictadura que no se pudo derogar. Como yapa cultural nos piden que nos olvidemos del pasado, como si ese registro no fuera indispensable para la construcción de lo que viene, como si las civilizaciones de la historia de la humanidad se hubiesen construido olvidándose de quienes le dieron vida. Nos piden que nos olvidemos de la generación masacrada en 1976 pero nos educan en la generación del 1880, como nos pedían que nos acordáramos de Sarmiento, sin pensar en Quiroga. Esa esquizofrenia te deja un país muy extraño. En ese cuento, no hubo causas colectivas, ni corajes individuales, que agruparan la voluntad de 30.000 compañeros desaparecidos y de otros tantos exiliados.

Las consecuencias todavía hoy son profundas. Miramos con desconfianza a los compañeros que salieron corriendo o se salvaron, miramos con sospecha a los tipos que tenemos sentados al lado y desconocemos los nombres y los motivos de quienes persiguieron a los hombres y vaciaron la nación. Miramos con temor a los pares, a los que comparten con nosotros un tiempo histórico, una perspectiva, una esperanza. No miramos con sospecha a los tipos que nos despojaron de esta esperanza.

Evidentemente el paradigma que los jóvenes de los '70 promulgaban fue destrozado, no vencido. Son dos cosas distintas. Un paradigma deja de tener vigencia a partir de la superación por otro paradigma. Si el neoliberalismo trajo hambre, pauperizó las posibilidades de educarse de esta sociedad, dejó gente en la calle sin vivienda, sin salud, evidentemente el paradigma de los

'70 no fue vencido en el campo de la legalidad, fue destrozado y resulta de este paradigma, otro paradigma impuesto de una manera violenta, que carga muertos entre el '76 y el '83, entre el 19 y el 20 de diciembre, y se ejerce culturalmente sin ningún prejuicio desde el discurso cotidiano: hasta en la publicidad la gente de Mc Donald's confunde valor con precio. Ese paradigma que hoy está impuesto y que tenemos que luchar para derrotar, es causa del '76. Y esto es una perogrullada, pero no lo leí en ninguna parte, no lo leí donde lo tendría que haber leído.

El poeta Alfredo Carlino decía que la traición es efímera aunque se repita. Nosotros vamos por la superación de esta traición. Queremos ver jóvenes sin miedo a ser jóvenes, y viejos que sean viejos, que porten historia viva, historia fresca, como decía Haroldo Conti: "En eso consiste la vejez, ver de memoria". Quiero ser viejo como esos viejos, jóvenes del 45', y, si tengo suerte, quiero ponerme los ojos de aquellos muchachos de los '70 porque los quiero volver a poner en la línea del tiempo. Esos tipos fueron parte de mi historia, no son desaparecidos, formaron parte de una lucha que nosotros tenemos que retomar desde aquel punto si no queremos ser cómplices de este modelo que nos está matando. Quiero devolverles las caras a aquellos tipos, quiero devolverles los gestos, y hacerlo con los que estamos, porque haberlos sobrevivido, no significa complicidad con quienes los mataron, como implícitamente nos quieren hacer creer. No había culpa en gritar abrazado los goles de Kempes ni en tener un ejemplar del "Nunca más" en la biblioteca. La culpa no es de quienes gritaron ni de quienes leyeron, sino de quienes pretendían ver en un gol la posibilidad de triunfo de los asesinos, y en quienes prologaron informes sobre desaparecidos, habiéndose abrazado con Videla algunos años antes.

La culpa no es de mi viejo ni de quienes asistieron al desastre, la culpa es de quienes armados de tiros o de micrófonos, lo protagonizaron y lo contaron. Hay que recuperar tiempo, hay que ganarlo, supongo que una buena manera es pegar unos

pasos para atrás y hacia el pasado, devolverle al hombre aquella deconstrucción simplificadora de la que hablaba Leopoldo Marechal, volver al tránsito hacia el niño, hacia la mirada simple, donde son malos los que parecen malos, y asesino el que asesina a una generación y sus sueños. Mientras no podamos volver a contar la historia con los motivos y los nombres de nuestros muertos y de quienes los mataron, nosotros también vamos a estar desaparecidos, nosotros vamos a estar suspendidos en el tiempo.

Santiago Marino: Buenas tardes, gracias a ustedes por estar acá, y a la gente que organiza por invitarnos y por ayudarnos a construir un espacio en el cual pensar, por ejemplo, cómo vemos los jóvenes la dictadura. Yo sí me considero un joven, pero también me cuesta saber si hay algo que se pueda llamar “los jóvenes” como un colectivo y si pensamos algo parecido.

Cuando le comenté que venía a dar una charla sobre este tema a un amigo de esos que se tomaron un avión para irse del país, me dijo “¿y qué vas a decir?, ¿lo que decís en los asados, que los milicos no sólo asesinaron a un montón de gente, sino que además hicieron desastres en materia política, en materia de política de comunicación, etc.?”. Y yo le contesté que sí pero que iba a tratar de pensar por qué digo siempre eso en los asados, y pensar también qué querían decir los jóvenes que componen ese colectivo, si es que los jóvenes en tanto colectivo se preguntan cómo ven la dictadura.

Temerosamente creo que ese colectivo existe y que no se lo pregunta. Que ése, junto a la dictadura, son problemas que me aquejan, y que me resultó más sencillo convertirlo en objeto de estudio. Me resulta imposible no ver la asesina dictadura como un proceso con una planificación exacta, ejecutiva y ejecutada, llevada a cabo con herramientas con las cuales se contaba, y con las que no se contaba y se crearon para tal fin. Es un proceso con

objetivos claros que se cumplieron, y eso es la primera derrota para los que creemos estar del lado de los derrotados, aún sin haber sufrido torturas, ni siquiera en el árbol genealógico.

Para mí -y esto es algo que tengo claro- la dictadura fue una etapa que estructuró el país que tenemos. Comparto la opinión expuesta por Martín Caparrós en la mesa anterior respecto de que tal vez el museo de la dictadura sea la sociedad actual. La sociedad en la que vivimos, la sociedad que componemos, está estructurada por el proceso que va desde 1976 a 1983 en el ejercicio del poder y continúa, al menos hoy, en su brazo ideológico.

Nací en la dictadura, pero tengo memoria desde la democracia, ni siquiera fui al jardín en la etapa de la dictadura. Sin embargo, estoy convencido de que formo parte de una generación que sufre hasta hoy los efectos de la dictadura. La imagen que tengo de la dictadura creo haberla construido a partir de pedazos, retazos de discursos diferenciados. Primero fue la historia oficial en mi casa, las anécdotas de un padre estudiante en los '70 en la ciudad de La Plata, pero siempre al costado, nunca directamente afectado, siempre era algún amigo al que chuparon, siempre pasó por el costado. Tengo alguna memoria muy leve de la guerra de Malvinas pero eso no me permite reconstruir cómo veo la dictadura. Tal vez la primera fuente directa sea el "Nunca Más", que llegó a mis manos y no estaba en mi casa, lo cual me apena bastante, a pesar de los reparos que tenga para con la gente que lo escribió. Creo que terminé de pensar y reconstruir cómo veo la dictadura en la Universidad y también cuando pude convertir ese problema que tenía en un objeto de estudio, como ha sido en el último tiempo.

Así como me cuesta bastante no ver a la dictadura como un proceso que cumplió sus objetivos, también me cuesta no mirarla desde la disciplina que elegí -la Comunicación- que es la disciplina que me permite ver el mundo, y decidir cómo veo a ese mundo, y dentro de ese mundo cómo veo a la dictadura. Y es

desde la Comunicación, con ese proceso como objeto de estudio, que entiendo que la dictadura no sólo fue un proyecto político-económico que vino a instaurar el neoliberalismo, sino que implicó un proyecto cultural, una política cultural que tenía civiles trabajando en pos de esa política cultural. Y no puedo soslayar que esa connivencia que encuentro en parte de la sociedad civil y en esos civiles que trabajaron para este proyecto, también estuvo presente en la relación entre los medios y el gobierno dictatorial, no sólo en cuanto a la generación de consenso -un elemento clave durante el proceso dictatorial- sino también con los negociados que implicaron, por ejemplo, el nacimiento de Papel Prensa, con un estado dictatorial socio de los dos principales diarios del país.

La dictadura fue un proceso torturador, asesino, que se cargó la vida de 30.000 desaparecidos ejerciendo el terrorismo de Estado, siendo éste el peor elemento que el Estado puede usar contra la sociedad. Con esto me separo de esa primera construcción que hice de la dictadura con elementos de la historia oficial que me narraron en mi casa. No es posible pensar en una teoría de los dos demonios, no puede haber dos demonios cuando el Estado es uno de ellos y puede ejercer el terrorismo sobre la sociedad. En cambio puedo suscribir la idea de Santiago Aragón y pensar en un demonio de dos cabezas.

Mi argumento para sostener esta idea de que la dictadura estructuró la sociedad que tenemos, es el hecho de que en el área de la comunicación - un elemento clave en la reconstrucción de la vida cotidiana, de la opinión pública, de la relación entre la sociedad y el gobierno pero también de la historia-, tengamos un sistema regulado por la ley 22.285 de Radiodifusión sancionada en el proceso dictatorial. Ahí es donde se encuentra la relación entre la actualidad y la dictadura como estructurante de la sociedad en la que vivimos. Si el proyecto de la dictadura cumplió su objetivo básico que era implementar el neoliberalismo, en el plano cultural, el hilo conductor se puede reconstruir en el neoliberalismo. Al no haberse cambiado esto,

durante el alfonsinismo se creó impunidad con la posibilidad de que no queden en la cárcel aquellos que habían sido juzgados. Y al haberse agudizado la línea económica en el menemato, se llegó hasta a repetir nombres como el de Domingo Cavallo al frente de la Economía, quien fue presidente del Banco Nación durante la dictadura.

En resumen, no logro, ni siquiera con esta exposición, tener en claro si el colectivo de los jóvenes existe y si es que ellos miran la dictadura. Sí tengo claro que yo lo hago y que aquellos que me escuchan en los asados saben cómo es que la miro. Pero me parece que es en el ejercicio de la memoria donde tenemos que tener en claro cómo reconstruir ese pasado, aún con aquellos que no lo ejerzan, reivindicando por ejemplo la lucha de las Madres, de las Abuelas y de los Hijos. Ahí hay un recorrido histórico positivo, porque encuentro en esa lucha, la lucha vivida de aquellos que ya no están -que están doblemente desaparecidos como dice Caparrós, físicamente y en la reconstrucción de la historia-, y porque es la manera de honrar esa lucha de aquellos que se animaron a vivir y a pensar el mundo de otra manera.

Amaranta González: Nací en 1972, y la mayor parte de mi niñez la pasé en dictadura, por lo tanto mi crianza fue según lo que permitía la dictadura. Cuando Martín Becerra me planteó cuál fue el rol de los medios en la dictadura, enseguida me vino a la mente que los medios siempre fueron cómplices, y que sabían muy bien qué estaban diciendo y qué estaban apoyando. Pero también he escuchado que gente que en esa época era adulta, se resiste a hablar de ese tema, y a la vez se resiste a creer que podía ser de otra manera y que había otra realidad. En consecuencia, pensé que mi exposición tenía que girar en torno a cuáles fueron los mecanismos que utilizaron la dictadura y los medios de comunicación para convencer a estas personas de que esto era algo bueno, de que la dictadura era algo necesario y de que la democracia llegaría cuando ellos pensarán que era el momento



apropiado, cuando estuviera todo en orden y se terminara la guerrilla.

Según pude investigar, a partir del '73 con el nuevo triunfo peronista, hubo un alud de publicaciones que evidentemente mostraban su inclinación política, su compromiso con la construcción de un nuevo campo social, cultural y político. También había otras publicaciones que estaban en contra, pero había espacio para estas manifestaciones que llegaban a los sectores más populares. Sin embargo, hubo leyes que impidieron esa libertad, que empezaron a censurar.

Dentro de la posición tomada por los medios con respecto a esta nueva legislación, hubo algunos, como *La Opinión* o el *Buenos Aires Herald*, que al instaurarse la dictadura no dejaron de informar sobre las desapariciones de personas, aunque meses anteriores al golpe tenían la esperanza de que esta interrupción de la democracia fuese una solución. Pero otros medios, como la revista *Gente, Somos*, *La Nación* o *La Razón*, desde sus titulares, editoriales y propagandas comulgaban con la necesaria intervención de la fuerza militar con todo su aparato represivo para recuperar este “ser nacional”, que daban entendido que era un ideal común a todos.

Osvaldo Bayer, en un ensayo llamado “Pequeño recordatorio para un país sin memoria”, destaca las distintas modalidades de represión cultural que se impartieron desde la dictadura y dice que al principio, para demostrar la autoridad, se quemaron libros pero que luego todo se hizo suavemente y en la oscuridad, con encomiable talento mafioso. Los libros molestos no eran prohibidos por decreto, salvo unos pocos, sino que se les aplicaba el mismo método que a los seres humanos, se los hacía desaparecer mediante requisas localizadas o consejos al librero. También asegura que el régimen militar fue sistemático en la represión de la cultura. Se había asesinado a los escritores peligrosos, se había desaparecido a 110 representantes de la

cultura. El resto de los que molestaban tuvo que exiliarse, y en las Universidades la represión contra los activistas constituyó tal vez el capítulo más vital de la persecución militar.

Uno de los recursos que menciona Álvaro Abós, para hacer referencia al esfuerzo que imprimieron los integrantes de la Junta Militar por superar uno de sus problemas, fue que vislumbraron que a los golpes de estado en Uruguay y en Chile les faltaba base social, adhesión por parte de los sectores más populares o la clase media de la sociedad. Y se dieron cuenta de que podían utilizar un lenguaje que generara, si no consenso, al menos una adhesión superficial, y así provocar un encantamiento verbal.

Desde los medios de comunicación tendieron a abreviar el nombre con el cual ellos, los dictadores, denominaban su intervención, que era “Proceso de Reorganización Nacional”. Lo redujeron a una sola palabra: El Proceso, lo cual le confirió identidad y a través de la repetición de los documentos oficiales se reafirmaba su figura. Pero este Proceso no era algo dinámico sino un juicio entablado por el poder contra la sociedad, sometida a esta situación de manera forzosa.

Todo el cuerpo social es cuestionado, todos estábamos en la mira, la actividad política estaba prohibida, la participación en actividades sindicales era un delito y el trabajo comunitario se desarticuló y llegó a la nulidad de acción. Imperaba el silencio y la parálisis social.

Cuando uno compra un diario, éste en realidad tiene un compromiso social que le permite al lector encontrar formas de ver al mundo, le da las coordenadas para ubicarse y comprender los hechos sociales, organiza la sociedad al mismo tiempo que la construye. Y en esos años, los ruidos, gritos y grupos del Ejército armado escuchados en los departamentos vecinos, encontraban explicación en los titulares de los diarios de los días siguientes al justificar la represión del Estado como algo natural ante una

situación de guerra que los subversivos habían desatado, como una tarea necesaria que quién mejor que las fuerzas de seguridad para llevarla a cabo.

Como empresas de noticias, *La Razón*, *La Nación*, *Gente*, *Somos* o *La Opinión* -este último ya en manos de las Fuerzas Armadas- comulgaban con los procedimientos empleados para instaurar el régimen económico, el cual no contemplaba el bienestar y la dignidad de la población, sino que favorecía los intereses de la burguesía nacional y los grupos económicos extranjeros que desarticulaban la industria argentina, volviendo mucho más grave la situación social.

La imagen de la oposición política eran aquellos que mantenían posturas radicales para la concepción de la sociedad argentina según el gobierno militar, y era representada como ese otro que atenta contra el mundo, como un enemigo al que había que combatir. En términos de discurso ese combate lo implementaron a través de una retórica de lo delictivo siempre que se hacía referencia a la oposición, de la utilización de expresiones bélicas para reforzar la idea de que se trataba de anti-argentinos y/o delincuentes y de que se estaba haciendo frente a una verdadera guerra.

Otras estrategias discursivas utilizadas fueron falsas investigaciones periodísticas que decían haber hallado a las personas que figuraban desaparecidas en viajes de placer y que todo era un malentendido. También se utilizaba la fotografía para, por ejemplo, presentar supuestos registros policiales con la foto carnet de personas que en realidad habían muerto en un enfrentamiento o mostrar imágenes de grupos de personas armadas y desarregladas, con un epígrafe que daba sentido a la escena.

En definitiva, los medios contribuyeron a instalar un régimen a través de un consenso social de silencio ante el temor a ser confundido con ese enemigo. Instalaron a través del terror la

inmovilidad social. Cualquier movilización en contra del régimen militar era silenciada o desprestigiada con el aval de prestigiosos intelectuales o periodistas de renombre.

El régimen se instauró por medio del terrorismo de Estado sobre la base de un cuerpo de 250.000 personas entrenadas para matar, de los servicios de seguridad de la Policía y del Ejército, de 2.000 integrantes de distintos grupos políticos armados y de toda la prensa de mayor tirada. Hubo resistencia. Hubo periodistas que se opusieron, que fueron censurados, secuestrados, o se exiliaron para preservar sus vidas, y hubo resistencia desde otros sectores sociales. Pero el régimen instauró un sistema económico y una forma de pensar la cultura.

También me reconozco como joven y me reconozco en esta pelea en la que los jóvenes del '76 sentían que había que comprometerse con un ideal, con una idea de construir el mundo. Creo que es muy difícil tener un ideal pero ellos lucharon para que se pudiera lograr.

Pregunta del público: Se habló mucho de la descripción de la dictadura en los medios como la descripción de los muertos, de los desaparecidos, y en un momento Caparrós dijo las causas de esto. Yo lo que siento es que en los medios no se discute por qué nos pasa todo esto. Uno tiene que pensar que nos mataron, nos reventaron, y ¿qué sucede? Hay un demonio que nos mata pero ¿por qué?, ¿a quién responde?, ¿quiénes fueron los que nos mataron? En los medios de comunicación se tendría que estar diciendo y denunciando constantemente a qué obedecen todas esas cosas, porque no pasan porque sí, ni hay demonios. Las cosas son como son. Nos liquidan y es así. Entonces nosotros tenemos que identificar al enemigo. El enemigo no es Videla y todos esos. Esos son mercenarios nada más, hay que identificar al enemigo.

Santiago Marino: Yo intenté plantear justamente el por qué, pero a lo mejor no quedó claro. El por qué fue la implementación de un sistema económico, y si para eso había que cargarse 30.000 tipos, se los cargaron. A partir de ahí se construyó una nueva sociedad en la Argentina, una nueva cultura. Se instauró en el accionar diario el “no te metas” y la no participación política. La respuesta al por qué es la instauración del neoliberalismo a sangre y fuego.

Santiago Aragón: Me parece que tiene que ver mucho con los actores intervinientes: *Canal 13*, dependiente de la Marina; *Canal 11*, de la Fuerza Aérea; *Canal 9*, del Ejército, y *Canal 7* en connivencia con las tres armas. No vamos a dar nombres, pero la vocera de la Marina, es decir la vocera de Massera en el año 1978, hoy es una prestigiosa periodista perteneciente justamente al periodismo independiente y tapa de revistas hace dos o tres semanas. Otro periodista tucumano, editorialista, fue la voz de las editoriales de *Clarín* del '76 al '80 y hoy también tiene un programa de periodismo independiente. Aquí se habló de que el periodismo tiene que ser independiente y objetivo. El periodismo no puede ser, gracias a Dios, ni independiente ni objetivo. El problema es determinar “subjetivo” desde dónde, y “dependiente” de quién.

Pregunta del público: Honestamente siento una enorme satisfacción porque jóvenes tan importantes comienzan a tener una idea clarísima de muchos aspectos. Esto nos tocó a nosotros en la década del '60, y fue un comenzar mucho más profundo todavía, porque en 1963 no teníamos ni la menor idea de qué significaba esto de la Ley Massachusetts que llegaba de la mano de la Alianza por el Progreso, de la mano de Álvaro Alsogaray. En ese momento, a nosotros, que éramos estudiantes universitarios y salimos a pelearles el espacio y de una buena vez por todas a desbaratar ese proceso y a denunciarlo, jamás un diario nos

tomó la palabra. Por supuesto que también profundizamos en la historia y vimos 600.000 indígenas destruidos y masacrados en la famosa recorrida por las pampas húmedas argentinas. Entonces, cuando nos preguntamos de dónde sale esa violencia, yo tengo un poco la respuesta, pero de todas maneras yo se los pregunto a ustedes: ¿ustedes también tienen esa misma historia coleccionada para poder evaluar después qué pasó en los '70?

Andrés D'Alessandro: Me cuesta responderle. Quise hablar de cómo la acción de la censura en los tiempos en que fue impuesta a sangre y fuego -hoy en día más vinculada a una cuestión económica- escribe esa historia oficial. El tema circula permanentemente, lo hizo en la mesa anterior, y está siendo planteado ahora. Me pasa también cuando me encuentro con gente de otras generaciones, y mismo con gente de mi generación, que usan esa maldita frase "hay que mirar para adelante". Creo que a todos alguna vez nos pasó y un poco estaba esa mezcla de bronca y de dolor que describí en el comienzo. Uno tiene realmente ganas de boxearse con alguien que dice una cosa así -y creo que alguna vez lo he hecho- pero hay que insistir en lo que decía Santiago Marino al hablar de cuando en los asados le cuestionaban sus recuerdos o sus frases y preguntarse qué significa mirar para adelante, quiénes pueden mirar para adelante, quiénes pueden comer y decidir mirar para adelante, quiénes pueden pensar que mirar para adelante puede ser hacer justicia. Por ese lado, le puedo responder.

Amaranta González: La censura se ha implementado desde siempre, desde que la noticia entra en el juego del mercado. La gente tal vez no quiera enterarse de las atrocidades que viven otros pueblos, de cómo están sometidos, de cuáles son los índices de pobreza, de qué estamos hablando cuando hablamos de indigencia, de por qué son más importantes los secuestros de las clases altas que los chicos que mueren. Eso está y es lamentable, pero se puede trabajar si tenemos un proyecto de comunicar

mejor, si podemos discutir nuestro rol de comunicador, de periodista.

Andrés D'Alessandro: Agrego una cuestión breve con respecto a la censura. Después que la censura se implementa, aparece la autocensura a partir de una relación de connivencia entre los medios y el poder de facto. Cuando se asociaron, incluso antes de ser socios y propietarios de una misma empresa, ya no fue necesaria la censura directa en algunos medios, mientras que hubo otros -y pienso en algunos un tanto elitistas por el idioma, como por ejemplo el *Herald*- que no percibieron censura tal vez porque el organismo de control no lo creyó necesario. Me parece que es importante subrayar esta cuestión.

Pregunta del público: ¿Cómo ven ustedes las posibilidades de investigar y relatar esa época a partir de ahora y qué aportes creen que se pueden hacer desde este espacio que estamos abriendo?

Andrés D'Alessandro: Sin duda las posibilidades son muchas porque hay una cantidad de temas que todavía no fueron investigados. Me tocó hacer un registro de las mejores investigaciones periodísticas desde el '83 en adelante para el IPyS (Instituto Prensa y Sociedad) y pude constatar que, en una primera etapa, buena parte de la producción periodística está relacionada fundamentalmente con la dictadura y posteriormente aparece el tema de la corrupción como eje, pero creo que hay todavía un montón de temas. Yo lo pensaría por el lado de incorporar las experiencias en las Universidades y de alguna manera, si bien siempre es difícil, el tema del interior. Hay muchos casos de censura en el interior. Es importante mirar hacia esos lados porque ahí la publicidad comercial es inexistente y muchos medios dependen exclusivamente de la oficial.

Pregunta del público: En las exposiciones surgió el tema de la ley de Radiodifusión y Santiago Aragón dijo que "no se pudo

derogar". ¿No les parece que es un análisis un tanto ingenuo el "no se pudo"? Me parece que es un análisis que repite todas las consecuencias y muertos que nos dejó la dictadura, en todo lo que venimos arrastrando desde esa época.

Santiago Aragón: Quise ser irónico, no ingenuo. Se derogaron un montón de leyes y la única ley sobre la que no se pudo trabajar es la de Radiodifusión, que como bien lo decía Santiago Marino, establece agravantes a medida que se va avanzando sobre la democracia, y es una ley permanentemente cajoneada, permanentemente debatida. Recién ahora hay una movida sobre 21 puntos, que en realidad son 21 ejes sobre los que se trabaja en la ley, que en principio establecen la posibilidad de combatir el monopolio y le dan cierta independencia al poder mediático respecto del poder político. Insisto en que no había ingenuidad sino una carga de escepticismo respecto de la verdadera intención de modificar la ley federal de radiodifusión que se ha dado en los últimos 25 años.

Guillermo Mastrini: Claramente no hubo voluntad política. Un ejemplo es que uno de los pocos artículos centrales que aún no se cambió fue el que impide a las asociaciones sin fines de lucro ser licenciatarias de medios de radiodifusión.

Santiago Marino: Obviamente muchos de los medios tampoco están interesados en modificar esa ley, así como tardíamente se sumaron al tema del acceso a la información. Esa pelea no fue dada tampoco por los medios porque aprovecharon esa ley y las modificaciones que se hicieron a lo largo de los '90.



## CAPÍTULO 6

QUÉ BALANCE HACEMOS LOS  
ARGENTINOS DEL PAPEL  
DE LOS MEDIOS DURANTE LA  
DICTADURA

*Moderador: Eduardo Anguita*

*Panelistas: Nicolás Casullo y Nora Cortiñas,*

Eduardo Anguita: Eduardo Freiler, que estaba invitado a esta mesa, está enfermo por lo que no puede estar acá junto a estos dos honrosos panelistas que van a cerrar este encuentro. Voy a empezar por Nora Cortiñas, que es Madre de Plaza de Mayo desde hace muchos años. Su hijo Gustavo, que era un militante estudiante de Ciencias Económicas, fue detenido y ella, además de todas las luchas que ha llevado y sigue llevando a cabo, participó, junto con un grupo de docentes, militantes y economistas, de una iniciativa muy importante hace muy pocos años en la Universidad de Buenos Aires que fue hacer una cátedra libre “Derechos Humanos y Poder Económico” en la Facultad de Ciencias Económicas. Nicolás Casullo es un militante que en los años ‘60 y principios de los ‘70 participó del campo de la cultura y del campo de la política, y después se tuvo que ir a México. Es un experto en teorías de la comunicación, en estética y en historia del arte, además de ser docente, ensayista y escribir literatura de imaginación. Seguramente nos va a ayudar desde su experiencia militante, de periodista, narrador y docente.

Nicolás Casullo: En primer término, agradezco a los organizadores por haberme invitado para exponer sobre esta temática. De hecho, muy pocas veces participé en un panel sobre

este tema y -aunque esto es curioso porque pertenezco a la carrera de Comunicación, fui periodista y analicé problemáticas de este campo- no recuerdo haber hablado frente a una platea sobre medios y dictadura. En segundo término, la primera sensación que tengo es que mucho no la reflexioné, y tengo una sensación de cosa incompleta al asumir ahora esta problemática, algo que quisiera explicar. Y en gran parte mi intervención será pensar esto en voz alta.

Por una parte, vengo del periodismo, la experiencia que puedo contar de lo que son los medios en la dictadura desde adentro del periodismo proviene más bien de la época en que trabajaba en *La Opinión* durante la dictadura de Onganía y de Lanusse básicamente. En la última dictadura estuve en el exilio desde 1975, de modo que no viví esa experiencia, aunque sí era lector permanente de diarios y revistas argentinas comprados en México, y trabajábamos casi obsesionados sobre lo que aparecía en los medios gráficos argentinos.

Las épocas de dictadura son, en cierto sentido, un poco engañosas. Por un lado, uno tiene la infinita dificultad de vivir bajo la dictadura y de hecho en este caso, aunque la dictadura de Onganía fue absolutamente “blanda” comparada con lo que vino después, se discutía cada cosa que se ponía o se quitaba de una nota -yo trabajaba en la sección Política- porque había que tener mucho cuidado. Y, más allá de que Timerman, director del diario, maniobraba con astucia sobre los bordes y las fronteras de lo permitido y autocensurado, uno no sabía muy bien hasta dónde se podía avanzar y hasta dónde no. Desde adentro, entonces, era una situación triste, patética, pero a la vez apasionada: cada coma era una definición del mundo. Una costumbre argentina por ese entonces. Pero por el otro lado, al mismo tiempo había una suerte de cosa tan neta con respecto a los medios de masas, que uno en el fondo queda aliviado. En una dictadura no hay libertad de prensa, no hay posibilidad de pensar que los medios de masas sean antidictatoriales. Los medios en la dictadura

responden a los generales, a los brigadieres y a los almirantes. Puede haber momentos en que el proceso militar se desbarranca, afloja, pierde terreno, entra en contradicción en lo interno, entonces ahí sí aparece algún tipo de posibilidad de empezar a decir, en parte, a contrapelo. Pero por lo general la cosa siempre es neta, nítida.

Desde esta perspectiva, medios y dictadura es una problemática que ya tiene su primera respuesta en la reflexión. Podemos plantearnos que podría haber sido distinta la conducta de los grandes medios. Podemos plantearnos que hubo conductas distintas entre los periodistas y en los medios, que hubo gente que se hizo absolutamente oficialista, y periodistas que trabajaron en una total discreción, que sufrieron, que aguantaron. Esto es cierto. Pero al mismo tiempo hay que considerar que lo que está pensando el periodista bajo una dictadura, es que el diario sobreviva y que todos puedan seguir ganando el sueldo. Esa es la verdad. Porque el periodista es, además de periodista, una persona que se plantea realmente que el diario se cuide, sea inteligente, sea astuto, que pueda hacer algo -y pueda no hacerlo cuando no conviene- y que pueda sobrevivir como empresa y fuente de trabajo.

En ese sentido tenemos que diferenciar lo que puede ser una prensa militante, una prensa combativa, una prensa donde no hay una estructura política dada, y aquellos medios donde no hay un lugar o un sitio definido de resistencia y combate, como sucede con un gran diario. Los grandes diarios como los canales de TV, son como la fábrica Nestlé o la línea de subte, son como la Pirámide, están ahí para siempre, gobierne la madre Teresa o el conde Drácula. Son de piedra.

Recuerdo que allá por 1970 o 1971, sacamos con un grupo de gente -varios de ellos están muertos- la revista *Nuevo Hombre*. Era una revista de pelea, de lucha, donde lo que queríamos era precisamente decir todo lo que no se podía decir, lo que no se

decía en ninguna prensa, y entonces las discusiones con Ortega Peña, Dardo Cabo, Daniel Hopen, Harito Walker eran acerca de si teníamos que seguir teniendo domicilio legal o no. Si teníamos que firmar las notas o no, si teníamos que exagerar hasta el punto de publicar los comunicados guerrilleros o no. Esto era lo que se discutía permanentemente en relación a una revista que, por supuesto -cosa que no querían ni *Clarín* ni *La Nación* ni *La Prensa* ni *La Opinión* ni el *Noticiero Esso*-llegó un momento que dejó de salir porque todos tuvimos que escondernos o volver a la militancia y transformar la revista en recuerdo. En un principio quitamos la dirección legal, luego nos mudamos a otro lado medio camuflado, finalmente dejamos de salir. Este fue otro tipo de periodismo en dictaduras, que tiene mucho más que ver con las militancias, con las formas de resistencia. Incluso hay militancias periodísticas todavía más clandestinas que ésta, donde ya ni siquiera se discute si se es periodista o no, cómo se informa, porque son cuadros militantes que tienen a cargo el frente de prensa.

Entonces, comparando desde esas variables de prensa militante, de izquierda, de resistencia, las variables del periodismo institucional constituido, son muchos los grados de diferencia.

En realidad cuando decimos “los medios y la dictadura”, lo que aparece claramente es una suerte de verticalidad de obediencia, un alineamiento fuerte donde, ni siquiera leyendo entre líneas, uno podía muchas veces presuponer que se estaba diciendo otra cosa a la oficial. Y donde tampoco se puede cuestionar muy profundamente el papel de la prensa porque, como decíamos en el exilio, el mundo siguió andando, aún bajo Videla, Massera y Agosti. En este sentido, recuerdo: una gran discusión en el exilio fue la que se entabló acerca de si desde afuera se podía invalidar todo lo que sucedía aquí, adentro. Había algunas corrientes extremistas, maximalistas, con las cuales discutí muy violentamente en el exilio, que invalidaban todo lo que sucedía en Argentina, incluyendo por supuesto la prensa. El

país para estas ideologías había dejado de existir, y todo pasaba por mentalidades exiliares. Y los grandes medios de tirada millonaria eran acusados diariamente como si alguna vez se hubiera esperado de ellos algo distinto en tiempos de dictaduras duras y crueles.

Sin embargo, aquí, en el país, la gente seguía viviendo, seguía yendo al cine, el teatro San Martín seguía abierto para Shakespeare, los actores seguían trabajando, los suplementos culturales se confeccionaban, las librerías, con muchos libros prohibidos, abrían sus puertas y facturaban. Todo eso en medio de la muerte, el terror, la represión, el acomodamiento del alma al orden dictatorial. Frente a esto, por desesperación, por una angustia casi abismal de sentir que aquí estaba todo y uno estaba allí medio perdido en el Distrito Federal de México, la actitud de muchos exiliados era cuestionar todo. En el fondo, cuestionar que el país siguiese viviendo. Pero, sin embargo –esta fue una larga discusión– no se podía hacer eso porque la vida seguía, el pueblo no se exiliaba en el extranjero, tiene formas sabias de sobrevivencias, tiene astucia, sabe retroceder, sabe pasar –como decía Rodolfo Walsh– “las noches de mierda”. Después reaparece, o se contamina, o memoriza, o se libera, o se patologiza, o se victimiza, o todo eso junto. Y en ese sentido no quiero hacer ninguna mitología del pueblo. Como piensa el ensayista George Steiner, el 90 por ciento de las personas está destinadas desgraciadamente a trabajar para sobrevivir, para comer y descansar los domingos si pueden, como dijo Dios. Y estas personas no tienen mucho tiempo para discutir qué escribió y que camufló y qué omitió Joaquín Morales Solá, quien escribió mucho en la época de la dictadura y que evidentemente tenía una faena privilegiada y estratégica los domingos en este diario argentino.

Desde esa perspectiva, entonces, se puede decir que la respuesta que podríamos tener en lo inmediato acerca de los medios de comunicación en dictadura es que sucedió lo que se suponía.

Tanto es así, que nosotros desde México no cuestionábamos lo que leíamos en los diarios. Quizás nos hubiésemos molestado un poco con la televisión, porque eso es siempre una cosa más actoral e insoportable en cuanto afección espiritual. Podríamos habernos violentado con algunos periodistas que se hicieron profundamente oficialistas, pero en general podríamos decir que, leído a la distancia, cuando la cosa es tan neta – dictadura y medios - lo único que queda es hacer arqueología y ver de qué manera las dictaduras nos infectaron. Esto creo que es lo esencial: nos infectaron. No al secretario de redacción y al notero solamente, a todos. Tuvimos tantas dictaduras, y de tal variedad, que efectivamente uno ya conocía a los periodistas que se situaban, se volvían a situar, se recontrasituaban y se ganaban la vida, el prestigio, los veranitos de san juan cuando regresaban los uniformes.

En este sentido también emerge otra discusión: el periodista es un asalariado -por lo menos en nuestra época de los '60 y '70 cuando no había tanto estrellato, tanta firma, y luchábamos gremialmente- y es igual al empleado del Banco Galicia y como cualquier otro asalariado. Por eso, nada se le subía a uno a la cabeza en ese entonces, y se peleaba como asalariado para conservar la fuente de trabajo, mejorar laboralmente y saber dónde estaba parado y qué significaba periodismo dentro del concierto de los tantos "ismos" del capitalismo moderno. El periodismo no era como ahora para muchos, la aventura del justiciero con el micrófono en la mano, ni el único limpito en un país lleno de caca, ni la creencia en el privilegio de una libertad y democracia en el puro plano massmediático. En la época de los '70 se trataba en lo posible de no firmar nada porque no valía la pena. Aquella historia, en la que nos invitaban a escribir a sueldo fijo, era como una historia en retirada, no valía la pena. Se pensaba en la liberación y esas cuitas. Tampoco eso fue recomendable, visto lo sucedido. Precisamente Timerman causó asombro con *La Opinión* porque casi todas las notas eran firmadas, fue como un primer momento de neoperiodismo, aunque en lo que a mí

respecta nunca me preocupó mucho este tema de la firma -más allá de dejar constancia- porque precisamente la dictadura es el momento donde menos se puede acusar y criticar a los medios de masas, que son empresas de ganancia y pérdida con gerente de cuentas en el piso de arriba, y cuya hoja más importante del día suele ser la publicitaria.

Esto tiene que ver con otra tensión, con algo que me parece que falta en este planteamiento de los medios y la dictadura porque, en realidad, desde los '80, después de la dictadura, estamos viviendo la experiencia de la sociedad massmediática. La sociedad bajo lógica primordial de los medios de comunicación. Tan brutal, decisiva e inescapable, que nos constituye desde las 6 de la mañana hasta la madrugada, y decide lo sustancial de las miradas, los humores, los puntos de vista, las agendas cualunquis, las perspectivas, lo hablado y lo omitido, lo que debe pensarse y lo que no debe pensarse. Lo decide de una manera tan fabulosa y de dimensiones tan profundas, que cuando leo la tapa de una vieja edición de un diario en tiempos de la dictadura digo: "esto es una inocentada al lado de la apertura a todo trapo de un noticiero de TV en horario central hoy, dictando el signo político del día y lo que hay que entender". Dictando, dictatus, dictatoriando. Entonces, quiero reflexionar acerca de cómo se plantea la crítica en este tema que convoca. Quiero plantear en este caso que cuando se analiza un objeto, hay que tener en cuenta qué es lo que queda iluminado por la reflexión sobre ese objeto. Y qué puede quedar desconsiderado ideológica y culturalmente en esa misma reflexión. Es decir, el peligro de no estar a la altura crítica que exige la crítica a un mundo dado: mundo desde donde se habla y se enuncian las cosas.

Un filósofo alemán, Hans Georg Gadamer, dice que el estado del objeto que se va a investigar es, en realidad, el estado de la crítica desde la que se va a investigar al objeto. Tanto uno como otro momento están atravesados por la cultura, por una época, sus catástrofes, sus puntos ciegos, sus discursos hegemónicos

dominantes. Lo primero que hay que hacer, entonces, es poner en cuestión la crítica con la que se está trabajando para analizar el objeto. Para que ésta no sea impune, para que no sea lo mismo que lo que critica, y lo disimule permanentemente. Postular entonces, a la vez, que el estado del mundo es el estado de su crítica: con todo lo que esta tiene de perversa, ya que muchas veces la crítica opera para no hacer crítica de lo que tendría que hacer crítica, señala para no señalar, a la vez que es proclive a armar artefactos tanto sobre cuestiones que en realidad opacan y velan las cuestiones, como en términos de “metodología crítica”, para desentenderse de la crítica. Desde esta perspectiva podría decirse: todo aquella crítica que remite a los medios y la dictadura tiene como una figura fantasmal alrededor, tiene una sombra molesta, tiene la fetichización de otra figura: los medios y la democracia. Figura esta última que puede terminar precisamente como un fetiche, es decir, que esconde su índole, su naturaleza histórica. Que enajena al decir de Marx. Y ése es el eje de tensión que supuestamente sitúa el lugar desde donde hablamos, desde donde hablo, desde donde se ejerce la crítica: desde donde se organiza este encuentro de varias jornadas.

Entonces, respecto de los medios, la dictadura fue el momento de la barbarie, de la represión. Fue el momento realmente extremo donde una sociedad y sus medios vivieron la excepcionalidad de las circunstancias del Estado de terror. Desde luego, la dictadura también en otros aspectos fue un estado de catástrofe de valores, conductas y relaciones humanas. Pero en el caso de los medios, a tantos años de lo dictatorial, llegó la hora de replantear qué estamos diciendo cuando decimos lo que decimos. Y qué queremos decir al decir medios, dictadura, sabiendo que hablamos sin dar cuenta de ese contraluz, de eso fantasmático, que nadie discute: medios- democracia. Uno analiza por lo tanto, planteándose que la palabra crítica está en el contexto de esta tensión, con un imaginario no dicho sobre qué es democracia y medios. Ahí entonces hago aparecer la otra escena que no es simplemente un juego retórico ni tampoco un contrafaz, y si



una experiencia histórica . Medios y democracia: por lo general escena des-excepcionalizada, permanentemente normalizada, naturalizada como un árbol en la vereda: hablo del territorio, diría, de la dictadura de los medios. Efectivamente, medios y dictadura plantearían lo absolutamente negativo, pero a la vez una promesa, la reconquista democrática. El sueño de la otra historia, como dirían los cristianos del siglo VIII. Una promesa que vivimos todos los que, de muchas maneras, nos manejamos en el campo del periodismo, de la cultura, de la comunicación y que creo que es legítimo tener.

Recuerdo un primer libro que publiqué apenas volví al país del exilio en 1984, un libro que se llamó "Comunicación: la democracia difícil", donde convoqué, coordiné y prologué el material de cuatro o cinco largas mesas redondas en las que habían participado todos los y las periodistas, y analistas de la información gráfica y audiovisual, que me interesaban de la Argentina, que habían estado adentro y afuera del país, y donde aparece una esperanza muy grande de la comunicación que se abriría después del momento terrible de muerte y desaparecidos. Que se abriría como posibilidad de una comunicación madura, inteligente, alternativa a intereses hegemónicos, docente, antiamarillistas, formativa, crítica de una cultura, defensora de la política contra el silencio y contra las formas larvadas de fascismo, anticorporativista de si misma, desmitificante de la propia labor periodística, y discutiendo palmo a palmo contra la información como dominio idiotizante.

Hoy el paisaje está lejos, muy lejos, en muchísimos aspectos, de aquellos propósitos. Hoy esta contrafigura que enuncié, la dictadura de los medios, es el lugar desde donde nosotros también hablamos y desde donde estamos situando el problema de los medios y la dictadura.

En ese sentido tenemos que entender que el simple planteo de la democracia no nos hermana a todos. En el nombre de la

democracia no estamos para nada diciendo todos lo mismo y mucho menos con respecto a lo que enuncia el neoliberalismo de derecha y el neoliberalismo progresista de salón, sobre las cosas y sobre la propia comunicación. En el nombre de la libertad de prensa no estamos diciendo todos lo mismo. En el nombre de la idea de libertad de la que se ufana hoy mucho periodismo, no estamos diciendo todos lo mismo. En este marco y en cuanto a lo que pueden plantearse las empresas privatizadas por ejemplo, que hoy anuncian en infinidad de programas y medios periodísticos, en cuanto a lo que es libertad de prensa, no estamos diciendo todos lo mismo. Entonces hoy, desde lo que es la sociedad massmediática, y lo que somos nosotros dentro de ella, no podemos pensar los medios y la dictadura obviando esta variable: la del lugar desde donde emitimos ideas sobre nuestro tema, el que nos convoca. Esto es: obviar desde dónde estamos hablando. Es muchísimo más fácil analizar los medios en la dictadura que lo que estamos viviendo ahora, que es más delicado y más tramposo porque no es neto, no es nítido.

Desde esta ausencia, que sentía con respecto al balance de los medios en la dictadura, creo que en estos dos días se deben haber formulado juicios en las distintas mesas redondas de manera muy rica y completa y con mucho más datos que los que yo puedo aportar -sobre todo porque mi experiencia no estuvo acá en ese tiempo. Lo que quise aportar es apenas un pliegue reflexivo: que no podemos obviar, en el momento de la crítica, desde dónde estamos hablando de dictaduras y medios. No podemos dejarlo en la sombra porque en realidad hay muchas coincidencias de todos en cuanto a caracterizar los medios en la época de la dictadura, pero si negamos esas sombras, esa contrafigura, el tema puede que hoy nos hermane falsamente.

Hoy hay muchísimo de esta supuesta democracia que está enunciada por la comunicación de masas -y digo "supuesta" porque la democracia a pleno no la vive ni la reivindica el que está muerto de hambre sino sólo un determinado mundo. Pero

no hay un replanteo de los medios y la democracia que exija repensar profundamente y, a partir de eso, situarnos en cuál era la idea de democracia que teníamos cuando la bestial, brutal y asesina dictadura terminaba.

Lo único que jamás pasa a ser objeto real de crítica en este país que se quiere comer o linchar varios políticos, sindicalistas, piqueteros y obispos por día, son los poderes massmediáticos. Entonces, desde esta realidad yo hablo, y coincido con todos sobre la barbarie dictatorial, sobre la represión a la información que padeció el país. Pero sabiendo que la cuestión no es: medios-dictadura padecida por un lado, democracia-maravilla-medios por el otro. Entonces comenzaremos a pensar también el hoy con respecto a los medios y la comunicación.

Desde esa perspectiva creo que nunca hay que dejar de lado la escena histórica desde donde se habla porque, si encerramos el tema de los medios y la dictadura como un paquete bien atado, ofertado, autista, como un pasado a consumir por la progresía, parece que estamos hablando desde Estocolmo, desde Helsinki, desde Carolina del Sur, desde donde sea, da lo mismo, y no que estamos hablando desde un lugar donde diaria e indefectiblemente lo que nos gobierna en lo cotidiano son los medios, más allá de si nosotros lo queremos o no, lo solicitamos o no, lo aprobamos o no. Y más allá de si apagamos el televisor, como suele excusarse el cretinismo cultural.

En ese sentido la cosa es difícil y es dura de argumentación porque seguramente, si aquí hubiese alguien de los medios, me plantearía si no siento diferencias entre el hoy con respecto a los años de la dictadura. Por cierto, y muchísimas. Y decisivas. Pero él y yo no estaríamos para nada diciendo algo ni siquiera parecido. Con mi intervención quise apuntar esa diferencia, esa rendija que esconde mundos a empezar a analizar.

Por supuesto, hay mil diferencias entre la dictadura y esta

democracia que estamos habitando y haciendo. Pero aquello fue neto, fue nítido, es lo que no hay que discutir, nadie es estúpido. Y lo que ya no hay que discutir, aparece una y otra vez y esconde la mayoría de las veces lo que hay que discutir. Aunque parezca un juego de palabras. Lo que hay que empezar a discutir es esto, por ejemplo, que planteaba entre comillas acerca de cómo vivir con la “dictadura” de ciertos grandes medios dueños de las representaciones cotidianas de lo real, de lo nacional, de lo “que importaría”, y lo “que no importaría”, fenómeno que en realidad agenda la historia de la Argentina diariamente. Y propongo en este sentido un segundo encuentro, un coloquio sobre este tema reconociendo que allá atrás la barbarie -como todos sabemos- cumplió su ciclo y nos ha infectado en muchos sentidos y, en otros, nos ha permitido distanciarnos y saber alejarnos de la muerte.

Nora Cortiñas: Siguiendo la postura de Casullo, voy a hablar de los medios y la dictadura desde afuera, de lo que vivimos durante la dictadura como Madres. Los que tienen la autoridad para hablar desde adentro de la comunicación y de los medios ya lo hicieron. La otra parte del tema es la que nosotras fuimos viviendo, cómo fuimos tratadas, cómo recibimos esa gran censura, esos miedos de entrar a una redacción de un diario a llevar un comunicado de lo que pasaba en el día. Desde luego éramos casi siempre dos o tres madres las que íbamos a hacer ese trámite, y ahí fue cuando palpamos los diferentes modos de trato, y también el modo como se conducían o cómo actuaban los empleados y los que estaban un poco más jerarquizados en las redacciones, la diferencia entre los empleados y el que tenía un cargo más alto, un gerente, y también las diferencias en cada medio.

El primer medio que empezó a publicar las denuncias sobre desapariciones hasta que fue secuestrado Timerman fue *La Opinión*, que sacaba algunos hechos que figuraban como enfrentamientos. El segundo fue el *Buenos Aires Herald*, un diario que no tenía la ideología de nuestros hijos, y digo de ellos

porque nosotras, las Madres, no tenemos ideología, seguimos siendo amas de casa. En esos años casi ni discutíamos de política, nuestros hijos discutían más con el padre que con nosotras. Era un enfrentamiento más generacional de padre-hijo o padre-hija, y la madre estaba en otro lugar. Pero además, cuando salimos a buscarlos, no cuestionábamos absolutamente nada de lo que ellos habían decidido tomar como militancia, así que nunca se discutió eso.

En este sentido comento algo que, según escuché hoy, dijo Martín Caparrós, a quien quiero, aunque evidentemente nunca se sentó a hablar con nosotras largo y tendido. Caparrós dijo que si algo criticaba un poquito de las Madres, era que nosotras, aparentemente, decíamos que todos eran buenos chicos y buenas chicas, y ninguna decía que su hijo era un revolucionario, ni un guerrillero, porque nosotras creíamos que diciendo solamente que el hijo no estaba en nada le salvábamos la vida a ese hijo secuestrado. Pero esa fue una cuestión visceral, no fue para nada una postura política y a lo largo de los años empezamos a reivindicarlos, a decir dónde estaban nuestros hijos. Aún hoy hay madres que dicen que no saben, o que su hijo no estaba en nada, es porque a lo mejor no lo asumieron, o no tenían una relación muy profunda con la hija o con el hijo, o todavía siguen con esos miedos que uno tiene adentro acerca de si lo perjudico o no lo perjudico. No pude estar para decirle esto personalmente a Martín Caparrós pero algún día me voy a sentar a contarle los vericuetos que hacíamos para denunciar, para ir a un diario como, por ejemplo, el *Buenos Aires Herald*, que ponía su artículo en inglés y en castellano sobre lo que nos pasaba a nosotras, las Madres, pero nunca sobre nuestros hijos porque hacía una diferenciación. Era un diario conservador que se condolía del dolor que teníamos las madres cuando íbamos a llevar una denuncia, cuando nos atacaban.

Las denuncias iban por dos lados: o era por la denuncia con testimonios de la desaparición, o era la denuncia de que nos

atacaban en la Plaza. Si nos atacaban, era noticia; si no nos atacaban, no éramos noticia los jueves, no pasaba nada. Íbamos mucho a *France Press*. Los jueves, cuando pasaba algo en la Plaza, íbamos derecho a la calle Córdoba, hacíamos la denuncia y ya nos decían: “¿Pasó algo? Si no pasó nada, no es noticia”. Entonces todo ese caminar nos fue enseñando. No podíamos ir a decir: “Mi hijo militaba en tal organización, iba al barrio tal”, no se podía tanto. Ahora lo hacemos con orgullo, aprendimos. Pero el costo siempre fue muy duro y fue muy doloroso tener que callar esa admiración que teníamos y que tenemos por nuestros hijos y nuestras hijas. Son etapas.

Con respecto al trato que recibíamos, quiero mencionar algunos nombres. Íbamos a *DyN*, que estaba en un sótano en la calle Corrientes y San Martín, a llevar el comunicado de prensa, y nos atendía muy cariñosamente un señor, Jorge Brinsek, que no hacía más que decirme siempre: “Ay, Nora, cuídese, que no la usen los comunistas”, y yo respondía “No sé, ¿dónde están?”. No decía que me cuidara de los militares, de los genocidas, y después con los años supimos que ese señor trabajaba para una revista de los marinos.

Les voy a contar algunas anécdotas, porque total hoy de periodismo interno ya escucharon todo. Cuando dos o tres madres íbamos a *Clarín* a llevar un comunicado, no nos hacían sentar, nos dejaban paradas como comunistas, nos tenían media hora ahí paradas, la nota iba y venía, nos decían que tenía que ir a jurídico, que todo eso era pagado, que tal palabra no iba, que teníamos que esperar. Entonces, les avisábamos a las madres que teníamos que cambiar el texto. Imagínense que después de haber estado tres horas armando el texto, consultábamos porque la solicitada tenía que salir y teníamos que disfrazarlo un poquito. Una noche que habíamos ido con Azucena Villaflor -antes que desapareciera- nos atendió un empleado que era un amor, lo sigue siendo y a quien voy a nombrar porque lo quiero mucho: se llama Arnaldo Paganetti y creo que está en el diario *deRío Negro*.

Por eso, a veces, nosotras diferenciamos la empresa de la prensa, porque hay una diferencia muy grande. Cuando uno dice que el trabajador a veces se apechuga, no voy a pensar que lo hace ni siquiera por obsecuente, sino simplemente porque es su empleo para llevar la comida a su casa, y con eso no participa del genocidio, yo no los pongo para nada en esa situación. Una de esas veces en que tuvimos que cambiar una palabra, mientras esperábamos, veíamos detrás de un vidrio una percha con un saco colgado. Se iban yendo todos los empleados que nos decían: "Bueno, ya las van a atender". Mientras se iban con dolor y nos miraban con la pena de vernos tan dolidas, tan amputadas y sangrantes de dolor. La gente empezó a limpiar y nosotras, paradas en un hall, decíamos: "Éste en algún momento va a tener que venir a buscar el saco, saldrá por otro lado, pero va a venir acá a buscar el saco y cuando pase por acá saltamos arriba de él". No sabemos qué pasó, si el muchacho se fue sin el saco a su casa o si lo tenía ahí para cambiarse para la oficina, pero se hicieron las 11 de la noche y el saco no lo retiraron, entonces, al final nos fuimos, mal, desilusionadas. Otro caso es el de Morales Solá que nos trataba muy seriamente, con respeto, porque parecía que nosotras éramos las grandes "subversivas" por ser las madres de los "subversivos".

Cuando pasaron los años, cambiaron mucho las cosas. Cuando empezaron a sentir el dolor nuestro, a sentir que ellos no podían ser ajenos a ese dolor -además hay más de 100 periodistas desaparecidos, muchos presos, muchos torturados, muchos en el exilio- empezaron a tener un poco de afecto. Inclusive me acuerdo que una vez que fuimos con Juanita a llevar una solicitada se largó una tormenta terrible, y a ella la llevaron en un coche de *Clarín* a su casa. Todo había cambiado, fue un camino recorrido.

También recuerdo que una vez salió en el diario una foto terrible de unos cuerpos calcinados encontrados en un potrero y que Osvaldo Basola, que se había hecho cargo de la noticia, fue amenazado y tuvo que estar muchos días cuidándose

porque habían hecho la nota sobre este hecho tan brutal en plena dictadura. Para nosotras los periodistas fueron muy valientes.

En las primeras marchas de la resistencia vino un periodista de *Clarín* -cosa extraña porque estas marchas en sus primeros años fueron de mucha soledad, nos apagaban todas las luces de Plaza de Mayo y nos rodeaban de policías- y me dijo: "Vengo para acompañarlas, el diario no me mandó, no vengo a hacer la nota". Ese fue Oscar Raúl Cardoso y lo nombro porque fue parte de nuestra lucha y nuestro afecto. Entonces hubo periodistas que se jugaron, que sufrieron al lado nuestro no poder poner una nota, hacerla y decimos: "Mirá, yo la llevo al diario pero no sé si la van a poner". También había autocensura, aunque no creo que haya sido totalmente autocensura por la empresa sino más bien ideología.

Todos, en algún momento, tuvieron un gesto que indicó que nos respetaban, que entendían el drama. Cuando salíamos de la Plaza, íbamos por la Avenida de Mayo, pasábamos por *La Prensa* y entrábamos. Entrábamos a contar qué nos estaba pasando. En un momento había un periodista español muy facista -cuyo nombre ahora no recuerdo- pero había también un señor, Manfred Schönfeld, que veía reflejado el nazismo en esa metodología, que hacía artículos muy duros y nos atendía con una deferencia especial, que nos contaba la historia de su familia perseguida por los nazis y nos entendía y hacía notas denunciando lo que nos pasaba. Un día lo esperaron a la salida del diario y dos tipos con manoplas de hierro le rompieron toda la boca y la nariz.

Por eso agradecemos a este periodismo valiente. Incluso al que actuó desde afuera del país, porque el reflejo desde afuera traía la noticia de vuelta acá. Y a otro periodismo al que siempre le estamos agradecidas hasta el día de hoy, es al periodismo gráfico, porque lo que no se podía decir con palabras, se decía con fotos.



Ahora las fotos se pueden componer pero en esa época una foto era una foto, por eso el periodismo gráfico es la expresión sin palabras pero que lo dice todo.

Finalmente hubo periodistas que al principio no estaban muy de acuerdo con nuestros hijos, que no nos tenían cariño, pero nos aceptaron, como Magdalena Ruiz Guiñazú, que pasaba todos los comunicados que le llevábamos.

Hoy siento que hay censura en algunos medios, y me da mucha pena y mucho miedo que empecemos un camino que no quiero que vuelva más. Vamos a tener que formar una red para denunciar esa censura, para no permitirla porque es doloroso que si uno quiere criticar algo le pongan una barrera después de 20 años de democracia, imperfecta pero democracia al fin. Una red justamente para defender la democracia, para tener el país que tenemos y realmente decir lo que sentimos para que los defectos no se acentúen.

Hablando de esto quería recordar otra cosa que dijo Martín Caparrós, la buena y la mala. Hizo un análisis del discurso del presidente Kirchner ayer en un acto en Vedia, y lo felicito, porque cuando el Presidente dijo “los desaparecidos que no están, verán que se cumple su sueño”, yo digo: “Mierda, nuestros hijos querían otra cosa”. Querían una sociedad para todos, querían un país para todos, no querían limosna, querían que hubiera trabajo, que hubiera niños que pudieran ir al colegio, que tuvieran calzado, comida todos los días, que se pudieran prevenir las enfermedades, que los docentes y la educación tuvieran la dignidad que este pueblo se merece, que la gente pudiera tener techo, tierra, que no se avasallaran los derechos de los pueblos indígenas, que se respetaran los derechos humanos integralmente, eso querían nuestros hijos, nuestras hijas, los que siguieron, los que quedaron de esa época y los que siguen luchando hoy. Es el sueño de este pueblo y no es una utopía si seguimos luchando todos juntos para triunfar y seguir adelante.

Eduardo Anguita: Quiero agradecerle a Nora por llevar ese pañuelo, no solamente en memoria de sus hijos, sino por las ideas y sentimientos que está cuidando ese pañuelo desde hace ya 27 años. Solamente quiero hacer un comentario tratando de unir una cosa con la otra, porque me parece que Nicolás Casullo dijo cosas muy importantes, y hay una que parece cierta, que es que las dictaduras quitan la responsabilidad cuando plantean la centralidad del poder de manera autoritaria. Parece ser que quienes están por debajo en la sociedad pueden travestirse y aceptar una línea de comando. Como decía él: “Bueno, ahora los medios son de la Marina, de la Aeronáutica y del Ejército”, entonces el empleado dice “me toca el Ejército, entonces me pongo el casco”. Sin embargo, lo que nos trae Nora es que los procesos de resistencia quizás se podrían simbolizar en ese ejemplo de esperar hasta las once de la noche en el diario *Clarín*, con esa conciencia de mujer de la calle de saber que alguien va a venir por ese saco aunque, sin embargo, nunca apareció. Y sin embargo, ellas fueron al día siguiente igual. Me parece que vamos a tener que trabajar mucho en estas cosas, porque cuando uno tiene un motivo de lucha espera hasta las once de la noche hasta que alguien venga por el saco, y al otro día inventa otra. Y se fue con Azucena y a Azucena la secuestran, al otro día va a ir con Juanita. Estos son nombres reales de una historia real y felizmente muchas de ellas están todavía para contárnoslo.

## CAPÍTULO 7

# CLAUSURA DE LAS JORNADAS

*Glenn Postolski, Guillermo Mastrini, Mirta Varela,  
Martín Becerra y Eduardo Anguita*

Glenn Postolski: Simplemente les voy a contar cómo empecé todo esto: tres personas en una playa, temas en común y la idea de trabajar para empezar a discutir algunas cosas de las que, como otras que aparecían en esas charlas, no se hablaba. Por distintas causas, por distintas razones, investigamos, escribimos, estudiamos el tema de los medios y hace muchos años sabemos que sobre el tema de los medios y la dictadura no se dijo todo. Y que aún hoy cuesta decir muchas cosas y encontrar interlocutores que quieran dar la cara, poner la voz, poner una firma, tratar ciertos temas que son incómodos. Incómodos para quienes lo vivieron, para quienes lo heredaron y para algunos que supieron agenciarse futuros venturosos. Incómodos inclusive para quienes fueron parte de esa resistencia y, como nos contaba Norita, luchadores de esa resistencia y fueron los que de alguna forma generaron los hilos para algo que a nosotros también nos sorprendió y no es casual, para que 27 años después tanta gente haya estado durante dos días, todo el tiempo compartiendo esta experiencia.

Comenzó de manera azarosa. Hoy se está construyendo, hay desafíos a futuro. Es muy difícil hablar de la dictadura de los medios entre otras cosas, porque mucho de lo que nosotros hablamos, nos lo hacen hablar los medios y los medios no hablan. Voy a usar una frase que suele usar un compañero y amigo nuestro, Damián Loreti, que dice: "El perro no come perro". Los medios no hablan de la dictadura de los medios, y cuando ellos no hablan, parece que los demás nos callamos. Pero aquí demostramos que no, que hay mucha gente que habla y que tiene ganas de seguir hablando y que tiene ganas de construir

algunas cosas, de forma azarosa como nosotros empezamos a hacer esto, pero con algún destino que después de estos dos días parece que puede ser muy venturoso.

Mirta Varela: Nicolás Casullo dijo algo que me parece muy importante marcar y es que, frente a toda esa idea del futuro venturoso que íbamos a tener después de haber pasado por lo que habíamos pasado, había acuerdos básicos, éramos una sociedad en la que había mucho por hacer, por discutir. Porque esa idea de que con la dictadura estábamos mejor, de alguna manera se traducía en ciertos consensos, ciertos acuerdos.

En este sentido, me parece que una de las cosas que pudimos oír ayer y hoy es que no estamos de acuerdo en muchas cosas y de hecho no todos dijimos lo mismo, ninguno de los panelistas dijo lo mismo. Si uno se pusiera a analizar las intervenciones, hubo algunas en las que se podría haber discutido fuertemente, aún en jornadas organizadas por nosotros. Entonces, si hay algo que me parece que vale la pena para empezar a construir hacia adelante -y esto es un espacio en construcción-, es justamente poder empezar a mirar ese momento, el funcionamiento de los medios durante la dictadura, desde una diversidad de posiciones. Es decir, poder hacernos cargo de que hubo cosas muy distintas, que es necesario discutir desde algún otro lugar algunas cuestiones que en algún momento nos parecieron de sentido común.

La segunda cosa que quería señalar es que al armar esto hubo un espíritu de poner en contacto modos de trabajo, modos de entender la relación de los medios y la dictadura muy distintos. Es decir, gente que hace periodismo, gente que es docente, gente que trabaja en investigación sobre temas de medios.

Seguramente tenemos miradas distintas respecto de cómo hacer, de los tiempos, de cómo relacionarnos con el espacio público y con el público en unas jornadas. En ese sentido, poder sostener

la diversidad, la heterogeneidad de miradas, de puntos de vista respecto de cómo investigar y cómo hablar, me parece muy auspicioso para intentar construir este espacio de debate.

Guillermo Mastrini: Estas jornadas han sido muy importantes como lanzamiento pero la tarea más importante es la que queda por delante, y es la más difícil, por lo menos desde algunas cosas que planteábamos al inicio como construir un centro de documentación. Esta es una necesidad política e histórica y, si no lo hacemos pronto, cada vez va a ser más difícil armar ese centro que sirva, no sólo para los profesionales, periodistas, académicos y quienes se dediquen a investigar, sino para que la sociedad en su conjunto pueda consultar una parte de la historia, que no suele ser la más accesible y que no suele ser la que más se quiere mostrar.

Tenemos ahí una tarea importante, que no debe ser obra de pocas personas sino de un colectivo lo más amplio posible que construya esto desde el pequeño aporte de cada uno. En este sentido, este acto de lanzamiento era importante para contactarnos con un montón de gente que pudiera ir haciendo su pequeño aporte a este centro de documentación.

La última cuestión es que una de las más pesadas herencias que todavía tenemos es la ley de Radiodifusión que está vigente. Esperemos que en nuestro próximo encuentro no hablemos de esto.

Martín Becerra: Quiero recuperar un poco algunas de las intervenciones del día de ayer, porque en los testimonios de los dos días me parece que hay algo que queda muy claro. Ayer dije que agradecía la generosidad de muchos de los panelistas porque hubo testimonios que fueron más generosos que las expectativas que tenía, testimonios que se hicieron cargo de las contradicciones

que significaba la práctica laboral de muchos periodistas o, como el caso de Patricio Contreras, de otros ámbitos de la cultura, contradicciones que se vivían en el día a día.

Ayer Raúl Timerman citó una frase de Rodolfo Terragno cuando en el '75 planteó que los medios entraban a emitir en cadena. A partir de las intervenciones de hoy, la de Caparrós, la de Nicolás Casullo, esta idea de pensar el presente como un producto histórico, derivado de las condiciones de las vísperas de la dictadura y durante ella, la idea de que los medios emiten en cadena, sirve para pensar el presente pero también para pensar en esta provocativa consigna de la "dictadura de los medios".

Por último, quiero agradecer a Anguita la idea, la iniciativa permanente, la capacidad de articulación de mundos y generaciones distintas que tuvo y que merece el reconocimiento de todos nosotros.

Eduardo Anguita: Les pedimos que se comuniquen por la página Web que es [www.mediosydictadura.org.ar](http://www.mediosydictadura.org.ar) . Asimismo, los aportes que ustedes puedan hacer, ya sea con breves reflexiones, con documentales o anexos, serán muy bienvenidos para enriquecer esta página.

Intervención del público: Quiero decir que me pareció muy buena la iniciativa que nosotros veníamos, desde algún otro lugar, tratando de desarrollar. Sobre todo más que nada referida al rol de los medios en la actualidad, porque vemos que los medios de comunicación, lamentablemente, están ayudando a poner y a sacar gobiernos. Eso lo han hecho siempre, toda la vida. Pero desde hace un tiempo a esta parte estoy especialmente preocupado porque por primera vez me siento oficialista en el país y lo quiero expresar públicamente. No lo conozco demasiado a Kirchner, pero sí veo cuáles son los enemigos

explícitos que ha desarrollado o que ha potenciado, y a partir de esa situación, presupongo que tan equivocadamente no debe estar caminando.

Después de la muerte del dirigente piquetero Martín “El Oso” Cisneros, empezamos a trabajar con una temática vinculada a la cuestión de la seguridad, y sobre todo con el rol de los medios, y armamos dos mesas redondas que hicimos en distintos lugares de la ciudad, donde Eduardo Anguita fue uno de los panelistas junto al sociólogo Horacio González y Gabriel Fernández, periodista y director de Prensa de la Secretaría de DD. HH. de la Nación. Y en verdad pensé que se iba a vincular mucho más el título de esta conferencia con esta cuestión de la problemática de los medios hoy en día. Se ha tocado de manera importante por parte de algunos panelistas la cuestión y espero que el próximo encuentro apunte en esta dirección, porque creo que tenemos que tomar clara conciencia de la grave situación que llegan a generar los medios en el momento álgido de la democracia.

Le dije a algún compañero hoy que periodistas que fueron reivindicados por mí, incluso algunos nombrados recientemente, que me parecían que eran demócratas, a la hora en que el poder político los puso a prueba, esos periodistas mostraron rápidamente la cara y demostraron que en verdad podían permitirse ser demócratas en la medida que nadie desde el poder los obligase a definirse. Debemos valorar el momento del país.

Intervención del Público: Quería recordar que Gustavo López, el anterior director del COMFER, pergeñó una nueva ley de radiodifusión que no alcanzó a ser aprobada. Quería preguntarles si lo consideraban viable.

Eduardo Anguita: Acá hay varios que lo conocemos, pero el especialista es Guillermo Mastrini. De alguna manera este es un

espacio que queremos crear, donde pueden llegar consultas. Les comento una experiencia muy brevemente. La Fundación para el Nuevo Periodismo que preside Gabriel García Márquez tiene un consultor, Javier Darío Restrepo, al que, por ejemplo, uno le puede mandar cartas sobre consultas de ética periodística y él las responde, a partir de lo cual están online. En esta página Web [www.mediosydictadura.org.ar](http://www.mediosydictadura.org.ar) podemos recibir preguntas y, en caso de no saber la respuesta, buscaremos algunos especialistas.

Intervención del Público: Me parece que se debiera seguir con este tipo de encuentros. Aparte, me parece que suena un poco utópico, ya que estamos hablando de sueños por realizar evidentemente, el hecho de que también vinieran empresarios de los medios y no sólo periodistas, porque, en definitiva, sabemos el rol que juega el periodista como un empleado. Los funcionarios cuando no están en los medios y participan de los debates tienen una posición crítica, pero cuando están en los medios hacen todo lo contrario. Sería bueno en el futuro poder preguntarles esto cara a cara a los funcionarios, aunque no sé si será viable.

Eduardo Anguita: Viables son muchas cosas, por ejemplo, el director de *Le Monde* en Francia sale online una vez por mes a contestar preguntas de cualquiera. Iniciativas se pueden tomar muchísimas, y nosotros vamos a tratar de centrarnos en iniciativas de este tipo y las vamos a condensar en la página Web. Es bueno que nos manden las propuestas así quedan registradas y alimentan el debate. Somos absolutamente ingenuos si creemos que en este primer encuentro, hubiesen venido los empresarios. Sospecho que algunas deserciones que tuvimos fue porque recibieron algún llamado. Sabemos en qué país vivimos, y con el diagnóstico que tenemos no vamos a esperar que de la noche a la mañana las cosas cambien.

Buenos Aires, 29 de octubre de 2004



## LISTADO DE PANELISTAS

(por orden alfabético)

**Eduardo Anguita:** Periodista y escritor. Licenciado en Comunicación Social en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Trabajó en diversos medios gráficos, radiales, televisivos y de Internet. Es profesor titular en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Escribió junto a Martín Caparrós la saga de tres tomos de “La Voluntad – Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. 1966-1978”. Es autor de “Sano Juicio - Baltasar Garzón, algunos sobrevivientes y la lucha contra la impunidad en Latinoamérica”; “Grandes Hermanos - Alianzas y negocios ocultos de los dueños de la información”; “Cartoneros - Recuperados de desechos y causas perdidas”, y de la novela “La Compañía de Monte”. Junto a Alberto Minujín publicó “La clase media seducida y abandonada” y “El Futuro – El mundo que nos espera a los argentinos”. Es fundador de la Asociación El Armadero, dedicada a la niñez en riesgo.

**Santiago Aragón:** Licenciado en Periodismo. Docente e investigador en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, donde se desempeña además como Secretario de Coordinación Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales. Se desempeñó como Coordinador General de Radio Nacional Faro. Participó en la realización de los documentales “Padre Mugica” y Operación Walsh”, producidos por la U.N.L.Z. Es autor de numerosos ensayos entre los que se destacan “Apuntes de impensamiento: del mediopelo a la progresía” y “La ley de Adán”; de los libros de cuentos, “Cien de cien” y “La palabra mágica”, y la novela “De punta”.

**Martín Becerra:** Doctor en Ciencias de la Comunicación. Profesor e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes, donde desde octubre de 2003 se desempeña como Secretario Académico. Docente de posgrado en la Universidad de Buenos

Aires, la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Diego Portales (Chile) y la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Es autor del libro "Sociedad de la Información: proyecto, convergencia, divergencia". Trabajó como periodista en distintos medios gráficos del país.

Diego Bonadeo: Periodista. Trabajó en el diario *La Nación* y en la revista *El Gráfico*. Actualmente escribe en *Página 12* y conduce el programa "Barajar y dar de nuevo" por *Radio Ciudad*.

Martín Caparrós: Periodista y escritor. Se licenció en Historia en la Sorbona, Francia. Comenzó su carrera periodística en el diario *Noticias* y, durante la última dictadura militar, vivió en París y Madrid. Hizo periodismo deportivo, taurino, cultural, gastronómico, político y policial en prensa gráfica, radial y televisiva. Colaboró en numerosos medios de América y Europa. Dirigió los mensuarios *El Porteño*, *Babel*, *Página/30*, *Sal y Pimienta* y *Cuisine & Vins*. Publicó más de una docena de libros, entre novelas, libros de viajes y ensayos. Algunos de ellos son: las novelas "No velas a tus muertos", "La Historia", "Un día en la vida de Dios", y "Valfierro", y los ensayos "La patria capicúa", "Qué País", "Informe urgente sobre la Argentina que viene", y "Amor y anarquía. La Vida urgente de Soledad Rosas". Escribió, en colaboración con Eduardo Anguita, la obra "La Voluntad", tres tomos sobre la militancia revolucionaria de los años setenta en la Argentina.

Nicolás Casullo: Escritor y periodista. Es profesor titular Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de Quilmes y, a nivel de postgrado, en las universidades de Paraná, Mar del Plata y Córdoba. Es Director de la Maestría en Cultura y Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Dirige la revista "Pensamiento de los Confines". Es autor de los libros "Comunicación, la democracia difícil", "El debate modernidad-posmodernidad", "Viena del 900: la remoción de lo moderno", "Itinerarios de la modernidad", "París 68, las

escrituras, el recuerdo y el olvido”, “Modernidad y cultura crítica”, “Pensando entre épocas”, “Sobre la marcha”, y de las novelas “Para hacer el amor en los parques”, “El frutero de los ojos radiantes” y “La Cátedra”.

Juan Carlos Cernadas Lamadrid: Dramaturgo de teatro, cine y TV. Docente universitario. Ex Director General del Complejo Teatral Enrique Santos Discépolo y del Teatro Nacional Cervantes.

Patricio Contreras: Actor . Participó en numerosas obras de teatro y películas argentinas, entre las cuales figuran “La Historia oficial”, “El Censor”, “Made in Argentina”, “Cuarteles de Invierno” y “La Fuga”.

Nora Cortiñas: Dirigente histórica de las Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora. Su hijo Gustavo, militante y estudiante de Ciencias Económicas, fue secuestrado durante la dictadura y continúa desaparecido. Creó junto a un grupo un grupo de docentes, militantes y economistas de la Universidad de Buenos Aires, la cátedra libre “Derechos Humanos y Poder Económico”, en la Facultad de Ciencias Económicas.

Andrés D’Alessandro : Es licenciado en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. En la actualidad es investigador de la corresponsalía en Buenos Aires del diario *Los Angeles Times* y corresponsal del Instituto Prensa y Sociedad IPYS, de Perú. Profesor titular de la cátedra del Taller de Redacción Periodística II, en la carrera de Comunicación Social de la Universidad de Ciencias Sociales y Empresariales (UCES). Trabajó en el diario *Perfil* y colaboró con distintas publicaciones. Fue secretario de redacción de la revista *Un Ojo Avizor en las Medias* y coordinó la producción del documental “Un Ojo TV”, producido por la Fundación *The Freedom Forum*.

Alberto Dearriba : Periodista. Condujo las secciones de Economía

y Política de diversos medios nacionales. Fue secretario de Redacción de los diarios *El Cronista Comercial*, *La Voz y Página 12*, y redactor de *La Razón* y revistas como *Análisis* y *Mercado*. Colaboró en decenas de medios, entre otros, el diario *Clarín* y las revistas *El Periodista* y *Trespuntos*. Fue comentarista de programas de radio y televisión. Del 2003 al 2005, estuvo al frente de la presidencia de la agencia oficial *Télam*, medio del cual ahora es cronista parlamentario.

Lidia Fagale: Licenciada en Periodismo. Es Secretaria Adjunta general de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA). Recibió el Premio Horacio Bertholet-Cátedra de Periodismo Audiovisual de la UNLP-1988 y el Premio Felix Elmuza –Otorgado por la Unión de Periodistas de Cuba -2005.

César Gerbasi: Ex Gerente de Ingeniería de Canal 7. Consultor y experto en temas vinculados a la transmisión analógica y digital de señales de radiodifusión. Tuvo a su cargo el programa “Plan Soberanía”.

Amaranta González: Es Licenciada en Comunicación de la Universidad Nacional de Quilmes. Forma parte del equipo del profesor Rodolfo Brardinelli, en el Centro de Derechos Humanos “Emilio Mignone” (CeDHEM), en temáticas vinculadas a los derechos humanos desde una perspectiva de género. Actualmente cursa como becaria en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile la especialización en “Derechos Humanos y procesos de democratización”.

Santiago Marino: Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA). Es co-autor del libro “Mucho ruido, pocas Leyes... Economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-2004)”. Es docente en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la UBA de la materia “Políticas y Planificación de la Comunicación” y del Seminario de “Cultura Popular y Cultura Masiva”. Es becario de doctorado (UBA)

y maestrando en Comunicación y Cultura (FCSoc-UBA).

Guillermo Mastrini: Licenciado en Ciencias de la Comunicación de la UBA, cuenta con estudios de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Es profesor titular de la asignatura "Políticas y planificación de la comunicación" en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es profesor de grado y posgrado en las universidades nacionales de Córdoba, La Plata y La Pampa. Dirige el proyecto de investigación "La regulación de los medios de comunicación en Argentina ante la Sociedad de la Información y la integración en el Mercosur", aprobado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UBA, y consultor del Instituto Prensa y Sociedad (IPYS) con sede en Lima - Perú, para el estudio de la concentración de la propiedad de los medios de comunicación en América Latina. Es editor de los libros "Mucho ruido, pocas leyes... Economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-2004)" y "Economía política, comunicación y conocimiento. Una perspectiva crítica latinoamericana", este último en colaboración con César Bolaño y Francisco Sierra.

Graciela Mochkofsky: Periodista y escritora. Hizo una maestría de periodismo en la Universidad de Columbia, en Nueva York, Estados Unidos. Fue miembro de las redacciones de *Página/12* y *La Nación* en las áreas de Información General y Política. Es autora de los libros "Los Farsantes. Caso Cóppola, una crónica de fin del menemismo" (en coautoría con Gabriel Pasquini) y "Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder".

Ricardo Monner Sans: Abogado recibido en la Universidad de Buenos Aires. Docente en la Facultad de Derecho de la UBA y en la de Periodismo de la Universidad del Museo Social Argentino. Defendió presos políticos y gremiales entre 1966 y 1973, así como durante la última dictadura militar. Publicó notas en diversos medios gráficos y fue columnista de medios radiales de distintas ciudades del país.

Juan José Panno: Periodista. Codirector de las escuelas de periodismo TEA y DEPORTEA. Actualmente conduce un programa en *Radio Nacional* y colabora en el diario *Página 12*. Trabajó en los diarios *Clarín*, *Crónica*, *La Voz*, *El Mundo*, *Sur*, *La Razón*; en las revistas *Goles* y *El Gráfico*, así como en las radios *Belgrano* y *Excelsior* y en *Canal 13*.

Glenn Postolski: Licenciado en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. Es docente de la materia "Políticas y Planificación de la Comunicación" en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigador de Ubacyt. Es miembro del Observatorio de Medios de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires.

León Rozitchner: Estudió Humanidades en la Sorbona de París, Francia. Trabajó en la revista *Contorno*. Es profesor titular en la Universidad de Buenos Aires y fue docente en la Universidad del Litoral y Universidad Nacional de La Plata, así como en la Universidad Central de Venezuela. Escribió numerosas obras, entre las que se destacan "Persona y Comunidad", "Moral burguesa y Revolución", "Ser judío", "Freud y los límites del individualismo burgués", "Las Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia", "Perón, entre la sangre y el tiempo" y "La Cosa y la Cruz" y "El terror y la gracia".

Raúl Timerman: Licenciado en Ciencias Químicas en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Docente en instituciones argentinas y extranjeras. Desde 1992 está involucrado en trabajos sobre competitividad, prácticas de gerenciamiento y comportamiento organizacional. Fue director de Gestión de la Editorial *trespuntos* y conductor de varios programas en Radio *El Mundo*. Es socio de la agencia Braga Menéndez S.A. de Publicidad, donde se desempeña como consultor en Prácticas Gerenciales y Planeamiento Estratégico.

Carlos Ulanovsky: Periodista y escritor. Es autor de más de una

docena de libros, entre ellos “Días de radio”, “Paren las rotativas” y “Estamos en el aire”, sobre la historia de la radio, la gráfica y la televisión argentinas. Trabajó en los principales medios gráficos de la Argentina y México, donde estuvo exiliado durante la última dictadura militar, y hace radio interrumidamente desde 1972, con excepción del período del exilio.

Patricia Valdez: Es Licenciada en Trabajo Social en la Universidad Nacional de Córdoba y realizó su Maestría en Ciencias Sociales en FLACSO-Buenos Aires. Actualmente dirige “Memoria Abierta. Acción Coordinada de Organizaciones de Derechos Humanos”. Fue directora de la Comisión de la Verdad para El Salvador. Desde 1995 integra la comisión directiva del Centro de Estudios Legales y Sociales, CELS.

Mirta Varela: Doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Profesora de Historia de los Medios en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigadora del CONICET. Publicó los libros “La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna 1951-1969”, “Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre la televisión”, en colaboración con Alejandro Grimson, y “Los hombres ilustres del Billiken. Héroes en los medios y en la escuela”.





# AGRADECIMIENTOS

Universidad Nacional de Lomas de Zamora

Centro Cultural General San Martín

Gabriel Mariotto

Andrea Basconi

Lucas Pérez Breglia

Alejandro Gómez

Alejandro Paolini